

Elias Lafertte

Vida de un comunista

(Páginas Autobiográficas)

SANTIAGO DE CHILE, 1961

Vida de un comunista

EL DÍA 17 DE FEBRERO DE 1961, A LAS 19 HORAS, DEJÓ DE LATIR EL CORAZÓN DEL «HIJO DEL SALITRE», EX DIRIGENTE DE LA GLORIOSA FEDERACIÓN OBRERA DE CHILE, CANDIDATO POR TRES VECES A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, EX SENADOR Y PRESIDENTE DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE, ELIAS LAFERTE GAVIÑO.

Sus FUNERALES CONSTITUYERON UNA HONDA MANIFESTACIÓN DE CARIÑO AL COMBATIENTE Y PATRIOTA DESAPARECIDO, MILES Y MILES DE PERSONAS LO ACOMPAÑARON EN SU DESPEDIDA.

EL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA EFECTUÓ EL DÍA 19 DE FEBRERO UNA SESIÓN DEDICADA A SU MEMORIA, ENTRE LOS ACUERDOS ALLÍ TOMADOS FIGURA. EL DE REEDITAR SU AUTOBIOGRAFÍA QUE SE ENCUENTRA AGOTADA.

LOS EDITORES ESTIMAN QUE LA LECTURA DE ESTE LIBRO SERVIRÁ A LAS GENERACIONES PRESENTES Y FUTURAS, PARA APRENDER DE ELÍAS LAFERTTE LAS MAGNÍFICAS VIRTUDES Y EXPERIENCIAS PROLETARIAS QUE MANTUVO INALTERABLES DURANTE SU AZAROSA EXISTENCIA DE MILITANTE Y DIRIGENTE DE LA CLASE OBRERA Y EL PUEBLO.

EN ESTA SEGUNDA EDICIÓN SE HA INCLUIDO EL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SECRETARIO GENERAL DEL PARTIDO COMUNISTA LUIS CORVALÁN, EN LAS EXEQUIAS.

9



*Porque esta lucha no termina
con una vida ni una muerte.
Esta bandera no se inclina.
Y tu corazón que germina
no tiene fin, Elías Lafertte.*

PABLO NERUDA

Discurso pronunciado por el Secretario General del Partido Comunista, Luis Corvalán, en los funerales del camarada Elías Lafertte:

Venimos esta tarde a sepultar un héroe de la causa del pueblo. Nuestro corazón está de luto. El duelo sobrecoge a todos los trabajadores y se extiende a lo mejor de la nación chilena, porque ha muerto un luchador proletario que resumió en sí las mejores virtudes de la clase obrera, hizo caber en su espíritu combatiente los sentimientos más nobles y practicó en el más alto grado los atributos esenciales de los revolucionarios verdaderos: la fidelidad a la causa que se abraza, la tenacidad en la contienda, el odio al enemigo, el amor a su propia clase y a su pueblo, la

serenidad y la pasión en la lucha, la firmeza para enfrentar los rigores de la vida y del combate y la fe ilimitada en la acción de las masas y en su victoria inevitable.

El camarada Elías Lafertte fué la imagen misma del obrero chileno que sufre desde niño los latigazos de la injusticia y de la explotación capitalista y que se rebela primero espontáneamente ante el abuso para luego tomar el camino de la lucha consciente y organizada. Su trayectoria es la trayectoria del proletariado. En el camarada Lafertte el obrero siempre se vio a sí mismo y habló de él con orgullo de clase. De niño obrero era en el camarada Lafertte no sólo su reciedumbre de luchador, sino también su gracia, su modo, su dignidad sencilla y altiva.

Como casi todos los obreros chilenos para ganarse el pan de cada día empezó a trabajar desde su más tierna infancia, primero como entintador y repartidor de periódicos en Coquimbo, luego como acólito en la Iglesia de San Agustín de La Serena. A los doce años comenzó su peregrinaje por la Pampa del salitre. Fué matasapos o machucador en la oficina La Perla, herramientero en Agua Santa, oficial de maestranza en Puntunchara, "particular" en Rosario, arreador o marcador de sacos y angarillas en las minas de plata de Huantajaya, ayudante de tornería en el Ferrocarril Salitrero, otra vez minero de la plata en Collahuasi, obrero de la fragua en la oficina Argentina, ayudante de mecánico en la Ramírez, calderero en Resurrección, chanchero en Santa

11

Lucía, carroceros en San Lorenzo y otras oficinas. Conoció, pues, en carne propia la explotación capitalista. No necesitó preguntárselo a nadie. Pero también conoció la fraternidad entre los obreros, la solidaridad de clase, el afán apasionado de justicia y de superación, el ansia de belleza y de cultura. La horrenda matanza de la Escuela Santa María lo conmovió hasta las entrañas. Con este baño de sangre se cerró la etapa del obrero sin conciencia y vino la del combate organizado y de la constitución del Partido de los proletarios no sólo para defender sus derechos, sino también para luchar por una sociedad sin clases. Pionero del socialismo en Chile acompaña a Recabarren en la fundación del Partido Obrero Socialista, en 1912, que diez años más tarde pasa a ser el Partido Comunista.

Como empaquetador, encuadernador, prensista o administrador de "El Despertar de los Trabajadores" y más tarde de los diarios "Federación Obrera" o "Justicia", como tesorero y luego como Secretario General de la Federación Obrera de Chile, pone todo su corazón, todas sus fuerzas, al servicio de la causa de la emancipación social del proletariado, y es por esto víctima de la furia y persecución de los gobiernos reaccionarios. Muchas veces brutalmente torturado en Investigaciones, confinado en Más Afuera, en la Isla de Pascua, en la Mocha, en Calbuco, preso en Punta Arenas, 75 días incomunicado en Iquique, detenido en Montevideo y Buenos Aires, desterrado en México, no ha habido en Chile ningún otro dirigente obrero y popular, ningún otro hombre de lucha que haya sufrido tantos tormentos de la policía, ni tan grande número de prisiones, relegaciones y destierros.

Hoy día frente a su muerte, y aún antes de ella, todos se descubren, y a nosotros, comunistas, nos parece una obra de justicia que gentes de otros campos, incluso enemigos, reconozcan la reciedumbre de este luchador gigante. Pero no podemos olvidar como se ensañaron con él los adversarios de clase, ni que los sufrimientos que le impusieron forman parte del calvario a que han sometido a nuestro pueblo, ni que las torturas de que fué víctima adelantaron la hora de su muerte.

Aún a esta altura de los acontecimientos hay reaccionarios que tienen la osadía de calumniar a los trabajadores y de presentarnos a nosotros, los comunistas, como antipatriotas, como enemigos de la democracia y la libertad, como gentes desprovistas de sentimientos humanos. Frente a la memoria y la figura de Elías Lafertte, ante los restos mortales de este hombre que por más de cincuenta años ha luchado por el bien del pueblo nosotros les respondemos: He aquí a un comunista, el más representativo de los comunistas. Y les preguntamos: ¿Fué Elías Lafertte un antipa-

12

triotas? ¿Renegó alguna vez de las tradiciones patrióticas que crearon Lautaro, O'Higgins, Manuel Rodríguez, los Carreras y Camilo Henríquez y que continuaron más tarde Bilbao, Balmaceda y Recabarren? ¿Qué hecho hay en su vida clara y limpia que pueda considerarse antipatriótico? Ninguno. Por el contrario el camarada Lafertte fué el continuador de la línea marcada por los prohombres de la Patria, de esa línea que hoy, en lo fundamental, consiste en luchar por el rescate de nuestras riquezas nacionales, por el derecho a tener relaciones con todos los países, por el bienestar, el pan y la cultura para todos los trabajadores y para nuestro pueblo. Este ha sido el camino de Lafertte y a él sacrificó su tranquilidad, sus desvelos, su vida entera. Por perseverar en esta línea sufrió toda clase de padecimientos, vivió casi la mitad de su vida perseguido, usando nombres supuestos, pasando las fronteras a pie como Manuel Rodríguez y violentando hasta los deberes más profundos de su corazón. Por no dejar de ser fiel al pueblo este hombre a quien el pueblo de Chile hoy venera se vió privado hasta de concurrir a los funerales de su anciana madre como el mismo con tanta emoción, nos lo ha contado en su autobiografía "Vida de un comunista".

¿Fué Elias Lafertte un enemigo de la democracia? No, mil veces no. En toda su vida de combatiente ha luchado por la libertad y la democracia y por el socialismo que es una forma superior de democracia.

El fué víctima de las ofensivas antidemocráticas que de cuando en cuándo las clases dominantes han descargado sobre el pueblo chileno y siempre las enfrentó con valentía. El, por encargo del Partido y con su pleno acuerdo, fué el único candidato a la Presidencia de la República que salió al paso de la dictadura militar de 1927. Y como uno de los artífices de la unidad sindical de la clase obrera, del Frente Popular y de su victoria y de la nueva unidad del pueblo, expresada en el Frente de Acción Popular, es uno de los hombres que más ha contribuido al desarrollo democrático de Chile.

¿Fué Lafertte un hombre sin sentimientos humanos? No. Su gran epopeya de luchador no la cumplió un corazón insensible, sino que un corazón rico y abierto a todos los sentimientos y a todas las emociones de la vida. Fué esposo admirable, padre cariñoso y alegre y juguetón abuelo. A su contextura de firme luchador se unía una humanidad delicada, una riqueza infinita para comprender al hombre y sus problemas. Cuando murió su compañera, solicitó a la Dirección del Partido hablar en sus funerales porque ella se lo había pedido y lo hizo con entereza, pero con la voz quebrada de dolor al mismo tiempo.

Todas las calumnias que se lanzan contra los comunis-

13

tas se desvanecen ante la figura y la vida de Lafertte. Porque Lafertte no es un milagro. Es un comunista ejemplar, arquetipo de los comunistas chilenos, la síntesis del Partido, de la clase obrera y del pueblo. Fué formado por la clase obrera, y por el Partido Comunista. Fué el depositario de sus mejores cualidades, de su combatividad, de su patriotismo y de su grandeza proletaria. El Partido Comunista formó esta conciencia de luchador y templó esta vida de acero aprovechando la arcilla popular de que estaba formado. El camarada Lafertte y el Partido han sido un todo indivisible, y por eso levantamos su nombre como un puño, como una bandera. De ahí también el inmenso dolor ante su muerte.

El camarada Elias Lafertte, como buen patriota y comunista, unió intimamente en un sólo haz su amor a Chile, a su clase obrera, a su pueblo, a sus tradiciones democráticas y culturales, a su música y su baile nacionales, a sus escritores, profesionales y artistas, con el amor a todos los pueblos, con el internacionalismo proletario. Como viejo obrero de las salitreras, donde trabajó codo a codo con peruanos y bolivianos, a quienes en la matanza de 1907 vió morir junto a sus hermanos chilenos, comprendió desde muy joven la hermandad de los trabajadores de todos los países y también el hecho de que el capital imperialista no tiene patria ni bandera. Y fué por esto mismo un ardiente defensor de la Unión Soviética, del primer país en que la clase obrera sepultó para siempre el régimen de la explotación del hombre por el hombre, y un admirador de todos los avances del campo socialista. Desde muy joven sintió el imperativo de luchar por la paz y la fraternidad entre los pueblos. Una de sus primeras detenciones se produjo en Iquique cuando se opuso a la acción terrorista de las bandas envenenadas por el

chovinismo llamadas en aquel tiempo Ligas Antiperuanas. Fué un campeón en la lucha contra la guerra del Chaco. En 1933 atravesó a pie la Cordillera de los Andes en viaje a Montevideo para asistir allí a un Congreso antiguerrero.

En sus visitas al mundo socialista, la última de las cuales la hizo el año pasado, vio la fuerza y los avances de la nueva vida y sintió más fuerte que nunca la idea de que los pueblos serán capaces de preservar la paz sobre la tierra. Su último proyecto era visitar Cuba cuya revolución le apasionaba.

Este hombre que luchó y sufrió tanto, que peinó canas ya a los cuarenta años, este viejo luchador obrero, era, sin embargo, el más joven de los comunistas cosa que él mismo lo decía con orgullo. Bastaba oírlo o verlo para darse cuenta que uno se hallaba ante un luchador que tenía la juventud en el espíritu y que se mantuvo siempre políticamente

14

joven, fiel a ese principio básico del marxismo que es la ley del eterno cambio. A través de sus cincuenta años de combate conoció no pocos virajes de la historia, tomándole siempre el pulso a la vida, sin perder jamás el sentido de los acontecimientos, y de ahí también la continuidad de su lucha y de su obra.

En su larga vida de comunista vió formarse varias generaciones de militantes y dirigentes, ayudándolos siempre con su experiencia y conquistando el aprecio de todos ellos.

La Juventud Comunista tuvo todo el tiempo en él un consejero, a un animoso amigo, a un inspirador de la lucha y del estudio, del canto, del baile y del deporte, como recreaciones sanas y métodos típicamente juveniles.

Para las compañeras tuvo siempre un trato afable, fué gentil, practicó y reclamó el respeto y el aprecio para ellas y las alentó siempre en su organización y en sus luchas.

Su espíritu de disciplina sirvió de ejemplo permanente. Era un modelo de puntualidad en todo. Jamás llegó atrasado a una cita del Partido. En su organización celular era un ejemplo de concurrencia asidua, de cotización al día, de participación en sus debates y en sus labores. Para él lo que resolviera el Partido era una ley ineludible. Este luchador tan jovial, tan cariñoso, tan amable, era un hombre encendido, un apasionado de la causa, y por eso también surgía a menudo de su espíritu el arma de la ira contra los abusos del enemigo de clase, de los patrones en la industria y de los terratenientes en el campo, contra la corrupción o la inconsecuencia de los políticos burgueses y también contra los defectos en el Partido.

Estuvo muchas veces enfermo, pero sólo esta vez presintió que se iba a morir y sabiéndolo, en medio de sus dolencias físicas no perdió nunca su ánimo de combatiente ni su sana alegría. A todos los compañeros que lo fuimos a visitar nos instó más a la pelea, a dar con todo empuje la batalla de las próximas elecciones, a luchar hasta el final por la causa que abrazamos. El día antes de su muerte sintiendo que iba a morir, sonrió, sin embargo, con Neruda hizo chistes, con un sentido humano y político que no perdió nunca.

Desde 1937 ocupaba en el Partido el honroso cargo de la Presidencia que cumplió siempre en forma digna

Presidía todas nuestras reuniones, daba siempre al final el consejo sabio y oportuno y tenía también bajo su responsabilidad las delicadas tareas de la Comisión de control y Cuadros.

Había heredado de Recabarren la bandera del Partido, de su política independiente, de clase. En los instantes más difíciles de nuestra vida partidaria, siempre fué fiel a esa bandera y a esa política. Por eso el Partido siempre miró a Lafertte como si mirara a Recabarren. Por eso el enemigo des-

15

cargó contra él tan duros golpes y por eso también, su puesto de Presidente no era sólo de honor, era un cargo político, y la Comisión de Cuadros tenía en él como Presidente a la bandera del Partido.

Tuvo una vida azarosa y una muerte tranquila. Murió en paz con su conciencia, sabiendo que había cumplido con el pueblo y con Chile, al máximo de sus fuerzas, sin eludir jamás el

sacrificio, sin dudar un instante de la justicia de la causal del comunismo y de su victoria. Por eso, Elias Lafertte es uno de los constructores de esa victoria que llegará. Y en los días de lucha que vienen y en la hora del triunfo inevitable, como Recabarren, como Ricardo Fonseca y Galo González, estará siempre presente.

El camarada Lafertte residía en una modesta casa de una población obrera. Murió tan pobre como había nacido, sin otra entrada que su pensión otorgada unánimemente por el Senado. Como Recabarren entró ya a la Historia de Chile. Es un héroe de la nueva etapa de la Historia de Chile que se inicia con la formación del Partido Obrero Socialista, hoy Partido Comunista. Es un Padre de la Patria, sobre todo de la nueva Patria que forjarán los trabajadores y nuestro pueblo con la conquista de la plena independencia nacional y la realización ulterior del socialismo con el cual soñó y por el cual luchó y entregó su vida entera.

El camarada Lafertte vio sus sueños realizados en la tercera parte de la tierra. Nuestros ojos, los ojos de sus hijos y de sus nietos, los ojos de las generaciones jóvenes, verán esos sueños cumplidos en Chile y sabiendo que Elias Lafertte fué uno de los hombres que más contribuyó a realizarlos le tendrán en su corazón imperecederamente.

16

PRIMERA PARTE

Bajo el sol de la pampa

17

Desde que comenzó a agobiarme la enfermedad que padezco y que me mantiene casi todo el tiempo en casa, me he estado preguntando cómo podría servir al pueblo chileno, a mi clase y a mi Partido. Durante toda mi vida, fue eso lo que hice o lo que procuré hacer: servir. Pero una cosa es tener el dinamismo suficiente para ir de un lugar a otro para movilizarse, viajar, y otra diferente es verse recluido en una pieza, casi todo el tiempo en cama por causa de una condenada y rebelde enfermedad. Así fue surgiendo la idea de escribir estas memorias. Muchos amigos y camaradas me animaron a hacerlo, diciéndome que de mi vida y mis luchas podrían desprenderse experiencias y enseñanzas para los trabajadores.

Estas voces amigas terminaron por convencerme de que el relato de mi vida, la vida de un obrero nortino que por su constancia y su fe alcanzó altos honores —como el de Presidente del Partido Comunista— puede ser útil. Por eso he comenzado a escribir estas páginas donde voy a dejar consignados, en forma sencilla, sincera, los hechos de mi vida, algunas imágenes de las luchas en las que durante medio siglo he participado y también siluetas de personas a las cuales estuve ligado: personas de mi clase, camaradas de las grandes batallas obreras, o personajes que dieron que hablar en la política. Deseo que mis amigos y yo no estemos equivocados y que estas memorias sirvan realmente al sector en que nací y por el cual luché: la clase obrera chilena.

* * *

A cualquiera, aunque no le interesen especialmente los árboles genealógicos, le gusta saber el origen de su familia. En la mía, poco se sabía de los antepasados.

19

Lo que oí decir, cuando niño, fue que en el siglo XIX llegaron a Chile dos hermanos procedentes de Francia, de apellido Lafertte. De uno de ellos pronto se perdió toda huella. Del otro se sabe que se casó con Martina Contador Barleta, con quien tuvo seis hijos. Este Lafertte venido de Europa era mi abuelo. Mi padre fue el tercero de sus hijos, Vidal Lafertte Contador. Los otros fueron Pedro Segundo, Teresa, Enrique, Rafael, Hortensia y Daniel.

La familia Lafertte Contador tenía diligencias que corrían entre La Serena, La Higuera, Panulcillo, Andacollo y Condoriaco, todos ellos importantes centros mineros en esa época. Mi abuelo y mis tíos manejaban la diligencia y aunque de mi padre no guardo recuerdos directos, tengo entendido que era también un experto cochero que guiaba con mano segura los tambaleantes carros que zigzagueaban por los senderos de la montaña.

Por el lado materno desciendo de artesanos. Mi abuelo, Juan Bautista Gaviño Malebrán, era carpintero enmaderador y trabajaba en la mina "Guías Verdes", de Andacollo. Allí se casó con mi abuela Juana Urrutia Alfaro. Tuvieron cuatro hijos: Juana María, la mayor, era mi madre; los otros se llamaban Lino Alfredo, Trinidad del Carmen y Juan Bautista. Mi madre, que había nacido en Andacollo, fue la que tuvo mayor instrucción de toda la familia, pues fue a estudiar en la Escuela Normal de La Serena, y aunque no alcanzó a titularse de normalista, fue nombrada profesora de la escuela de Andacollo.

Andacollo era por aquel tiempo —la octava década del siglo pasado— un floreciente centro minero, donde llegaban trabajadores de todo el norte en busca de mayores perspectivas. Los animaba el deseo de encontrar la preciosa veta con la cual sueñan todos los que llevan el cominillo minero en la sangre; pero la mayor parte de las veces terminaban por contratarse como obreros para trabajar en las minas de cobre y oro de propietarios acaudalados.

20

Allí se conocieron mi padre y mi madre. La humilde maestría joven esperaba con ansias la llegada de la diligencia, pues sabía que al pescante, enarbolando en su mano la larga huasca, venía Vidal Lafertte. Mi padre por su parte, debe haber usado el látigo abundantemente cuando su coche, lleno de viajeros y maletas, se aproximaba a Andacollo.

Pero —pueblo chico, infierno grande— pronto comenzaron las habladurías entre comadres y vecinas, y mi madre, para librarse de ellas, permutó en 1884 con la profesora de la escuela de la Villa de Salamanca, lugar donde un año más tarde se casó con mi padre.

Yo nací en Salamanca el 19 de diciembre de 1886 y al "acontecimiento" acudió mi abuela Juana Urrutia para atender a la madre primeriza. Después tendré oportunidad de hablar de mi abuela: era enérgica, seca y rápida para las decisiones. Tuvo, en realidad, gran influencia en mis primeros años. Los otros hijos del matrimonio Vidal Lafertte-Juana María Gaviño fueron mi hermana María Inés, nacida el 9 de septiembre de 1889, y Luis Antonio, nacido el 15 de diciembre de 1890 y muerto el 5 de febrero de 1941.

La familia vivía con dificultades en Salamanca. Los sueldos de los maestros eran por aquella época muy insignificantes. La sostenida lucha que han librado a través de largos años les permite hoy un poco de desahogo; pero entonces los "preceptores", como se les llamaba, eran famosos por sus levitas verdes de puro viejas y sus codos y rodillas gastados y relucientes. Mi padre había abandonado, al formar un hogar, su vida vagabunda de conductor de diligencia y se dedicaba a negocios diversos, en los cuales no le iba nada de bien. Compraba animales y frutos de la tierra en los fundos que rodean Salamanca y los vendía en las ciudades. Las haciendas del lugar eran extraordinariamente fértiles, gracias a su buena tierra de migajón. Fundos como "El Tambo", "Llimpo", "La Tranquilla" y -otros cuyos nombres no recuerdo, producían duraznos,

21

nueces y toda clase de frutas. Eran famosos los huesillos y descarozados de la región. Pero mi padre no tenía dedos para organista, es decir, era pésimo comerciante y sus negocios muchas veces terminaban en sonados fracasos. La casa, tenía que sostenerse así con el mísero sueldo de mi madre y éramos ya cinco bocas en la familia.

Mis padres eran balmacedistas. No tengo muchos antecedentes de sus actividades en este sentido, pero cuando terminó la guerra civil, tanto mi madre como mi padre tuvieron que sufrir las consecuencias de haber apoyado al primer Presidente antiimperialista de Chile. Mi madre, como muchísimos otros profesores y funcionarios, fue barrida de su humilde cargo de la escuela. Mi padre tuvo que esconderse para escapar a la persecución, pero al cabo de un tiempo no pudo soportar la vida solitaria y llena de sobresaltos de la ilegalidad y reapareció en Salamanca. De inmediato lo tomaron preso y lo llevaron cargado de grillos a Illapel. Mi madre se fue a caballo hasta ese pueblo a tratar de conseguir la libertad de su marido, pero todo lo que obtuvo fue que le quitaran los grillos.

* *

Yo era entonces demasiado niño para darme cuenta de las crujideras que debe haber pasado mi hogar, con el padre preso y la madre cesante. Mi madre me ha contado que no fueron precisamente días alegres los de finales de 1891. Al año siguiente, la familia decidió trasladarse a La Serena. Había que viajar hasta Los Vilos en mula, para embarcar allí hacia Coquimbo. Yo iba en una árguena, acomodado entre cueros de oveja y frazadas, amarrado a uno de los costados de la mula. Tres días viajamos en esa forma, hasta llegar a Los Vilos, donde nos embarcamos en un vaporcito pomposamente

llamado "Paquete Los Vilos", que nos dejó en Coquimbo después de varias horas de bailabletear sobre el mar.

22

En La Serena nos instalamos en una pequeña casa de propiedad de mi abuela Juana Urrutia, situada en la calle Las Casas N° 28 esquina de Infante. La construcción era muy chica y modesta, pero el patio tenía media cuadra de fondo. Lo atravesaba una acequia y teníamos allí muchos árboles: higueras, perales, chirimoyos, duraznos.

Mi abuela vendía frutas para ayudarse, aunque no creo que ganara por ese capítulo mucho dinero, ya que el canasto de fruta no valía entonces más de diez centavos. La casa estaba cerca del cerro Santa Lucía, a una cuadra del Seminario Conciliar. A los pies del Seminario funcionaba una escuela pública dependiente de éste, que dirigía el cura don Justo Pastor Donoso.

Allí me matriculó mi abuela y durante un año asistí a las clases y aprendí algunos conocimientos. Porque en aquella época yo ya sabía leer. Había aprendido en el primer colegio en que estuve, una escuela gratuita que sostenían los masones serenenses y que dirigía un prominente miembro de las logias, don Pedro Pablo Muñoz. Esas dos escuelas y la tercera a que concurrí, fueron todas "mis universidades", al decir de Máximo Gorki.

Era este un establecimiento que sostenía la iglesia de San Francisco, de los franciscanos. Un profesor contratado de Santiago nos daba las lecciones y hasta nos enseñó algunas nociones de francés. Repito que esos fueron todos mis estudios. Lo que aprendí al margen de las escuelas, me lo enseñó la vida misma, a veces con bastante brutalidad. Mi madre, profesora como era, nunca tuvo la calma ni el tiempo suficiente para traspasarme conocimientos. Los afanes de la casa, las preocupaciones económicas y conyugales —mi padre desapareció por esos días, marchándose a Bolivia— no le permitieron ocuparse de mi precaria instrucción.

En mis recuerdos yo clausuro ese período de mi niñez en 1897, cuando tenía once años, ya que a partir de esa edad tuve que ingeniármelas para vivir y para ayudar a los míos.

23

* * *

No recuerdo si fue en 1894 o 1895 cuando el gobierno acordó dar una indemnización a los maestros y empleados públicos que habían sido exonerados después del triunfo de la causa antibalmacedista. Mi madre hizo sus cálculos y llegó a la conclusión de que le tocaría una suma aproximada a los quinientos pesos, nada de despreciable en aquellos días.

Pero tenía que viajar a Los Vilos a cobrar la gratificación. Ella estimó que el viaje duraría unos diez o quince días y me dejó encargado a mi padrino de confirmación, don Roberto Patiño, en la cocina de cuya casa me daban mis comidas. Por las noches volvía a la casa que arrendaba mi madre, donde dormía.

Pero el viaje se prolongó mucho, por todos los entorpecimientos propios de la burocracia y por la falta de medios de comunicación. Un fuerte temporal destruyó los

caminos y en realidad estuve más de tres meses solo. Sentí las sollicitaciones de la calle y el día entero vagaba por muelles y playas, por calles y plazas de Coquimbo. Seguía a los marineros cuando iban a hacer sus prácticas de tiro al blanco y recogía después las cápsulas vacías, que coleccionaba como tesoros. El vagabundo más acabado del puerto no tenía nada que envidiarme, pues pronto las ropas se me fueron acabando, los zapatos se me rompieron y así viví varias semanas por las calles.

Mis amigos eran otros muchachos como yo. Juntos ganábamos algunos centavos en lo que caía, haciendo un encargo, repartiendo cartas o qué sé yo. La Plaza de Coquimbo era nuestro cuartel general y varios escaños sucumbieron ante nuestras embestidas y violentos juegos, hasta el extremo de que la policía decidió alejarnos de allí y una tarde fuimos detenidos. Más de una hora de llanto nos costó en el cuartel conseguir que nos pusieran libres. El oficial amenazó meternos en un calabozo con esqueletos, pero luego se conmovió y

24

nos dejó partir, después que le prometimos no volver a tomar como escenario de nuestros juegos la Plaza de Armas.

El olor de la tinta de imprenta me atrajo desde niño. Al lado de la casa de mi padrino se editaba el periódico liberal "El Cóndor", un tabloide que dirigía don Hipólito Pizarro y decidí echar una miradita. No me acogieron mal. Por el contrario, los tipógrafos me dejaban observarlos en su monótona tarea de parar tipos y el prensista no me decía nada cuando yo miraba con los ojos llenos de asombro entrar a la prensa hojas en blanco y salir impresas. Fácilmente "me aclimaté" en esa imprenta. Para don Hipólito, mi figura de chiquillo desastrado llegó a ser familiar. Un día me dijo:

—A ver, Elias, métele tinta a esas formas.

Yo no sabía bien lo que era rodón ni lo que eran formas. Pero comprendí que se trataba de entintar los tipos y empecé a hacerlo como pude, como había visto que lo hacía el prensista. La cosa resultó y después de unos días en que trabajaba por "monería", por curiosidad, empezaron a pagarme un pequeño salario. Me convertí en un buen entintador, a pesar de mis pocos años y luego aprendí a distribuir los tipos, después que éstos eran limpiados con parafina, tras haber cumplido su misión. Hacía mi trabajo con responsabilidad, pues sabía que los tipógrafos nunca miran el tipo al sacarlo de su casillero; las efes deben estar con las efes y no en otra parte. Más tarde hasta manejé la pequeña prensa y don Hipólito me encargó también el reparto de su periódico a los suscriptores y en los puestos. Por mi cuenta vendía algunos ejemplares, con lo que aumentaba mis menguadas entradas.

Ya, por supuesto, no llegaba a comer a la casa de mi padrino don Roberto Patiño, que era funcionario de la Aduana de Coquimbo. Prefería mil veces, comer un sandwich en la calle, o un plato de cochayuyo en cualquier cocinería del puerto. Tampoco llegaba a dormir regularmente a la casa de mi madre. Muchas veces

25

me acomodaba una cama con papeles en la imprenta o dormía en un blanco lecho de sacos harineros en la panadería del director de "El Cóndor", que compensaba sus escasas entradas de periodista con las más seguras de panadero,

Cuando se recibieron noticias de que mi madre volvía, la fui a esperar al muelle. Ella no me reconoció al desembarcar, porque en realidad buscaba con los ojos al niño modesto, pero limpio y correcto que había dejado. Y quien la esperaba era un vagabundo tirillento y sucio, sin zapatos, con una pelambreira enredada, un niño, en fin, hecho una compasión. Mi madre lloró un poco y nos fuimos juntos a la casa, donde la esperaba el relato de todas mis pilatunadas.

Vivíamos muy pobremente. Muy a lo lejos, mi tío Pedro bajaba de Oruro, donde al parecer se dedicaba con éxito a los negocios. Llegaba bien vestido, con abundantes pesos de plata y "tucadas" de billetes en los bolsillos. Eran los únicos días en que se comía bien en casa de los familiares de mi padre. Mi tío me mandaba comprar vino y las comidas eran suculentas y alegres. Después, me decía:

—A ver, Elias, recítame una poesía.

Yo había aprendido de memoria un buen repertorio de melodramáticos poemas que le gustaban mucho a mi tío. Lo emocionaban, lo ponían sentimental y entonces sacaba un peso y me lo daba. Eran unas enormes monedas de plata, relucientes y pesadas. Poco a poco fueron achicándose, en medio del escándalo de la gente, hasta convertirse en lo que ahora son. Un peso, para un chiquillo como yo, era una fortuna, la perspectiva de grandes cosas, de muchas compras, de infinitos placeres.

Nunca supimos muy claramente a qué actividades se dedicaba mi tío, pero sus negocios eran prósperos, pues poco a poco fue llevándose a sus hermanos a trabajar con él. También se llevó a Oruro a Vidal Lafertte, mi padre, y éste no volvió más. Nunca volvió a saberse

26

de él, y en casa, cuando se mencionaba al papá, se hablaba de él en voz baja, como de un muerto. En una ocasión hubo rumores de que había regresado y se hallaba en Valparaíso, viviendo con otra mujer, pero jamás estos rumores pudieron ser comprobados.

Otro de mis tíos, éste de la rama materna, empezó a enseñarme algo que él llamaba un oficio: el de monaguillo, es decir ayudante del cura durante la misa. Lino Alfredo Gaviño había estudiado en el Seminario de La Serena y hasta lo tonsuraron, lo que quiere decir que estuvo a punto de ordenarse sacerdote; pero una enfermedad lo obligó a abandonar la carrera eclesiástica. Para mí representaba un tremendo sacrificio aprenderme de memoria las largas frases en latín que me enseñaba, pero no tuve más remedio que metérmelas en la cabeza, porque mi tío empleaba muy a menudo los contundentes métodos pedagógicos de la época: la "biricoca", una especie de coscorrón con ida y vuelta, que producía dos golpes en vez de uno, en plena cabeza. ¡Y cada equivocación me costaba una "biricoca"! Por suerte mi memoria no era mala y por suerte también, más pronto de lo que yo creía, este aprendizaje iba a servirme para

tomar el primer empleo estable que tuve: el de acólito en la Iglesia de San Agustín, en La Serena.

El cura me ofreció siete pesos al mes, lo que no estaba mal para un chiquillo de cortos años. Mi obligación consistía en preparar los elementos de la misa, ver que las vinajeras estuvieran llenitas, ayudar al sacerdote a ponerse el alba, la estola y la casulla y luego ayudar a la misa.

El primer día, entré casi temblando a la iglesia, precediendo al cura, pues estaba casi seguro de que todo se me iba a olvidar, que iba a confundir las frases en latín, cuyo significado ni siquiera sabía, y en fin, que mi trabajo de acólito iba a ser un desastre. Pero nada de eso ocurrió y por el contrario, mi memoria funcionó perfectamente. Cuando el cura dijo: —*Ostende nobis, Dómine, misericordiam tuam* (Muéstranos, Señor, tu

27

misericordia), yo respondí como un experto: —*Et salutare tuum da nobis* (Y danos la salvación). Todo fue desarrollándose normalmente. El sacerdote invocó: —*Dómine exaudi orationem mean* (Escucha, Señor, mi oración). Yo contesté: —*Et clamor meus ad te veniat* (Y llegue hasta ti mi clamor) —*Dominus vobiscum* (El Señor sea con vosotros). —*Et cum spiritu tuo* ...

No duré mucho en la iglesia de San Agustín, pues luego me echó el ojo el cura de la Catedral y me contrató con 10 pesos mensuales. Digo mal, no era un cura, sino un obispo, "Nos, Florencio Fontecilla, por la gracia de Dios", como él mismo decía, y durante un tiempo aporté esos diez pesos al presupuesto de la casa.

Mi madre, después de muchos afanes y trajines, había logrado obtener un cargo de inspectora en la Escuela Normal de La Serena. La directora se lo dio a instancias de la portera de la escuela, que era amiga de mi madre. Las condiciones eran precarias y humillantes. Tenía que servir y cuidar a las alumnas internas y dormía en una especie de covachita debajo de la escalera. La Escuela Normal estaba situada en la Plaza de Armas, en una propiedad que actualmente es la casa de un personaje de quien tendré que ocuparme con desagrado más adelante: Gabriel González Videla.

Para poder ver a mi madre, yo tenía que hacer prodigios de agilidad, pues la directora, doña Isabel Bongar, famosa por su sequedad con alumnos y profesores, prohibía que a esa pobre inspectora la visitara su hijo. Tenía que entrar subrepticamente y a escondidas llegar hasta el estrecho dormitorio de mi madre. Las alumnas al parecer no lo pasaban mejor que la inspectora, bajo la férula de tan enérgica cancerbera, y hasta sufrían hambre. Un día mi madre me mandó a comprar panes de leche (valían cinco centavos) que las alumnas encargaban para mejorar su comida. Cuando yo llegué con ellos al lugar donde debía esperarme mi madre, no estaba ella, sino la directora y me vi en duros aprietos para explicar lo de los panes de leche sin delatar a mi madre.

28

* * *

La vida de los pobres se caracteriza entre nosotros por la desorganización provocada por la miseria. Las familias se separan por necesidades del trabajo, los hijos tienen que vivir lejos de sus padres, ya sea porque éstos no pueden mantenerlos, ya porque las condiciones les impiden estar con ellos. Eso me ocurrió a mí muy temprano. Primero, mi padre desapareció de la casa en busca de mejores horizontes y no volvió más. Después, cuando tenía diez años, tuve que separarme de mi madre porque su famoso empleo en la Normal de La Serena no le permitía siquiera verme. Entonces decidió mandarme a Iquique, a donde se habían trasladado mi abuela y mis tíos.

Tuve que hacer el viaje solo, lo que me llenaba de inquietud, de esa cosa indefinible, alegre y triste, al mismo tiempo, con un fondo de miedo, que siente un niño que va a embarcar solo. Mi madre conocía a un "pacotillero" y le pidió que me llevara como ayudante. Era un hombre gordo, alegre y elegante, que se ganaba la vida en los barcos. De viaje hacia el Norte llevaba frutas, provisiones y legumbres, que por allá son oro puro, y que iba vendiendo en los puertos. De regreso, traía al Sur frutas tropicales, plátanos, piñas, paltas, principalmente.

Mi equipaje consistía en un canasto de peras que le llevaba a mi abuela y en un saco harinero donde iban dos sábanas y un cuero para dormir. Pero sobre la cabeza llevaba un tesoro que me llenaba de orgullo y me consolaba un poco de la separación: un sombrero de fieltro negro que me había comprado mi madre. Un sombrero espléndido, suave al tacto, precioso, uno de esos sombreros que yo había visto muchas veces como algo inalcanzable en las vidrieras de las sombrererías o en las cabezas de los niños ricos.

Mi madre me fue a dejar a bordo del vapor "Perú", me abrazó y me besó y bajó a tierra cuando ya me vio en contacto con mi nuevo patrón, ayudándole a acomodar sus mercaderías.

29

En el viaje todas las cosas fueron bien. Alterné con los pasajeros y ayudé a mi patrón en todas sus faenas. Pero un día, poco antes de llegar a Iquique, una racha de viento me voló el sombrero de fieltro de la cabeza, el cual cayó al mar. La desesperación me invadió y no pude retener las lágrimas. Habría querido que el capitán detuviera el barco y mandara un bote a recoger el sombrero, que había perdido por mi propia culpa, porque no me lo saqué de la cabeza ni un solo minuto durante todo el viaje. En realidad, sólo en la noche, cuando me acomodaba en un rincón, junto a las mercaderías del "pacotillero", para dormir, me quitaba el sombrero de fieltro, le alisaba el pelo con la mano y con el pañuelo le limpiaba la tierra que hubiera podido pegársele.

Me puse, pues, a llorar y el cuadro conmovió a algunos pasajeros, que me habían visto tan orgulloso con mi sombrero. Tres o cuatro de ellos me regalaron sombreros. Un peruano me dio uno de paja, en el cual habrían cabido dos cabezas como la mía. Otro me obsequió una gorra, con lo cual mis lágrimas se calmaron un poco.

Cuando el "Perú" ancló en Iquique, yo no pude desembarcar de inmediato, porque tenía que ayudar al "pacotillero" a vender sus mercaderías. Cuando terminamos, monté en la lancha y desembarqué con mi saco harinero y mi canasto de peras.

Tenía que encontrar a mi abuela, que vivía en un conventillo, en la calle Errázuriz 7. Iquique era algo nuevo para mí, una ciudad tan grande como nunca las había visto. La bahía estaba llena de barcos de vapor y de vela y en los muelles había un movimiento que me pareció febril. Eran los famosos embarques de salitre, que por aquel tiempo estaban en su apogeo. La ciudad misma me hacía abrir los ojos llenos de asombro, con tantas tiendas, calles, plazas, restaurantes, negocios. A fuerza de preguntas a los "pacos" y a cualquiera que se me cruzara en el camino, logré llegar a mi destino, pero allí me esperaba una sorpresa: mi abuela ya no

30

estaba allí. Había dejado sus pertenencias guardadas con la mayordoma del conventillo y se había ido a la pampa, a la oficina salitrera "Providencia", donde vivía con sus dos hijos, mi tío Juan, que trabajaba en la pulpería de esa oficina. Mi tía Carmela, por su parte, que había visto a mi madre hacer sus clases en Salamanca, había instalado una escuelita donde enseñaba a leer a los hijos de los trabajadores.

La noticia no me amilanó ni me desanimó. La mayordoma me ayudó mucho, me dio comida y alojamiento esa noche y al día siguiente me dejó embarcado en un coche de tercera con un boleto hasta Santa Rosa, estación ferroviaria que servía a las oficinas "La Viz", al sureste de Iquique, y "Providencia", donde vivía la abuela. El tren empezó a trepar lentamente por los cerros, bajo un sol mucho más fuerte que el que yo conocía en el Norte Chico.

En Santa Rosa bajé del tren y pregunté cómo podía seguir hasta "Providencia". Pero parece que andaba con el paso cambiado, como se dice, pues supe que hasta el día siguiente no habría carretela que pudiera llevarme a "Providencia", que era una oficina que operaba con capitales franceses. Pero he ahí que de pronto se detuvo un breque manejado por un señor que me pareció extranjero. . Era efectivamente, el administrador de la oficina, un francés a quien llamaban "Musiú" Perrer. Los vecinos le dijeron que yo era sobrino de un empleado de la pulpería y él accedió a llevarme, pero solo, sin mi pequeño equipaje.

Los mulos corrieron arrastrando el breque varias horas hasta que llegamos a "Providencia" y pude abrazar a mi abuela. Me bastó llegar para confirmarme en la idea de que las cosas no andaban del todo bien: la oficina estaba "de para" y todo el mundo emigraba de allí. Nosotros no pudimos salir porque la tía Carmela se enfermó de tifus y tuvo que cumplir una cuarentena, aislada, mientras mi tío hacía el balance para ver qué es lo que quedaba en la pulpería de esa oficina que se disponía a cerrar.

31

II

Cuando la clásica herradura fue clavada en la puerta de la pulpería de "Providencia" tuvimos que emprender el éxodo hacia la oficina "La Perla", donde el tío Juan había encontrado trabajo en la bodega de materiales. El sol de la pampa me hacía cosquillas en la espalda, pero pronto me acostumbré a él. Al principio recorría solo el campamento observando el trabajo, conversando con los pampinos, haciéndome de relaciones en todas partes. Cuando estuve familiarizado con las faenas, éstas no me parecieron tan

terribles, y un día se me ocurrió que a pesar de mis pocos años yo también podría trabajar y ayudar a la familia.

Así fue como tomé mi primer trabajo en la pampa salitrera y este fue de machucador de salitre o "mata-sapo", como se nos llamaba. Eramos dos muchachos casi de la misma edad los que, con sendos combos de luma, apaleábamos los trozos de salitre demasiado grandes, que por su tamaño no cabían en los sacos o podían herir las espaldas de los cargadores. Eran doce horas las que pasábamos cada día, a pleno sol, dándole a los terrones de salitre hasta reducirlos a pedacitos. Pero como éramos un par de chiquillos de escasa importancia en la oficina que ganaban sesenta centavos diarios cada uno, nadie se preocupaba de nosotros. Los capataces no nos controlaban y así podíamos dedicar un tiempo apreciable cada día a jugar al león, en un tablero de cartón que escondíamos entre los enmaderados de las bateas.

Más tarde pasé a la bodega de materiales, donde trabajaba con mi tío, y aquí se me acabaron los juegos y largos descansos de "matasapo", porque mi tío me vigilaba. Mi tarea consistía en reducir madejas de pita, de la que se usaba para coser los sacos de salitre, de modo que no se perdiera ni un solo centímetro del material. Con lo que gané en ese año que duró mi primer contacto con la pampa salitrera, pude comprarme ropa y hasta llevarle cien pesos a mi madre.

32

Al cabo de ese año, mi tía Carmela se casó con un carpintero modelista español Almanzor Zarzaga, con quien se trasladó a Pozo Almonte, a la oficina "La Palma". Mi tío Juan encontró trabajo en esa misma oficina. Mi abuela y yo, después de vivir un tiempo en Pozo Almonte, regresamos a La Serena, donde mi madre, para poder trabajar, había tenido que meter a sus dos hijos menores en el asilo de niños La Providencia.

El 24 de diciembre de 1900, a mi abuela se le ocurrió ir a pagar una manda que había hecho a la virgen de Andacollo y yo tuve que acompañarla. Las fiestas de Andacollo tenían mucho más esplendor en esa época que ahora; peregrinos de toda la región y aun del Norte Grande iban a ellas, algunos con espíritu religioso, otros a hacer negocios y los más simplemente a disfrutar del espectáculo, los bailes, procesiones, congregaciones de "chinos" "hermanaciones", comilonas y la gran borrachera final, que dejaba tendidos por los caminos a cientos de fieles.

La manda de mi abuela consistía en ir a pie desde El Peñón hasta Andacollo, una distancia aproximada de unos quince kilómetros, que ambos, la viejecita y el niño que la acompañaba, resistimos valientemente. Las fiestas fueron brillantes y hubo muchos lugares donde divertirse antes de la procesión, en la que participaron los cuatro obispos chilenos, entre los que se contaba don Ramón Ángel Jara, que pronunció uno de sus famosos sermones, y el obispo de La Serena, que había sido mi patrón, "Nos, Florencio Fontecilla, por la gracia de Dios".

* * *

De nuevo tuve que partir al norte, donde mi familia estaba instalada ahora en la oficina "Agua Santa", junto al ferrocarril salitrero. Me embarqué en Coquimbo en el vapor

"Mapocho" y un sábado en la tarde desembarqué en Caleta Buena, un puerto al que el salitre le había dado bastante auge, situado entre Iquique y Pi-

33

sagua. Recuerdo que había un andarivel de tres pisos que subía carros de mercadería y bajaba los sacos de salitre que habrían de embarcarse para el extranjero. Quedé varado tres días en Caleta Buena, pues a causa del carnaval no había medio alguno de movilización. El carnaval era celebrado en grande, al estilo peruano. En las calles la gente se lanzaba globos rellenos de harina o de tinta de colores vivos.

Finalmente llegué a "Agua Santa", donde encontré trabajo como herramientero, faena que por lo general desempeñaban muchachos de trece o catorce años como yo. Era una de las oficinas más cosmopolitas, pues junto a obreros chilenos, trabajaban argentinos, peruanos y bolivianos. El jefe nuestro, de los herramienteros, era el "corrector" argentino Leonor Juárez, que nos vigilaba cada mañana cuando salíamos, cada uno a cargo de dos mulas que cargaban las herramientas que se llevaban a la pampa. Allí, en plena pampa, había una fragua para arreglar los barrenos, que eran de propiedad de cada barretero y las barretas, que eran de la compañía.

Los barreteros tenían que preparar los tiros que arrancaban el caliche de los yacimientos. Yo los miraba trabajar con mucho interés, cuando abrían los cañones, dentro de unas especies de cráteres, con las barretas y los barrenos. Los cañones tenían aproximadamente un pie de circunferencia y su profundidad variaba de acuerdo con las condiciones del terreno. Luego, debajo del cañón abrían un espacio, extrayendo la tierra o arena del fondo, para que la pólvora abarcara más espacio y la explosión se extendiera todo lo posible, arrancando así más caliche. Después se colocaba la mecha. Los barreteros hacían su trabajo con la mayor conciencia. Se les pagaba por pies cavados y ellos tomaban como asunto de honor evitar los tiros "arrebataos", que lanzaban el caliche demasiado lejos, o los "echados", que no explotaban. Por lo general terminaban su trabajo a mediodía, pero los disparos no se hacían hasta las últimas horas de la tarde. El que encendía la mecha

34

lanzaba el clásico grito de "¡Con fuego ... tiro grande!" y todo el mundo corría, alejándose del lugar donde iba a verificarse la explosión. Lo prudente era estar a un kilómetro o un kilómetro y medio del foco de la explosión. El otro grito que diariamente se escuchaba era el de "¡Ya está corriendo!", cuando la mecha estaba encendida.

Las barretas que yo transportaba a la pampa en mis mulas eran de tres clases: "tocoadoras", las más pequeñas, con las cuales se iniciaba el trabajo de cavar; después venían las "seguidoras", para continuar el trabajo; éstas eran más delgadas para ir haciendo el cañón y la punta terminaba en una especie de pico de loro; las otras eran las "acabadoras" y con ellas se ponía término a la tarea.

Por esos días, siguiendo la costumbre de los pampinos, una costumbre venida de Bolivia, aprendí a "armar", esto es a mascar de un modo organizado y muy complejo las hojas de la coca, que la pulpería de la oficina vendía a los particulares y barreteros a un

peso el puñado. Entre la hora de almuerzo y el momento de hacer explotar la dinamita, los pampinos se sentaban en plena pampa a "armar". Esto consistía en echarse a la boca una masa formada por yuta y ceniza de carbón de madera de espino, revuelta con papa cruda molida, que, en la boca se mezclaba con las hojas de coca. La masa hinchaba los carrillos de los "armadores", que al mismo tiempo fumaban. Nadie hablaba. Sólo se veían los carrillos subir y bajar, durante una media hora, que duraba el "armado". La primera vez que yo, imitando a mis mayores, "armé", se me descompuso el estómago y tuve violentos vómitos.

La coca, que traían desde Bolivia en sacos o fardos a lomo de mula, representaba una ganancia más, y no pequeña, para las pulperías.

El jefe de los cinco muchachos que trabajábamos como herramienteros en "Agua Santa" era el "Zorro" Vargas y uno de mis compañeros fue Zaratiel Vergara, a quien muchos años más tarde encontré en la Escuela

35

de Minas de La Serena. Los dos viejos compañeros de trabajo habían abandonado los soles de fuego de la pampa: Zaratiel era profesor de la Escuela de Minas y yo senador de la República. Gerente de "Agua Santa" era don Santiago Humberstone, un inglés que se hizo famoso en toda la pampa salitrera. Una oficina que aún existe y que se llamaba "La Palma" lleva en su honor el nombre de Humberstone.

Entre los poquísimos acontecimientos que quebraban la monotonía de la vida en la oficina, recuerdo el matrimonio de su hija Luisa con el administrador de la misma oficina, don Carlos Ultza. Concurrieron más de doscientos administradores, contadores y altos empleados de oficinas salitreras de ese cantón y de otros vecinos. La cancha de tenis de "Agua Santa", donde naturalmente sólo jugaban los ingleses, se llenó de "colas de pato", es decir chaqués, sin faltar los *fracs* y *smokings* de los invitados, que habían llenado varios trenes con sus equipajes y regalos de boda para la pareja. Nosotros mirábamos la fiesta desde detrás del enrejado de alambre que cercaba la cancha de tenis. La pulpería nos distribuyó algunas botellas de cerveza para que también participáramos de algún modo en la fiesta de boda de la hija del patrón. Después, en medio de gran algarabía de invitados y trabajadores, los novios partieron a Pisagua, donde iban a embarcarse en viaje de luna de miel a Europa. Nosotros rivalizábamos con los invitados en las expresiones de despedida y un pampino a quien se le había pasado la mano en la cerveza, galanteaba a la novia duro y parejo.

Mis tíos Alfredo y Juan trabajaban en la bodega de la compañía, uno triturando la cebada con que se alimentaba a las mulas. La abuela, por su parte, tenía una vaca y vendía leche a los pampinos. El tío Juan manejaba la bodega del carbón que se usaba como combustible. La vida social en "Agua Santa" se reducía a algunos partidos de fútbol entre los dos equipos, el "Agua Santa" y el "Estrella de Chile" y a unas pocas representaciones teatrales del cuadro artístico.

36

Un día mi tío me invitó a la bodega, a ver un ensayo de una obra teatral que los empleados iban a representar. Para mí fue ese momento una gran revelación, como si se me abriera un mundo nuevo. Tendido sobre los fardos de pasto, veía a los jóvenes y muchachas engolar la voz para ensayar las escenas de "Flor de un día", melodrama de

Campoamor en un prólogo y tres actos. Los escuchaba con la boca abierta y los parlamentos en resonantes versos me repercutían en el corazón. Creo que ese instante determinó una afición al teatro, que andando los años iba a desarrollarse y a pasearme por veinte escenarios obreros diferentes. ¡Y quién iba a decirme que esa obra, precisamente "Flor de un día", iba a servirme para una aventura teatral, nada menos que en el papel principal, el de marqués de Montero!

Después del ensayo, había que ir a dejar a las muchachas que tomaban parte en la obra y que eran vecinas de Negreiros, un pueblo situado a doce kilómetros de "Agua Santa".

Los domingos, vestido con mi cota, camisa de tocuyo o saco harinero, abierta sobre el hombro izquierdo, y mi pantalón de borlón o diablo fuerte, frecuentemente "encayapado" o sea con parches, me dedicaba a pasear, a trabar amistades y no pocas veces aceptaba en las tardes un trabajo extraordinario para procurarme unos centavos más de salario. El trabajo consistía en "hacer huella", limpiar los caminos para que pudieran pasar después las carretas con su carga de caliche.

Los herramienteros frecuentemente realizaban estas faenas. Un domingo, en otra sección de la pampa, un barretero mató casualmente a un niño herramientero. El hecho nos impresionó profundamente, sobre todo a los muchachos, que acudimos en masa a los funerales. Un entierro en la pampa es de por sí un espectáculo sobrecogedor y mucho más tratándose de un niño. En los funerales habló un señor Vergara, a quien apodaban "el político" por lo circunspecto, grave y aficionado a pronunciar discursos. Concurrió también un

37

hombre que por aquella época tenía gran nombradía como poeta y periodista satírico y anticlerical: don Juan Rafael Allende, que se hallaba en la pampa organizando la Mancomunal, una asociación con finalidades reivindicativas y mutualistas para la defensa de los obreros. Allende me impresionó por su apostura distinguida y su melena de cabellos crespos. Pregunté a uno de los trabajadores de más edad quién era y me dijo que era un escritor ante cuya pluma temblaban frailes y políticos. Se comentaba risueñamente, me contó este compañero, una broma que don Juan Rafael había gastado en su revista a don Miguel Luis Amunátegui, quien, siendo muy anciano, se había enamorado de la actriz francesa Sara Bernhardt cuando ésta visitó Santiago ... Años después, en la capital, me mostraron a un hijo de don Juan Rafael, el músico Pedro Humberto Allende, y me sorprendió el parecido que tenía con su ilustre padre; éste era, sí, de mayor estatura.

Después de más de un año en "Agua Santa", la familia decidió trasladarse a "Puntunchara", en el mismo cantón de Negreiros. Por aquel tiempo, el fenómeno más característico de la pampa era precisamente el de emigrar de una en otra oficina. Nadie echaba raíces en un sitio y era muy difícil hallar, como ocurre en los campos, a gentes que han envejecido en el mismo sitio. No, los pampinos eran gente trashumante y vagabunda, que no duraba mucho en la misma oficina. Afortunadamente había trabajo abundante y aunque las compañías sabían a quienes se despedía por faltas graves, a los simplemente inquietos no se les negaba el trabajo. La gente se iba por quítame allá unas pajas. Las oficinas abrían, se cerraban, volvían a abrirse. Los pampinos se

cambiaban por ganar unos pesos más, porque les interesaba una mujer en una oficina a varios kilómetros de distancia, porque hallaban mejores alojamientos o porque la comida era mejor en otra parte. Si a alguien se le hubiera ocurrido hacer una encuesta, seguramente se habría asombrado de saber

38

el número de oficinas que cada pampino conocía. Yo mismo a los veinte años, había trabajado en una larga cadena de centros salitreros.

Esa vez nos fuimos a "Puntunchara" porque mi abuela había tenido dificultades para la mantención de su vaca en "Agua Santa". Allí cambié mi cota de herramientero por el overol azul de oficial de la maestranza y mi condición de "asoleado", como se llamaba a los particulares y en general a todos los trabajadores de plena pampa, por la de "tiznado", o sea obrero de la maestranza y los trenes, que no eran lo mismo que los "embarrados", los que trabajaban en las máquinas de la oficina salitrera.

Aprendí a conocer las herramientas del mecánico, las distintas llaves con sus nombres extranjeros, y en fin, todos los instrumentos que se emplean en la maestranza. Mi salario era de dos pesos noventa centavos diarios; me pagaban una mínima parte en dinero y lo demás en fichas, que sólo eran canjeables en la pulpería. Las fichas me gustaron mucho: eran de metal plateado, bruñidas y brillantes, muy diferentes de las de hueso, concha o carey, que usaban en otras oficinas. Había fichas de un peso, de veinte y diez centavos.

El objetivo de las pulperías consistía, fundamentalmente, en no dejar salir de allí el dinero que los trabajadores ganaban. Hacer un viaje mensual a Negreiros a comprar provisiones, habría sido una medida muy conveniente para los trabajadores. Pero había que comprarlo todo en la pulpería, con las famosas fichitas, a precios que fijaba la compañía y que eran bastante elevados. Empresas salitreras hubo que no ganaban mucho con los embarques de salitre, pero que se llenaban la bolsa con los negocios de sus pulperías.

Cuando ya dominaba mi trabajo en la maestranza, un día fui a entrevistarme con mi jefe, el ingeniero Cesáreo Flores, y le pedí aumento de salario. Al principio, el ingeniero me miró muy enojado, asombrado de que un chiquillo tuviera coraje suficiente nada menos que para pedir más sueldo ... Después me trató

39

con más benevolencia, me nombró fogonero de las locomotoras y me aumentó el salario en... diez centavos, con lo que pasé a ganar,.. tres pesos diarios.

Lo que salí ganando, en realidad, fue la vida al aire libre, que me gustaba mucho más que estar encerrado en la maestranza. Era interesante ir paleando carbón, de estación en estación, fraternizando con los trabajadores que cargaban y con mis jefes, los dos maquinistas. Estos, Dionisio Pastenes y Guillermo Wilson, se aclimataron en la pampa y se quedaron trabajando allí hasta el extremo de que largos años después, siendo yo senador, encontré a Pastenes en María Elena, durante un viaje de propaganda electoral. Era el mismo que había acogido cordialmente, palmoteándolo con sus manos tiznadas, a

un niño que había llegado a trabajar con ellos cuarenta años antes, en la oficina "Puntunchara"...

Un nuevo traslado de la familia en bloque, me llevó a la oficina "Rosario", de Negreiros, donde entré a trabajar junto a mi tío, que había conseguido un puesto de particular. El trabajo se volvía duro para mí. Las herramientas me pesaban hasta hacerme doler la espalda y me machucaban las manos. Pero éstas se fueron endureciendo y ya eran manos de pampino cuando abandoné por segunda vez la pampa para regresar a La Serena.

Mi madre se encontró con un muchacho de catorce o quince años, fuerte y de cara tostada por el sol, que le prometió no volver nuevamente al norte si no era con ella.

III

En 1901, después de diez años de cesantía, mi madre volvió a la enseñanza. Había sido exonerada por el gobierno que sucedió al de Balmaceda y tuvo que esperar dos lustros, acosada por la miseria y desempeñando precarios empleos, para volver al trabajo. Fue nombrada profesora en la Escuela Mixta N^o 28 de Huan-

40

tajaya, un mineral de plata cercano a Iquique, frecuentada por los hijos de los trabajadores de las minas de toda la región: la "Descubridora", la "San Juan", la "San Pedro" y "San Pablo". Mientras mi madre, con la colaboración de su ayudante, Angela Fraga, echaba a andar la abandonada escuelita, yo empecé a recorrer la región, a hacerme de amistades y a echar el ojo a los laboreos, buscando trabajo. Hasta entonces, mi experiencia no pasaba de las salitreras. Nunca había trabajado en minas.

Las minas de esa región tenían una larga historia de pleitos, riquezas y miserias, florecimiento, decadencia, asaltos y robos. Jorge Chess, un marinero inglés, desertor de su barco, tomó posesión de la "San Pedro" y "San Pablo", ricos yacimientos de los cuales sacaba plata en barras y semibarras. El historiador Benjamín Vicuña Mackenna era propietario de una mina en ese mismo cerro, Las Marías. Los deslindes de las propiedades del aventurero inglés y del escritor chileno se confundían y durante largos años la justicia ventiló uno de esos largos, fatigosos e interminables pleitos de minas. Las minas gozaban de una fama tal de ricas que a menudo eran objeto de asaltos. Así, por ejemplo, una cuadrilla llamada "Los Compadres", la asaltó tres veces consecutivas, haciendo enorme y provechoso botín.

Podría creerse que estos "Compadres" eran bandidos regionales o algo así, pero no había tal cosa, pues luego se descubrió que eran trabajadores de la misma mina. Parecerá extraño que los mineros se entregaran a fechorías de esa naturaleza, pero hay que situarse en esa época, en que el trabajador no tenía defensa alguna contra los industriales, ni sindicatos, ni leyes sociales, ni siquiera conciencia de la organización. Pero en ellos un sentimiento instintivo les hacía pensar que tenían que luchar contra sus patrones, que éstos eran sus enemigos, puesto que los sometían a una explotación tan dura. Se explica así que los mineros adopta-

41

ran estas equivocadas formas de lucha, como otras a que me referiré en seguida.

Eran famosas también esas minas por las grandes pepas de plata que se producían y que los mineros solían robarse usando los medios más curiosos. Así por ejemplo, los que trabajaban en el laboreo, una vez que se hallaban fuera de la mina, en sus casas, se sacudían las ropas y recogían mucho polvo de plata que quedaba pegado a ellas. Para evitar esa forma de sustracción, la compañía los obligó a trabajar con overol, que tenían que sacarse antes de salir. Era la propia compañía la que los sacudía para aprovechar el polvo de plata pegado a la tela. Además, antes de salir, cada trabajador era obligado a desnudarse y sus ropas registradas para prevenir cualquier filtración... Pero el ingenio es inagotable y contra estas medidas, los aficionados a lo ajeno idearon un complicado sistema: la "cangaya" o el "mono", que consistía en moldear la piedra con plata hasta darle la forma y el tamaño de un cigarro puro; luego la envolvían en un trapo o pabilo, la aceitaban con sebo y se lo introducían en el ano, hurtándola así a los ojos vigilantes de los custodios de la mina. Una vez fuera se la extraían, frecuentemente con gran dolor, y hasta solía ocurrir que todos sus esfuerzos para sacar el mineral eran inútiles. Entonces tenían que acudir a los médicos de Iquique, los cuales era *vox populi* que les exigían la mitad del producto de la piedra, como honorario por la operación.

Por fin encontré trabajo en una mina que acababa de iniciar su faenas, la "Laura". Me contraté como arriador y mi tarea consistía en vigilar el trabajo de los caballos que hacían la "saca", es decir extraían del pique la tierra que quedaba como producto de las excavaciones. Pero yo no estaba conforme con este trabajo y quería otro de mayor responsabilidad y más paga. Así, todos los sábados entraba con los barreteros para aprender el trabajo de éstos, pero la faena era demasiado pesada para un niño de mis años. Yo era

42

fundamentalmente sano, pero no de constitución fuerte.

La "Laura" resultó un fracaso. No se pudo encontrar una buena veta y las que habían rendían muy poco metal, el caso es que muy pronto terminó el trabajo y los boquetes fueron cerrados.

Quise emplearme en la "Descubridora", pero el administrador, un escocés llamado Roberto Prain, se negó a darme trabajo, aduciendo como razón el que yo era hijo de la profesora... No me amilané por esto, y aprovechando un viaje a Europa que hizo este caballero, logré colocarme como tarjador de sacos y angarillas en la cancha de la "Descubridora". Mi tarea consistía en botar las piedras y arnear el metal, en lo que me ayudaba mi hermano menor, a quien llevé a trabajar conmigo. Cuando Prain regresó de Europa y me encontró instalado en su mina, rindiendo un trabajo efectivo, no tuvo más remedio que dejarme allí. Cuando terminó el trabajo en la cancha, tuvimos que cambiar de faena, siempre en la "Descubridora": Luis se hizo cargo de los barrenos, como herramientero, y yo trabajé de apir. Con un capacho de recio cuero a la espalda, tenía que ir recogiendo el producto de la mina y sacándolo fuera. Era un trabajo terriblemente pesado, que me dejaba molido cada tarde. A menudo tenía que cargar más de sesenta kilos en los hombros.

En la mina trabajaban dos turnos: uno desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde; el otro desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana. Al salir cada equipo, un gringo a quien apodábamos el bolero, nos registraba para asegurarse de que

no llevábamos robada cantidad alguna de plata. El apodo provenía de que este hombre entre sus muchos métodos de control, tanteaba los testículos de los trabajadores que salían para convencerse de que no llevaban plata robada debajo de ellos, como solían hacer algunos mineros, que se amarraban un cinturón especial... Un día que yo salía, me encontraron una piedra en el bolso donde acostumbraba a llevar mi comida, y

43

hubo un pequeño escándalo. Pero luego las cosas se aclararon, cuando un barretero explicó lo que había pasado: me había metido la piedra en el bolso para hacerme una broma, pensando que yo la iba a descubrir antes de salir. Prain movió la cabeza y dijo que estaba bien, que comprendía las pequeñas bromas de sus trabajadores. Pero, ni lerdo ni perezoso, hizo examinar la piedra. La molieron y afortunadamente no encontraron en ella ni un miligramo de plata...

La vida en Huantajaya era para mí más bien monótona, interrumpida sólo por breves viajes a Iquique. Esto ocurría cuando el administrador de la mina me pedía que le bajara al puerto los caballos que montaba para jugar al polo. Tal vez fue esa monotonía, ese transcurrir de los días sin alternativas de ninguna especie, lo que me acercó a los demás trabajadores, inclinándome a las actividades societarias: entré a formar parte del equipo de fútbol, aunque nunca logré desta-carne como goleador; me hice miembro de la cooperativa de consumo y también presenté mi solicitud de admisión a la Filarmónica, cuyas reuniones y bailes terminaban tradicionalmente con una cazuela o un ponche. Ingresé, asimismo, a la Sociedad Minera Internacional de Huantajaya, una entidad mutualista que funcionaba por aquellos días de comienzos del siglo.

* * *

A fines de 1904 bajé a instalarme en Iquique, donde se había radicado mi abuela —que era una especie de matriarca— con sus hijos: mi tío Alfredo trabajaba como profesor primario, aprovechando los conocimientos que había adquirido en el Seminario de La Serena, mientras mi tío Juan se las batía como carpintero mueblista. Pero no descansé mucho en Iquique, porque cuando recién comenzaba a familiarizarme con los muelles y las calles, mi abuela Juana Urrutia me tomó del brazo y me llevó al Ferrocarril Salitrero a ver si me daban trabajo.

44

Me aceptaron y me destinaron a la maestranza, sección tornos, donde se reparaban carros y locomotoras, un enorme establecimiento de mecánica donde trabajaban más de dos mil "tiznados". Allí, por ejemplo, se reparaban los desperfectos sufridos por las locomotoras de dos trompas, que funcionaban quemando carbón en bloques, que se traía de Cardiff (Inglaterra), pues el de Lota no tenía bastantes calorías; el maquinista trabajaba en un lado de ella y el fogonero en el otro, separados por la caldera. Empecé en la tornería trabajando con el cepillo de bronce pequeño, en los descansos de bronce donde las bielas se juntan con la rueda. Mi labor duraba de seis a once de la mañana y de doce y media a cinco y media de la tarde, es decir diez horas diarias. Ganaba setenta y dos centavos oro al día, salario que fluctuaba de acuerdo con la libra esterlina. Nos pagaban los sábados basándose en el cambio registrado el día jueves de cada semana.

Me asustó la responsabilidad del trabajo, pues llevaba apenas una semana de aprendizaje en la tornería, cuando me dejaron solo. Por fortuna trabajaba allí un muchacho con experiencia, que conocía muy bien la faena y que tenía un gran espíritu de solidaridad. El me ayudó, me orientó, me alentó, me dio confianza en mí mismo y esta actitud fraternal me unió tanto a él que llegó a ser uno de mis mejores amigos, uno de los mejores que he tenido a lo largo de toda mi vida. Después de la ayuda de Jerónimo —se llamaba Jerónimo Zambrano Carvajal— las tareas del cepillo pequeño dejaron de parecerme una cosa del otro mundo y a los seis meses no me pareció extraordinario que me trasladaran a trabajar en el cepillo grande.

Mi amistad con Jerónimo crecía a medida que transcurrían los días. Como no teníamos tiempo para ir a almorzar a mediodía en nuestras respectivas casas, solíamos comer en los restaurantes de los chinos —había muchos en Iquique— donde valía diez centavos el plato. Los platos muy buenos costaban quince centavos, pero era un lujo que nosotros nos dábamos muy de vez

45

en cuando. Un día sábado invité a Jerónimo a Huantajaya, a que pasáramos el domingo en casa de mi madre y noté que la seriedad de Jerónimo le caía bien a mi madre y que ella estaba contenta de mi amistad con él. Ibamos juntos a los partidos de fútbol y fue en uno de ellos, cuando el club del Ferrocarril de Huantajaya bajó a jugar a Iquique, cuando me tocó pronunciar el primer discurso de mi vida. Había que agradecer las atenciones que se habían dispensado al equipo visitante, y los compañeros echaron sobre mis hombros esta tarea. Al comienzo me pareció que nunca iba a ser capaz de "echar un discurso". Pero ya lanzado en la cosa, no tartamudee y salí más o menos airoso de la comisión.

Un tiempo después, el torno chico de la maestranza, que manejaba Jerónimo, pasó a mis manos, pero jamás pude aprender bien la operación de cortar los hilos, por la sencilla razón de que no sabía matemáticas. Jerónimo sabía muchas cosas que yo ingenuamente ignoraba y que poco a poco fueron penetrando en mi con paciencia a través de las conversaciones con él. Supe, por ejemplo, muchas cuestiones relacionadas con la Mancomunal y el Partido Demócrata y con sus objetivos. Supe también —y esto lo cito sólo como ejemplo— que los equipos de fútbol eran en el fondo prolongaciones de los partidos y las tendencias políticas. Así, en el "América" predominaban los balmacedistas, mientras el "Tarapacá" era radical. Jerónimo pertenecía al "América", que dirigía la familia González: Alberto, Roberto, Gustavo y Ricardo —un tornero cojo y muy serio. Gustavo jugaba de *forward* y Ricardo de *back*, pero ambos jugaban mucho más al balmacedismo. Durante dos años seguidos, el "América" había ganado la copa, que se llevaría si ganaba tres años, disputándosela al elegante equipo de los gringos, . "Iquique Sport".

Fue por esa época cuando sentí los primeros cominillos políticos, a raíz de mis conversaciones con Jerónimo. Antes, en La Serena, siendo un niño, había

46

concurrido a un teatro donde se proclamaba al candidato balmacedista Enrique del Campo, hermano de la famosa doña Sara del Campo; desde el anfiteatro había escuchado atentamente los discursos que se pronunciaron. Una semana después, cuando quise entrar a la proclamación del candidato conservador, quizás por mi excesiva juventud, quizás por la pésima calidad de mis ropas, me lo impidieron. Yo quería penetrar por el elemento sorpresa que un teatro puede brindar a un niño, recordando que unas semanas antes me había colado a la misma sala y había tenido oportunidad de ver una película "sólo para hombres". Era una cinta de carácter científico, en la cual el doctor Doyer, un médico bizco, cortaba la pierna a su paciente ante la mirada atónita de los espectadores. Esa vez, algunos lanzaron gritos y yo estuve a punto de desmayarme de la impresión...

En Iquique, se habían abierto las inscripciones electorales y los encargados de hacerlas eran los tres alcaldes, todos balmacedistas. El cacique político era un abogado tartamudo, don Arturo del Río, que, aun cuando yo no tenía los diecinueve años exigidos por la ley, me inscribió pensando que conmigo el balmacedismo ganaría un voto.

Las elecciones se realizaron en 1906 y en ellas voté por primera vez. El cohecho y la intervención electoral eran descaradísimos. Don Arturo del Río, que pagaba diez pesos por el voto, contrató todos los coches de Iquique el día de la elección, para que sus adversarios no tuvieran en qué movilizarse. El matonaje y la burocracia trabajaban a la vista del público. Los balmacedistas ofrecían puestos y trabajaban febrilmente por sus candidatos, apoyados por el diario "La Patria", haciendo votar no sólo a los ciudadanos con derechos cívicos sino a los menores de edad y aun a los muertos. Yo fui uno de los que votó —por los candidatos balmacedistas— sin tener derecho legal.

Pero estas decepcionantes prácticas electorales no eran sólo patrimonio de los balmacedistas. Todos ha-

47

cían lo mismo, con tal de ganar las elecciones: radicales, liberales, conservadores. Los votos subían o bajaban de precio de acuerdo con la ley de la oferta y la demanda, el día de la elección. Se presionaba, se cohechaba, se recurría a todo para hacer triunfar una candidatura.

Los viciados registros electorales en los cuales yo fui inscrito sin la edad necesaria, se mantuvieron vigentes hasta 1915. Y los clubes deportivos seguían jugando cada domingo en honor de los diferentes partidos políticos, reforzándose los equipos con jugadores de la pampa y otros lugares, como por ejemplo, el famoso goleador Diego Pérez, que fue llevado desde Coquimbo a Iquique, la afiebrada capital del salitre.

* * *

En los primeros meses de 1906, abandoné la maestranza del Ferrocarril Salitrero y me fui a Collahuasi, a trabajar otra vez en las minas, con el marido de mi hermana, Oscar Meléndez Alcayaga. Ese año me correspondía hacer el servicio militar, pero yo no podía darme el lujo de pasar un año inactivo y "me lo saqué" con la ayuda de mi madre.

Empecé a recorrer las minas, a conocerlas y a trabajar en una multitud de ellas. Pasé por el mineral del Pato, mina "Santa Jovita" y por la "Poderosa", francesa, y la "Grande", inglesa, ambas situadas en el mismo cerro. Desde allí salían las carretas cargadas de metales, tiradas por mulas, hacia Paipote, en la línea del ferrocarril a Antofagasta, donde el cargamento era trasladado al tren. Las carretas que desfilaban por un camino muy empinado y peligroso sobre los cerros, sólo bajaban mineral de mucha ley; lo demás lo dejaban ahí. Las minas de Collahuasi tenían una vida muy irregular: algunas daban mineral, otras, como las "Julias", donde trabajé, no producían ni un gramo. En septiembre de 1906, tuve un disgusto con mi cuñado y contra su voluntad, bajé a Iquique a ver a mi madre.

48

Usaba yo una juvenil, pero no por eso menos poblada barba, que me había dejado crecer "para que me viera mi madre". Cuando me encontré con Jerónimo surgió la idea de tomarnos una fotografía juntos. Esto me vino de perlas, porque además de inmortalizar mi barba, quería yo lucir un flamante sombrero Tarapacá que me había comprado en la tienda "El Sol". Pensé que íbamos a pasar un buen "Dieciocho" en Iquique, pero la celebración de las fiestas patrias se habían suprimido como duelo nacional por el terremoto del 16 de agosto de 1906, que había destruido Valparaíso y causado graves daños en otros puntos del país. El caso es que nosotros, por la carencia de noticias, no teníamos idea de que tal suceso había ocurrido. En el norte no se había sentido temblor alguno.

Mi madre no estaba descontenta de mí. A pesar de mi inestabilidad, de mis vagabundeos trabajando aquí y allá —muy propios por otra parte de la gente de la pampa— yo era un hijo atento, que no la olvidaba. Me había hecho hombre, estaba curtido por el trabajo en las minas y en las salitreras. Expulsado de la pulpería, había tenido que entrar a "carretillar" y a barrenar, trabajo muy duro, en el cual todo el cuerpo se resiente. Había pasado hambres, fatigas, fríos y calores y sabía, por experiencia personal, lo que es la vida del barretero minero.

En febrero de 1907, volví a encontrarme con Jerónimo en Iquique. Mi madre había sido trasladada a la escuela del Alto de San Antonio y decidí ir a verla y aprovechar para buscar trabajo en una oficina cercana y poder estar con ella. Jerónimo

no quería abandonar su trabajo en la maestranza del Ferrocarril Salitrero, pero terminé por convencerlo y hasta le pagué el pasaje;

Cuando llegamos a San Antonio nos encontramos con un hervidero humano. Había actividad, comercio, trabajo y diversiones. Inmediatamente nos enrolamos

en la oficina "Argentina", cerca del Alto, Jerónimo como tornero y yo como oficial de fragua. Pero no iba-

49

mos a durar mucho allí. La inquietud de la gente de la pampa es grande y poco después nos trasladamos a la oficina "Ramírez", donde se hallaba un hermano de Jerónimo y pude conseguir un puesto en la maestranza.

El año 1907 nos encontró, a Jerónimo y a mí trabajando en la oficina "Ramírez", Jerónimo como tornero y yo de ayudante de mecánico. Administraba la oficina un inglés seco y ceremonioso llamado Thomas Low y apodado, por el subido color de su rostro, "Cara de Jaiva". En las noches, aunque se encontrara completamente solo, se vestía de *smoking* para tomar su cóctel y comer. Low era además inspector de las oficinas de la casa Locked Brothers. Pero no se crea que todas las oficinas eran de capitalistas ingleses. En el cantón Alto de San Antonio, por ejemplo, la oficina "Cataluña" era de españoles, la "Esmeralda" de peruanos y la "Gloria" y la "Palmira" de yugoslavos.

En septiembre me trasladé al cantón Altos de San Antonio, uno de los más prósperos de toda la pampa salitrera. Funcionaban en aquel tiempo en el cantón, de Norte a Sur y Este, las oficinas "San Pedro", "Hanssa", "Palmira", "Argentina", "San Pablo", "Cataluña", que después cambió su nombre por el de "Coruña", "Santa Clara", "La Perla", "Santa Ana", "Esmeralda", "San Agustín" (después "Resurrección"), "Iquique", "San Lorenzo", "Santa Lucía" y "La Gloria".

En la oficina "San Lorenzo", entré a trabajar con Ernesto Araya, mecánico de la máquina, cuya madre era amiga de la mía. Me pagaban tres pesos sesenta al día, lo que me alcanzaba para el alojamiento y las comidas, que por lo general hacía en la cantina. Aparte del trabajo normal, frecuentemente ganaba algunos pesos extras por trabajos especiales. Por las noches solía despertarme el grito de "¡Alza arriba oficial!" Era que se había descompuesto alguna pieza en la máqui-

50

na elaboradora y maestro y ayudante tenían que levantarse para repararla.

En la oficina había dos campamentos: el superior y el inferior. El maestro Araya y yo vivíamos en el de arriba, que era más pequeño. Las comidas las hacíamos en la cantina que tenían las señoritas Oyanedel, apodadas "Las Coquimbo". Aparte del padre y de la madre la familia Oyanedel se componía de tres señoritas y tres jóvenes. Ellas eran el alma y los pilares fundamentales de las fiestas de los domingos y de los bailes que organizaba la Filarmónica.

Un día, un compañero de trabajo me invitó a una reunión de la Filarmónica. Me puse mi mejor traje, cuello duro y corbata, y concurrí. En la sesión sucedió que renunció el presidente, un particular llamado Francisco Cáceres, y se les ocurrió elegirme a mí para reemplazarlo. La Filarmónica era un centro social para estimular entre los pampinos el deporte, el baile y las representaciones teatrales. Tres noches a la semana, los martes, jueves y sábados, había "academia para caballeros", sesiones en que los obreros aprendían a bailar a los compases de la música que tocaba Ismenia Vargas. Se bailaba la cuadrilla, el vals, la mazurca, la polka, el pas de *quatre* y el pas de *pattiner*. El shotis apareció más tarde. Todo se desarrollaba en un ambiente tranquilo, ordenado y respetuoso y jamás se vieron peleas, borracheras o cosas parecidas. La Filarmónica funcionaba sobre la base de comisiones: comisión de invitaciones, de recepción, de orden, etc. En otras oficinas las filarmónicas se regían por reglamentos distintos. En "Agua Santa", por ejemplo, los empleados tenían la obligación de ponerse *smoking* para ir a la Filarmónica y las niñas usaban el clásico carnet donde anotaban las peticiones de bailes.

También me incorporé al cuadro artístico que funcionaba en la oficina San Lorenzo. Por esos días estaba preparando el estreno de la obra cómica nacional "Don Lucas Gómez", de Mateo Martínez Quevedo. Se ensayaba en la casa de la familia Bazán, porque la ni-

51

ña de la casa, Zoila, desempeñaba uno de los papeles principales. Zoila era una morena atractiva, muy viva, con unos ojos negros que desde el principio me gustaron mucho. Se expresaba con facilidad, recitaba, tocaba el piano, la guitarra, el acordeón y el arpa. Yo hacía el papel de don Lucas en la obra, por lo cual teníamos que estar casi siempre juntos, en ensayos y reuniones. Primero nos hicimos amigos y luego esta amistad se transformó en romance amoroso, el primero de mi vida, y que me costó muchos desvelos. El 8 de diciembre se representó "Don Lucas" en el local de la Filarmónica y el éxito fue tan grande que se pidió repetición. El cuadro artístico acordó reponer la obra la noche de pascua. Los acontecimientos que siguieron, y que voy a relatar, impidieron que se repitiera la función.

La noche del 10 de diciembre sonó por tres veces el pito que despertaba al mecánico y a su ayudante. Ernesto Araya se levantó y acudió al llamado. Yo seguí durmiendo y a la mañana siguiente me despertaron con la noticia que había estallado la huelga. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién había declarado la huelga? Todo se había hecho tan silenciosamente que para muchos, y entre ellos yo, la noticia constituyó una completa sorpresa.

¿A qué obedecía esta huelga? Mientras trabajé en la maestranza del Ferrocarril Salitrero, yo había visto que mi salario subía y bajaba, de acuerdo con las fluctuaciones del cambio, pues en realidad nos pagaban en moneda inglesa, libra esterlina. Pero el régimen de pagos en la pampa era muy distinto. Aquí se trabajaba a trato, por pieza o por salario fijo. El cambio había bajado de 18 a 7 peniques y, en consecuencia, muchos artículos, y principalmente la ropa y los alimentos, subieron de precio, en algunos casos casi al doble. Había miseria y hambre en la pampa, sobre todo en las familias numerosas, pues entonces ni siquiera se soñaba con algo parecido a la asignación familiar, leyes sociales o de accidentes del trabajo. El movimiento

52

reivindicativo había sido subterráneo porque no había entonces organizaciones sindicales que pudieran asumir la representación de los trabajadores. En la oficina "San Lorenzo", lo dirigían los hermanos Ruiz, los que mayor inquietud revolucionaria sentían. Antes en Tocopilla, habían escuchado los discursos de Luis Emilio Recabarren y luchaban, aunque aun de un modo muy primario, por los derechos de los trabajadores.

El día 11 de diciembre, los hermanos Ruiz y otros trabajadores fueron a plantearle la petición de aumento de sueldo al administrador de la oficina, un inglés llamado Francisco Turner. Este les contestó con su cerrado acento que nada podía hacer sin consultar a la gerencia, que tenía su sede en Iquique. Durante todo el día una ola de rumores invadió los campamentos. Se dijo que la huelga había terminado y que al día siguiente la gente saldría al trabajo. Pero en la noche se reunió un grupo de unos treinta y se acordó seguir adelante el movimiento.

A la mañana siguiente, Turner les comunicó que se negaba todo aumento. Los improvisados líderes de la huelga, reunidos en casa de los Bazán, que yo frecuentaba debido a mi amistad con Zoila, acordaron seguir el movimiento. Veinticuatro horas más tarde un grupo de unos treinta trabajadores portando banderas chilenas y carteles, salió en romería hacia la oficina más cercana, "Santa Lucía", a unos ocho kilómetros de distancia, que estaba trabajando, y consiguieron que las faenas pararan. La columna se fue engrosando con los pampinos que se agregaban a ella y la peregrinación continuó de oficina en oficina, hasta llegar a la "Perla". Por la noche regresaron trescientos en vez de los treinta que habían salido.

En la oficina "Santa Ana" trabajaba José Brigg, un obrero de ideas anarquistas, que se plegó de inmediato a la huelga, transformándose rápidamente en uno de sus dirigentes. Las columnas de trabajadores debían

53

pasar la noche en plena pampa, a la orilla de improvisadas fogatas, para combatir el frío. El tercer día de huelga se corrió la voz de que el intendente de la provincia subiría al Alto de San Antonio a discutir con los obreros y éstos empezaron a trasladarse allá en grandes grupos. Era una noticia falsa, desde luego, porque el intendente, Tomás Eastman, se hallaba en Santiago y lo reemplazaba en el cargo el secretario, Julio Guzmán García, quien nunca pensó en subir a entrevistarse con los huelguistas.

Aferrado a Zoila Bazán, yo no sentía en mi interior el deseo ni la necesidad de acompañar a los trabajadores en todos los ajeteos propios de una huelga. No es que quiera justificarme por mi falta de sensibilidad social, pero muchas veces me he preguntado qué me pasaba, por qué no sentía yo ninguna inquietud en medio de aquella fiebre que me rodeaba. Tal vez Zoila ocupaba demasiado de mí mismo o mi conciencia social aún no despertaba. El caso es que ni siquiera me propuse viajar al Alto de San Antonio con mis compañeros de trabajo. Pero por la mañana, al ir a desayunar a casa de las niñas Oyanedel, con Ernesto Araya, una de ellas se encaró a nosotros, frunció las cejas y nos dijo con tono violento:

—¿No piensan ir al campamento de abajo ... ? Si a las doce del día no les han sacado los pantalones, nosotras nos encargaremos de hacerlo.

Sentí un poco de vergüenza y me puse a pensar que si todo el mundo bajaba a pedir justicia, justicia para ellos y para mí; si hasta las mujeres se embarcaban, llevando víveres para sus compañeros, yo no podía menos que hacerlo. Así, pues, conseguí que me dieran treinta pesos en fichas y acompañado de Ernesto emprendí a pie el camino hacia el Alto de San Antonio.

El pueblo bullía de animación, repleto de trabajadores de diversas oficinas. Improvisados oradores hablaban desde el quiosco de la música o de pie sobre los carros planos en la estación del ferrocarril. Yo escuchaba los discursos: todo el cantón — decían aquellos

54

líderes surgidos al calor mismo de la lucha— estaba en huelga; no se podía seguir viviendo con los miserables salarios que ganaban; había opresión, represión y ex-

plotación; una marraqueta grande valía un peso, es decir la cuarta parte de lo que ganaba en un día un trabajador.

Por la tarde compré un poco de comida y vino e invité a unos diez compañeros a comer y a dormir en el local de la escuela, donde vivía mi madre. Pasamos la noche tendidos sobre los bancos escolares, mientras cientos de trabajadores dormían a la intemperie, en la estación o en los carros del ferrocarril.

La consigna de bajar a Iquique en vista de que el intendente no se dignaba subir al Alto de San Antonio, empezó a correr como un reguero de pólvora entre los diversos grupos de pampinos. Si la montaña no viene hasta nosotros, nosotros iremos hasta la montaña.

Antes que aclarara, mis amigos abandonaron la escuela. Yo había decidido bajar también a Iquique pero no a pie, sino en el tren. Mi madre no me impidió ir, pero se opuso sí, a que mi hermano menor bajara. Yo sospechaba que Luis de todos modos seguiría a los huelguistas hasta el puerto. Pensé que iba a encontrarlo en Iquique, en casa de los tíos, que vivían en la calle Unión.

A las once de la mañana de ese sábado, el cuarto día de huelga, tomé en San Antonio el tren que iba de Lagunas a Iquique. Entre los pasajeros reinaba expectación y todo el mundo comentaba las alternativas de la huelga. Se decía que paralelamente a la columna del cantón Alto de San Antonio, bajaba hacia Iquique la del cantón de Pozo Almonte. La pampa era cruzada por miles de trabajadores que iban a pedir justicia, dejando abandonadas, apagadas y en silencio las oficinas del salitre.

Cuando llegamos a la estación de Carpas, vi grandes grupos de trabajadores sentados en los andenes, muertos de cansancio, con los zapatos destrozados por la larga caminata. Muchas mujeres y muchos niños forma-

55

ban en la columna, pues los pampinos ni aun en esas difíciles circunstancias querían abandonar a los suyos.

—¡Que se bajen todos los hombres del tren y sigan a pie...!

¡ Que las mujeres ocupen el tren!, gritaban los huelguistas.

Pero el tren no esperó que esta consigna se cumpliera y reanudó su marcha hacia Iquique, donde llegó a las cinco de la tarde.

El quinto día de huelga, que era domingo, aparecieron por la mañana sobre los cerros los primeros grupos de obreros. En Iquique reinaba gran expectación. Los trabajadores marítimos y de otros gremios comentaban con calor el heroísmo que significaba el que los pampinos realizaran esa larga y sacrificada marcha llevados por sus ansias de justicia. Las autoridades, en cambio, eran presa de la más tremenda alarma. Se hizo venir a la ciudad los regimientos Húsares y Esmeralda, pues coincidía la huelga de los pampinos con la de los trabajadores portuarios, agobiados también por los problemas económicos. El gran temor de las autoridades era que pampinos e iquiqueños tomaran contacto e iniciaran una ofensiva en conjunto. Para impedir que esto ocurriera, a medida que los grupos de trabajadores del salitre iban llegando a la ciudad, eran empujados hacia recintos cerrados en los suburbios de Iquique. Allí se

hallaban el hipódromo o Sporting Club, el velódromo y las canchas de fútbol. El ejército los fue cercando y empujando hacia el Sporting Club, donde quedaron concentrados.

Yo me había alojado en casa de mis tíos. En la mañana salí con uno de ellos hacia el Sporting Club, para tomar contacto con mis compañeros. No me dejaron entrar, pero a través de las rejas hablé con muchos conocidos.

En la tarde, Iquique estaba lleno de soldados, marineros y policías. Resonaban bandas militares y las calles se veían atestadas de gente. Los obreros estaban ya convencidos de que las cosas se habían arreglado y decidieron regresar a la pampa. La columna partió,

56

cercada a ambos lados por soldados montados y de infantería, abandonó el Sporting Club y enfiló por la Avenida Balmaceda. Siguió la calle Vilar, dobló por Riquelme, ahí se hallaba el cuartel del regimiento Carampangue, y por Amunátegui continuó hacia el norte, hasta llegar a una explanada donde pasaba la línea del ferrocarril y, allí, se suponía que los pampinos embarcarían para volver a sus respectivas oficinas. Yo mezclado con muchas gentes de Iquique, seguía la columna marchando por la vereda. De pronto vi un coche que se detenía junto a mí. Era un vehículo del ejército y en su interior iban el abogado Antonio Viera Gallo, a quien conocía de vista desde La Serena, y el coronel Ledezma, jefe de las fuerzas militares.

—Sí, coronel —decía Viera Gallo—. Hay que impedir de cualquier manera que la gente de la pampa se junte con la de Iquique.

Era este Viera Gallo un abogado de origen humilde, hijo de un ebanista serenense. Pero él se había encumbrado socialmente y en este conflicto llevaba la voz cantante por parte de las compañías salitreras, en las conversaciones de arreglo que se celebraban entre éstas, las autoridades y los trabajadores. Representando a los obreros participaba en las pláticas José Brigg, que había asumido la dirección de la huelga.

Era impresionante la concentración que esperaba el paso del tren. Los huelguistas de Iquique habían subido al cerro de La Cruz, que dominaba la explanada y desde allí agitaban sus banderas y gritaban:

—¡No se vayan, compañeeeeros ...! ¡Que se queden los pampinos... !

Se sintieron los silbidos del tren y una locomotora arrastrando varios carros planos hizo alto. Algunos obreros, no muchos, treparon a los carros, pero otros subieron y violentamente los hicieron bajar.

—¡No somos animales, compañeros...! ¡No queremos viajar como sacos! ¡Que pongan coches!

Entretanto, desde el cerro de La Cruz las banderas

57

seguían flameando al viento y la súplica de los portuarios de Iquique resonando: —¡No se vayan, compañeros, no se vayan...!

El grueso de la columna de pampinos había llegado a la explanada y ocurrió que los militares que custodiaban a los trabajadores quedaron completamente a merced de éstos,

rodeados y embotellados. Pero nadie levantó una mano contra los soldados ni hizo el menor ademán de agredirlos. A los gritos de "¡A la Plaza de Armas!" sucedió la consigna que en pocos minutos se generalizó: "¡A la Intendencia!"

Era domingo y la Intendencia a esa hora normalmente debería estar cerrada. Pero el secretario Guzmán García vivía al frente, a pocos pasos de ella, y fue llamado. Unas diez mil personas esperaban, entre gritos, vivas y canciones, mientras Brigg y los otros líderes pampinos hablaban con los representantes de la autoridad civil. Cuando Brigg se asomó a uno de los balcones de la Intendencia, de inmediato se produjo un silencio impresionante.

—¡Compañeros! —gritó Brigg—. Compañeros, el señor intendente nos ofrece por alojamiento a los hombres el convento de San Francisco y a las mujeres la Casa Correccional...

—¡No ... ! gritó la muchedumbre. No queremos nada con "cacheros". (Aludían a un reciente y muy sonado escándalo de homosexuales entre gentes de iglesia).

¡Se vio a Brigg entrar otra vez a la sala del intendente. A los pocos minutos volvió a salir para consultar a la asamblea que llenaba la calle. Esta vez usó un tono más irónico.

—El señor intendente nos ofrece ahora el Regimiento Carampangue y el de Húsares.

—¡No, no!, gritaron otra vez los pampinos. ¡Con los milicos, no!

Una natural desconfianza los llevaba a rechazar un hospedaje que olía a prisión.

Hubo aún un nuevo mutis del dirigente y una nueva

58

reaparición en el balcón de la Intendencia. Esta vez su tono había cambiado.

-Compañeros, ahora se nos ofrece como alojamiento la Escuela Santa María!

—¡Bravo, bravo!, gritó la gente.

Y de inmediato y dentro del mayor orden, la columna de trabajadores enfiló hacia el establecimiento educacional, cuyos alumnos al parecer se hallaban en vacaciones. El ejército mandó algunas cocinas de campaña y las mujeres de los huelguistas comenzaron a guisar pescado y porotos.

Estaba oscuro. ¡Mi tío y yo, que habíamos seguido la columna en todas sus evoluciones desde que abandonara el Sporting Club, nos fuimos a la casa a comer y luego regresamos a la Escuela Santa María. En las salas de clases dormían los pampinos. En la azotea del edificio, la directiva trabajaba sin cesar, barajando fórmulas de arreglo al conflicto. Lo que se había dicho en la tarde no era más que una expresión de los anhelos de todos. En realidad, al terminar el quinto día de huelga, el domingo, no se divisaba solución alguna.

La visión nocturna de la Escuela ocupada por los pampinos era un espectáculo impresionante. Sobre los bancos escolares, los obreros dormían confiados, fatigados después de la larga y esforzada marcha. Un circo, el Circo Sobarán, que funcionaba en la plaza, frente a la Escuela Santa María, había suspendido la función por solidaridad, y bajo la carpa, acostados en las sillas de la platea o en el aserrín de la pista, roncaban sonoramente los hombres de la pampa.

Juan Sobarán, el dueño del circo, era iquiqueño y ex luchador. Era su circo el escenario de los matchs de boxeo que, para una concurrencia de pampinos duros y fuertes,

constituían el espectáculo favorito. Pero tenían que ser combates violentos y no peleas de boxeadores livianos o simples "tongos". Así en el Circo Sobarán se habían disputado peleas "a finish", es decir hasta que uno de los adversarios quedara en el

59

suelo o se rindiera, como por ejemplo la que sostuvieron el inglés James Perry y el norteamericano William Daly, que duró desde las nueve de la noche hasta pasada la una de la madrugada.

Algunos locales vacíos de la calle Barros Arana, cerca de la Escuela Santa María, como el galpón de la peruana Isabel Ugarte, habían sido cedidos también esa noche y los días siguientes a los pampinos.

El lunes, sexto día de la huelga, los trabajadores del salitre seguían bajando de la pampa y llenando las calles de Iquique. Llegaban en grandes grupos, con sus mujeres y sus chiquillos, a pie o en trenes que ellos mismos manejaban. El Ferrocarril, solidarizando con las empresas, había suspendido su servicio, pero no faltaban trabajadores que supieran manejar locomotoras y movieran los convoyes cargados de pampinos. Un muerto, la primera víctima de la represión, había llegado en uno de esos trenes: había caído bajo los disparos de los militares en la estación Buenaventura.

Y todos los días siguientes continuó esta avalancha humana, hasta el jueves, en que treinta y cinco mil pampinos repletaban la ciudad de Iquique. Para ese día se había anunciado la llegada del intendente de la provincia, Tomás Eastman, quien traía desde Santiago, se decía, instrucciones precisas para arreglar la huelga. No iba a pasar mucho tiempo sin que los obreros supieran cuáles eran esas instrucciones.

Mientras tanto las conversaciones proseguían en la Intendencia entre el secretario Guzmán García, el representante de las compañías, abogado Viera Gallo (que años más tarde vendió la mitad de su clientela al ex anarquista Valentín Brandau) y los trabajadores.

Estos habían constituido una directiva en la que se contaban Brigg, el pintor Luis Olea, anarquista, Morales, el gasfiter Enrique Salas y delegados designados por cada oficina y por las diversas modalidades de trabajo: máquinas, maestranzas, particulares, etc.

A las dos de la tarde del jueves, noveno día de huelga, junto a los acorazados "Zenteno", "Pinto" y "Cha-

60

cabuco", vimos anclar otro barco de guerra: era el que traía al intendente. Llenaban el muelle los pampinos, que aguardaban llenos de esperanza, vigilados por un fuerte contingente militar, pues las autoridades, alarmadas por la importancia que en la ciudad iban tomando los trabajadores, habían trasladado a Iquique al regimiento de guarnición en Arica y al "O'Higgins" de Atacama.

Los pampinos realizaban todos los días desfiles por las calles y grandes asambleas en las que los oradores no se cansaban de recomendar que se guardara la calma y el orden, que nadie bebiera y que, si desobedeciendo estas órdenes, algún pampino indisciplinado

se emborrachaba, fuera llevado de inmediato a la comisaría por sus propios compañeros. Se quería evitar así cualquier pretexto para que la fuerza pública atacara a los obreros y eso se consiguió plenamente. No hubo, durante los días que los pampinos permanecieron en Iquique, ni un solo desorden, ni el más mínimo atentado contra la propiedad privada, nada que pudiera dar margen a la intervención siquiera de un policía. El comercio funcionaba normalmente, en las cocinas prestadas por el ejército los pampinos preparaban sus propios alimentos, los diarios salían cada día informando sobre la llegada de más y más pampinos. En las asambleas, los oradores casi con lágrimas en los ojos, condenaban la violencia y llamaban a respetar el orden y la autoridad.

A las dos de la tarde de ese día jueves, pues, llegó Eastman, que era un viejo delgado, enjuto, vestido de negro. Apenas desembarcó fue cogido en andas por los entusiasmados pampinos y llevado en esta forma hasta la Intendencia. Si alguna vez este señor soñó con la popularidad, ese día tuvo su cuarto de hora. A los requerimientos de las masas, se asomó a uno de los balcones y pronunció una frase, una sola, que por ser de esperanza, llenó de júbilo el corazón de los trabajadores. —No pensaba volver — dijo—, pero me habéis hecho

61

desistir de ello. Traigo la palabra oficial del gobierno para arreglar el conflicto. No agregó ni una sola sílaba más, pero como era este arreglo el que todos queríamos, los más exagerados ¡vivas! y ¡bravos! saludaron su breve intervención.

Pero, según se empezó a comprender más tarde, esta palabra oficial del gobierno se parecía mucho a la de las empresas salitreras, que se expresaban por boca del abogado Viera Gallo. Yo había participado en la mayor parte de los mítines y, aunque seguía viviendo en casa de mi tío, pasaba casi el día entero con mis compañeros de trabajo. El día viernes empecé a pensar que las cosas iban mal y esta idea se me confirmó después de escuchar un discurso de José Brigg, el primero que este dirigente pronunciaba después de varios días de permanecer afónico. Brigg habló de la dureza y de la mala disposición de los patrones, que se negaban a proseguir las conversaciones mientras los trabajadores no regresaran a la pampa, como si los chilenos no tuvieran derecho a circular libremente por el territorio nacional.

V

El sábado 21 de diciembre, los pampinos, ávidos de noticias, se precipitaban a recoger los volantes que imprimía la Mancomunal y se arrebataban los diarios de Iquique buscando en ellos la ansiada nueva del arreglo. En la mañana salía "El Pueblo", una hoja demócrata que dirigía Osvaldo López (El Mocho), y el diario radical "El Tarapacá", fundado por don Enrique Mac Iver. Ambos publicaban una noticia tan dura como inesperada: se había decretado el estado de sitio.

Las calles se llenaron de soldados y marineros y se prohibió la circulación de todo grupo de más de dos personas. Los huelguistas eran corridos de cualquier sitio en que se encontraran y fueron replegándose hacia las playas. Yo iba de un sitio a otro, presa de gran nerviosidad. Cerca de la una llegué a la Escuela Santa

62

María y vi como los soldados se llevaban sus cocinas. ¿Cómo se las irían a arreglar mis compañeros para comer? Pensé que quizás se trataba de alejar a los pampinos y recluirllos nuevamente en el Sporting Club, como desde el comienzo lo deseaban las autoridades.

Al volver, por la tarde, vi que estaban emplazando ametralladoras frente a la Escuela. Los policías empujaban a la gente diciéndoles que el intendente iba a dar respuesta a sus peticiones. Pero en realidad, la orden que las tropas del ejército, la marina y la policía habían recibido era la de evacuar por cualquier medio, la Escuela Santa María, disposición que los trabajadores se negaron a acatar.

A las dos y media de la tarde una alarmante visita llegó a la Escuela. Eran los cónsules de Perú, Bolivia y Argentina. Pidieron hablar con los obreros de esas nacionalidades que se hallaban entre los huelguistas y los instaron a abandonar el local escolar, advirtiéndoles que si se negaban, los cónsules no responderían de ellos. La cosa era grave, pues los militares tenían órdenes de disparar y las balas no discriminarían entre chilenos y extranjeros.

Los pampinos esperaron con curiosidad la actitud que iban a tomar los trabajadores extranjeros. En el trabajo, hay que señalarlo, existía perfecta igualdad entre ellos y los chilenos. En esa época, en que se viajaba sin pasaporte y no había las barreras y las leyes discriminatorias que existen ahora, argentinos, bolivianos, peruanos eran para nosotros exactamente como compatriotas, con iguales derechos y deberes. ¿A qué pampino se le habría ocurrido disminuir a un argentino o a un peruano, por su nacionalidad! Si llamábamos "che" o "cuyanos" a los argentinos, "cholos" a los peruanos o "cuícos" a los bolivianos, era simplemente por caracterizarlos de algún modo, así como a los morenos se les dice "negro" o a los rubios "rucio".

La respuesta de los trabajadores extranjeros fue ins-

63
tantánea: argentinos, peruanos y bolivianos se negaron a desertar. Estos últimos respondieron a su cónsul: —Con los chilenos vinimos, con los chilenos morimos.

Hacia las 3.30 a cuatro de la tarde, terrible expectación reinaba en el interior de la Escuela Santa María. Tropas del ejército apuntaban sus fusiles contra los obreros y contra la azotea, donde se hallaba en reunión permanente la dirección del movimiento. En cuanto a las ametralladoras, en manos de marineros de los barcos surtos en la bahía, estaban dirigidas directamente contra las apretadas filas de pampinos.

A esa hora entró el coronel Roberto Silva Renard montado, como Napoleón, en un caballo blanco para esta desigual batalla. Un corneta que iba a su lado lanzó al aire algunas notas de su instrumento, las cuales provocaron uno de esos pavorosos silencios anunciadores de cosas terribles. Entonces se oyó la voz de Silva Renard ordenando a los pampinos que evacuaran de inmediato la Escuela y se trasladaran al Sporting Club. Pero no salió nadie y por el contrario, los trabajadores seguían llegando y engrosando las filas de los concentrados, por las calles adyacentes, que habían sido previa y cuidadosamente evacuadas por el ejército, de todos sus habitantes. Igualmente se había hecho evacuar el dispensario y la casa del doctor Silva Valderrama, situados en el propio edificio.

—¡No!... ¡No nos movemos! ...

—Nadie se va...

—¡No nos moveremos mientras la huelga no se solucione!

—Queremos arreglo ...

Frases de este tipo fueron la respuesta a la orden de Silva Renard. Entonces éste hizo tocar atención a su corneta y dio la orden del crimen. Fríamente dio la orden de fuego. El ruido de los disparos fue ensordecedor. Los fusiles disparaban contra la azotea, mien-

64

tras las ametralladoras tres veces lanzaron sus cargas contra el grueso de los pampinos, tres ráfagas bastaron para llenar la escuela de cadáveres. Tras un silencio provocado por el asombro y la muerte se elevaron los gritos de ías mujeres, los lamentos de los heridos, los llantos de los niños y las airadas voces de indignación de los sobrevivientes del crimen que se acababa de cometer.

Yo había salido de la casa de mi tío y caminaba hacia la plaza cuando tropecé con un hombre que llevaba el pantalón ensangrentado y corría gritando con voz trémula. En palabras entrecortadas me dijo lo que había ocurrido y entonces eché a correr desesperadamente hacia la Escuela Santa María. Pero no me fue posible llegar hasta allí: todas las bocacalles adyacentes estaban custodiadas por tropas de infantería y a caballo. Hasta mis oídos llegaron algunos gritos de indignación. Alguien que gritaba: —No soy más chileno... Me voy de aquí... Gobierno asesino ... Me voy de Chile para siempre...

Por las calles empezaron a pasar carretones de la basura que venían de la Escuela Santa María cargados de muertos y heridos. A los bomberos, bajo el mando de su jefe John Locked, un inglés que era gerente de la firma Locked Brothers, se les había asignado la macabra tarea de llenar las carretas con cadáveres. Los rumores corrían vertiginosamente por la ciudad y la cifra real de pampinos muertos era multiplicada por cinco o por diez en la imaginación de la gente. Se decía que el comandante Aguirre, de uno de los barcos de guerra anclados en la bahía, se había negado a permitir que sacaran de su nave hombres y ametralladoras para asesinar a los obreros.

El estado de sitio establecía las seis de la tarde como hora de queda; después de las seis, nadie que no tuviera un pase especial podía circular por las calles de

65

Iquique. Pocos minutos antes de esa hora, temblando de indignación llegué a casa de mis tíos. Allí me esperaba mi hermana Inés, quien me recibió llorando y entre lágrimas me contó que Luis había venido desde el Alto de San Antonio y que lo habían matado en la Escuela Santa María.

Yo estaba casi seguro de que mi hermano no había bajado a Iquique, pero la angustia de Inés me hizo vacilar, y al día siguiente salí de la casa para buscarlo. Corrí al hospital, pero éste se hallaba clausurado. Pude, sin embargo, entrar al Lazareto, en una de cuyas salas, los cadáveres, tirados uno encima de otro, formaban un montón de un metro y medio de altura. Miraba rápidamente esos rostros muertos, contorsionados, algunos

con los agujeros de las balas a la vista y a medida que proseguía la búsqueda, la angustia se iba apoderando de mí.

Llegué luego al cementerio número dos, donde vi dieciocho cadáveres de pampinos; sólo dos habían sido reconocidos por sus familiares; los otros dieciséis fueron echados a la fosa común y de inmediato los sepultureros los cubrieron de tierra. Corrí de nuevo al hospital, donde esperaba una gran cantidad de gente, que iba entrando por grupos. Una vez dentro, me fui hacia la Morgue, que constaba de dos salas: en una de ellas había un mesón con tres corridas de cadáveres. En la otra, los muertos formaban montón. Los de encima estaban desnudos y los angustiados familiares les cubrían con sus pañuelos los órganos sexuales. Mi hermano Luis tampoco estaba allí. Toda la noche desfilaron las carretas para poder trasladar y hacer desaparecer los dos mil muertos, víctimas de Silva Renard. Los médicos civiles, del ejército y de la marina trabajaron sin descanso curando heridas, haciendo operaciones de urgencia, arreglando mandíbulas desencajadas.

Por segunda vez entré a la Morgue, donde los cadáveres comenzaban a oler, debido quizás a la descomposición. El cuerpo de mi hermano no aparecía.

66

A medianoche, los soldados rodearon el Hospital, el Lazareto y la Morgue y en carros del ejér-

cito y carretones de la basura se llevaron a todos los muertos, a todas las víctimas del crimen

y los echaron a la fosa común, en un hacinamiento indescriptible. ¿Estaría entre ellos mi hermano Luis?

Entretanto, la evacuación de los sobrevivientes de la Escuela Santa María había comenzado. El general Silva Renard, montado en su caballo blanco, dirigía la gloriosa operación, después de ganar la heroica batalla en que sus soldados y marineros, armados hasta los dientes de fusiles y ametralladoras, habían derrotado a los obreros, el total de cuyas armas —según se comprobó más tarde— no pasaba de veinte cuchillos de trabajo y cuatro revólveres.

Los trabajadores, entre espesas columnas de soldados de caballería y a pie, fueron llevados al hipódromo, como quien lleva a un piño de animales, y, según se dijo con insistencia en Iquique, quinateados aquella misma noche. Buscaron febrilmente a los dirigentes de la huelga, para hacerlos desaparecer —¿quién puede dudarlo?— pero afortunadamente no los hallaron. Estos se habían confundido con la masa, para evitar ser detenidos. Brigg, esa misma noche se afeitó los bigotes con un vidrio y no fue encontrado, a pesar de que las autoridades lo conocían tan de cerca.

(Años más tarde, el anarquista Ramón Román hirió de una puñalada a Silva Renard para vengar a su hermano, caído en la matanza de la Escuela Santa María).

Al día siguiente, los pampinos fueron seleccionados por cantones y trasladados en carros planos hacia sus oficinas respectivas. El tren los esperaba en el alto del cerro, precisamente en el cruce del camino de autos, y debieron subir a pie, para abordarlo, unos cinco kilómetros por el camino de las carretas que van a Huantajaya.

Me impresionó el aspecto de mis compañeros. Formaban una romería silenciosa.
Se veían rostros
67

desencajados, puños apretados, cejas fruncidas de una cólera sorda. Muchos iban aterrorizados por la visión de la tarde anterior: las ametralladoras matando indiscriminadamente a hombres, mujeres o niños; los montones de cadáveres, la horrible falta de piedad con que se había liquidado a dos mil pampinos por el terrible delito de pedir justicia.

Entre las filas de fusiles parecían hombres abatidos por la desgracia, que tardarían mucho tiempo en erguirse de nuevo. Pero la procesión iba por dentro. El golpe era terrible y había sido dirigido contra una masa inorgánica, sin experiencia, con instinto de clase pero sin conciencia de ella. El tiempo, sin embargo iba a mostrar que los pampinos sacarían de aquella sangrienta lección una consecuencia que terminaría por hacer cambiar sus vidas: la unidad.

68

SEGUNDA PARTE

A LA SOMBRA DE RECABARREN

69

70

VI

Cuando llegué al Alto de San Antonio, me esperaban mi madre y mi hermano Luis, que no había bajado a Iquique. A pesar de su habitual presencia de ánimo, mi madre no estaba muy tranquila por mi suerte. Los rumores que habían llegado al Alto sobre los sucesos de Iquique no eran como para tranquilizar a nadie que tuviera un hijo, un pariente o un amigo entre los trabajadores que habían bajado al puerto creyendo que hallarían comprensión y justicia.

Yo llegaba también muy impresionado por lo que había visto y aunque en mi interior no me había hecho ningún propósito de dedicarme a luchar contra injusticias tan brutales como las de la Escuela Santa María, creo que entonces empezaba a comprender algunas cosas. Faltaba sólo que alguien me impulsara, me alentara, me señalara el camino verdadero que había de seguir. Esto iba a producirse un tiempo más tarde.

Luis Reyes, un calderero boliviano a quien apodaban "Cara de Perro", me contrató para trabajar con él en la oficina "Argentina". Eramos cuatro oficiales los que trabajábamos con Reyes, de diez a doce horas diarias, entre los enormes calderos tubulares, de veinte metros, con dos tubos interiores, en cuyas bocas estaba el carbón. El agua bañaba estos tubos y el vapor hasta de sesenta atmósferas, movía los motores de la usina. Nosotros teníamos que sacar los tubos, parcharlos, componerlos, limpiarlos y volverlos a instalar con sus correspondientes remaches. Era una tarea larga, fatigosa y difícil, que a veces

duraba meses. Mientras el maestro Reyes recubría los remaches con una capa protectora, yo tenía que aguantarlos, sostenerlos, con una herramienta de muy difícil uso llamada "dale". A veces se me iba el "dale" y entonces me

llovían las

71

palabrotas de los caldereros, famosos por su vocabulario ... _

Pero con todo eso, la labor era interesante. A mí me gustaba el sonido de los martillos sobre el remache caliente y luego del macho sobre la "copa" que recubría el remache. Nunca he podido olvidar esa especie de música, que ahora, escuchada a tantos años de distancia, me suena como una especie de canción del trabajo.

Luis Reyes era casado con una arrogante viuda, Hortensia Femenías, que de su primer matrimonio tenía dos hijos: Willy y la buenamoza Celia, a quien galanteaban de lo lindo los ayudantes del calderero que tenían pensión en casa de Reyes. Del matrimonio de Hortensia, y Reyes habían nacido cuatro hijos.

Tampoco duré mucho en la "Argentina", porque Luis Reyes se trasladó a la oficina "Resurrección" y me llevó consigo. Esta oficina no trabajaba con el sistema Shanks, como todas las de la pampa en esa época, sino con un método ideado por el ingeniero Fadella. En vez de cachuchos horizontales se usaban unos enormes huevos verticales para la elaboración del salitre. Anteriormente la oficina se había llamado "San Agustín" y por largo tiempo estuvo de para. En el cantón, era la que quedaba después de la "Perla" y frente a la "Iquique". La había resucitado (por eso le pusieron "Resurrección") don Francisco Rivas Vicuña, entusiasmado con el invento del ingeniero Fadella.

Como se acostumbra con los inventos recientes, se había querido guardar en secreto el nuevo procedimiento y por eso se trabajaba de noche. El ingeniero reformó todos los métodos empleados hasta entonces para elaborar el salitre. Invirtió uno de los huevos y lo llenó de caldo de alta ley para granularlo. Al segundo huevo le echó caliche en trozos mayores. En el tercero puso costra acendrada y en el cuarto pedazos de caliche grande y en bruto. Metió vapor en el primero de los huevos e hizo pasar el calor a los otros tres. Teóricamente debía salir un espléndido salitre

72

granulado... pero en cambio salió una borra que fue muy difícil arrancar de las paredes metálicas del huevo.

Rivas y Fabella consideraron no obstante que el experimento había sido un éxito. Rivas Vicuña fumaba puros que solía distribuir entre los trabajadores. Por las noches, mientras se preparaba febrilmente el experimento, pedía café y cajas de sardinas a la pulpería y personalmente servía a los obreros. El ingeniero no era tan rangoso; fumaba los populares "Yolanda", a chaucha la cajetilla. Cuando comenzaron los trabajos, Rivas Vicuña salió para Iquique, dejando de administrador a su señor de apellido Irarrázabal. Fabella, entretanto, no hallaba cómo sacar la costra de salitre pegada a las paredes interiores de los huevos, hasta que se decidió a usar dinamita.

Dos años viví trabajando entre las oficinas "Argentina", "Resurrección", "San Lorenzo" y "Santa Lucía", donde vivía Zoila Bazán, mi amiga del alma. A comienzos de 1910 quedé cesante y me fui a vivir al Alto de San Antonio, en casa de mi madre. Tengo que reconocer que este período, en que frecuentaba a los "notables" del pueblo, no me sirvió

de mucho en mi formación. Alternaba con el subdelegado, don Alfredo Santa María, con el juez David Vega, con el jefe de policía, Luis Madariaga, con los comerciantes chinos y árabes y con el jefe de estación, Ricardo Palma, a quien llamaban "von Pam"; éste me ayudó nombrándome empleado supernumerario del ferrocarril.

En septiembre se celebraron las fiestas del centenario de la Independencia, que duraron cuatro días y que fueron financiadas con aportes del comercio. Se inauguró la escuela nueva y llegó un tren con centenares de niños de cinco oficinas del cantón, que venían a ver el nuevo recinto escolar. Hubo juegos artificiales, discursos, conciertos de improvisadas bandas formadas por obreros aficionados a la música, recitación de poesías patrióticas y un discurso de la profesora, es decir de mi madre. Hubo también partidos de fútbol, en los

73

que jugué de *wing* derecho, y carreras planas, cortas y largas, como también de obstáculos, animadas con la presencia de dos famosos corredores de la provincia, el "Chino" Pizarro y William Wilson. Yo me inscribí en ellas y gané tres segundos premios, imitando la forma en que Wilson salvaba los obstáculos.

Cerca de la escuela, donde vivía con mi madre, había una imprenta abandonada, de propiedad del juez David Vega. Un día se me ocurrió entrar en ella y mirar un poco el estado en que se hallaban los elementos de trabajo. Yo no tenía otra experiencia que la recogida cuando niño en la imprenta de "El Cóndor" de Coquimbo, pero me pareció que allí había lo fundamental para imprimir. Le hablé del asunto al juez, pero como éste había quebrado fraudulentamente, no podía montarse el negocio a su nombre. Se inscribió entonces a nombre mío y empezó a publicarse un periódico semanal "La Voz del Pueblo", que dirigía el oficial civil Diógenes Castillo y administraba yo. Llevamos un tipógrafo de Iquique y yo hacía también de prensista. Aunque me di maña para colocar suscripciones en las oficinas del cantón y para contratar algunos avisos en el comercio local, la verdad es que "La Voz del Pueblo" nunca pasó de ser un periódico de muy escaso tiraje.

A fines de 1910 yo estaba aburrido de esta vida de desocupado o de trabajos insignificantes. Una mañana llegó en el tren chico un calderero de la oficina "San Lorenzo" y me invitó a trabajar con él. Pensé en mis tiempos en "Argentina" y "Resurrección", me acordé de la canción de los golpes de martillo en los remaches y de inmediato acepté el trabajo. Arreglé un bulto con mi cama y mis cosas más indispensables y esa misma tarde me despedí de mi madre y me embarqué en compañía de mi nuevo patrón.

Pero ocho meses de vagabundo, lejos de las faenas salitreras, me habían desacostumbrado las manos de las labores rústicas, y el primer día que tuve que cortar los remaches del espejo de un caldero, se me llenaron

74

de ampollas y llagas. Tuvieron que pasar muchas jornadas antes que el manejo de la "zapatilla" o del combo me curtieran y encallecieran las manos, hasta transformarlas en manos de obrero.

Cuatro o cinco meses más tarde, cambié de oficina y volví a trabajar en "Ramírez", donde encontré a mi querido amigo Jerónimo, que trabajaba como tornero en la maestranza, y con quien me fui a vivir. Jerónimo consiguió con el jefe de su sección el "Chino" Ríos, que me trasladaran a la maestranza, donde trabajé en el arreglo de los carros del caliche.

Un día, Jerónimo y yo pedimos permiso para bajar a Iquique. Había muerto la abuela de mi amigo y queríamos ir a los funerales. Después de cumplir este deber, y casi sin ponernos de acuerdo, recorrimos el cementerio. Nada, ni una huella, ni la más humilde lápida recogía el recuerdo de los muertos en la Escuela Santa María.

Incorporados a la vida normal de los trabajadores del salitre, Jerónimo y yo participábamos en las únicas actividades sociales de la oficina "Ramírez": el fútbol, la Filarmónica y las veladas teatrales o culturales. Jerónimo solía recibir cartas de Iquique, pero no me las mostraba ni me hablaba de ellas. Un día me invitó a Huara, pero yo me negué a acompañarlo, porque sabía lo que significaban para los pampinos los consabidos viajes a Huara: vino y prostíbulos. Pero Jerónimo insistió: —Tenemos que ir, te digo. Llega Recabarren y hay que esperarlo.

El nombre de Recabarren no me decía nada ni Huara me atraía en absoluto. Yo hacía una vida tranquila en "Ramírez". Mis amigos eran Jerónimo, Justo Jelom, Badani Carvajal, casado con una mujer muy interesante y letrada; el "Chino" Ríos, jefe de la maestranza; Tomás Connally, capataz de la cuadrilla del Chancho; el "Viruta" Natalio Morales (padre de Félix Morales, que murió años más tarde en el primer campo de concentración de Pisagua) y otros trabajadores.

75

Pero la influencia de Jerónimo era fuerte y yo sabía que mi amigo estaba medio enamorado de una niña de apellido Linares, que vivía en Huara. Pensé que más que ver al misterioso Recabarren, lo que Jerónimo quería era ver a la muchacha. Así, pues, me dispuse a acompañarlo. Nos afeitamos, nos pusimos traje de parada y partimos a pie hacia Huara.

El tren de Iquique, en que venía Recabarren, debía llegar a las tres y media a la estación. Allí encontramos a tres pampinos que, como nosotros, estaban esperando a Recabarren. Eran de oficinas distintas: uno de "Constancia", otro de "Rosario" y el tercero de "Santa Rosa". Jerónimo y yo éramos los que habíamos venido desde más lejos. Uno de estos trabajadores decía haber visto a Recabarren en Santiago, pero ninguno lo conocía personalmente.

Cuando el tren llegó y empezaron a bajar los viajeros, yo me preguntaba cuál podría ser Recabarren. De pronto vimos bajar a un hombre de cabellos y bigotes negros, ojos capotudos y porte desgarbado. Usaba pantalones anchos y los bolsillos de su chaqueta parecían llenos de papeles. Embarazado con tres o cuatro maletas y algunos paquetes, miraba en torno suyo, como buscando a alguien. Inmediatamente nos acercamos y nos saludó, uno por uno. Nos preguntó de qué oficinas éramos y luego nos repartimos su equipaje y nos encaminamos con él al hotel. Después que se lavó en su pieza, lo

convidamos a tomar once, que en la pampa se llama lonche y no consiste sólo en café y pan. No. En el comedor particular del dueño del hotel, nos instalamos en una mesa y nos trajeron carne, huevos, cebolla y té, "Horniman Puré Tea".

Recabarren comió poco, pero habló mucho. Al principio yo me preguntaba qué estaba haciendo ahí junto a ese desconocido a quien no me unía nada, sino el deseo de complacer a Jerónimo. Pero los otros comensales no se cansaban de hacer preguntas a Recabarren, a quien trataban ya como a un amigo, pero de un modo muy respetuoso. Recabarren hacía todo el gasto de

76

conversación, porque cada pregunta de los compañeros era respondida por él en forma muy amplia. Nos contó que venía llegando de Europa, donde había visto cómo funcionaban los partidos políticos de los obreros, los partidos socialistas, y nos hizo vividas descripciones del carácter y el físico de los grandes líderes que había conocido, como Vandervelde, en Bélgica; Jean Jaurés, en Francia; Pablo Iglesias, en España y otros. Nos habló de la imperiosa necesidad que teníamos los trabajadores de organizarnos, de unirnos, como única defensa contra los abusos del capital.

Era extraordinaria la forma en que hablaba ese hombre. No usaba un tono dogmático o sentencioso ni frases que se parecieran a discursos, nada de eso. Por el contrario, su charla era sencilla, tranquila, pero animada y llena de enseñanzas. Infundía confianza oírlo, se despertaba el optimismo de uno, los deseos de actuar.

Cuando Jerónimo y yo pensamos que teníamos que regresar a pie a "Ramírez", era ya... la una y media de la madrugada. Sin sentirlo, habíamos estado nueve horas oyendo hablar al hombre de ojos capotudos. Era tarde ya y peligroso partir a tales horas, de modo que decidimos dormir en Huara. A las cinco de la mañana salimos camino de nuestra oficina, mientras en el hotel dormía Recabarren, quien, tal vez sin sospecharlo, había abierto un surco en mi espíritu. Yo tampoco sabía que esa noche de junio de 1911 mi camino junto a la clase obrera de Chile había quedado trazado para siempre.

VII

En la oficina "Ramírez" proseguía mis actividades en la Filarmónica y en el conjunto dramático, tan abruptamente interrumpidas cuatro años antes por la huelga del salitre y los amargos días de Iquique. La Filarmónica daba a los rústicos trabajadores de la Pampa ciertas enseñanzas, principalmente en relación

77

con la mujer. La forma misma de los bailes en boga —que aprendíamos en un manual escrito por el profesor don Francos Zubicueta— establecía ciertas normas de cortesía, de delicadeza hacia la mujer. En la pampa las mujeres eran mucho menos numerosas que los hombres y frecuentemente había escenas de celos y hasta crímenes provocados por la pasión. Las cuadri-llas que se bailaban en esa época obligaban a los hombres a hacer

saludos, venias, inclinaciones y una serie de muestras de respeto y acatamiento hacia la mujer. Estas cuadrillas eran de tres tipos: francesa, lanceros, ingleses y la república; esta última forma era un arreglo de Francos Zubicueta que mezclaba figuras de las dos anteriores y terminaba el baile con la cueca chilena.

Frecuentemente nos reuníamos a oír cantar a pequeños conjuntos. Vivía entonces en la oficina un muchacho bohemio, muy melancólico, llamado Carlos Muñoz, que con sus tristísimas canciones conquistaba los corazones femeninos y a quien más de una vez tuve que considerar como un rival en mis relaciones con Zoila. Actuaba en las obras teatrales que se representaban y cantaba, acompañándose de su guitarra, canciones de letra tan melancólica como ésta:

*En una noche clara, de majestuosa luna
se ve en el cementerio un ciprés descollar.
La loza funeraria que el musgo ha cubierto
el nombre oculta acaso del que no existe ya.*

También me tocó tomar parte en la representación de la obra en verso de Campoamor "Flor de un día", que años antes, siendo muchacho, había visto ensayar por los empleados de la oficina "Agua Santa", en la bodega donde trabajaba mi tío. Yo hacía el papel del Marqués de Montero y tuve que aprenderme de memoria las largas tiradas poéticas de la pieza de Campoamor.

Dirigía el conjunto un obrero de apellido Loyola y
78

un día decidió poner en escena una obra nacional, en verso también titulada "Eleuterio Ramírez", que trataba de la batalla de Tarapacá y ensalzaba las glorias de este militar. Soportando las continuas bromas de Jerónimo, a quien la obra no le gustaba por su acendrado carácter patrioter, desempeñé el papel de un oficial chileno. Los ensayos los hacíamos en casa de Loyola y después de ensayar la batalla de Tarapacá, en que se batían a espada chilenos y peruanos, la habitación quedaba hecha una ruina, las sillas en el suelo, las almohadas lanzadas por el aire como proyectiles, y todo en fin, en el más completo desorden.

Ya la oficina "Ramírez" no estaba tan aislada, pues de tiempo en tiempo solían llegar noticias y periódicos de Iquique. Un día se supo que Recabarren iba a dar una conferencia en la oficina "Valparaíso". Entre los trabajadores se corrió la voz y cinco decidimos ir a escucharlo. "Valparaíso" se hallaba a unos veinticinco kilómetros de distancia, pero esto no rebajó nuestro entusiasmo y a las dos de la tarde del domingo, día de la conferencia, salimos caminando, bajo el sol pampino, Jerónimo, Isaura Cortés, Natalio Morales, Tomás Connally y yo.

Dos horas y media más tarde llegábamos a la oficina "Valparaíso". Recabarren se hallaba ya allí, hospedado en la casa de un obrero demócrata. Gentes de diversas oficinas habían llegado a escucharlo, atraídas por la fama de su palabra sencilla y convincente, que se extendía ya por toda la pampa.

La conferencia comenzó a las 4.30 de la tarde. Recabarren habló en el pequeño escenario con la misma tranquilidad con que lo había hecho aquella noche, sentado a la mesa en el hotel de Huará. Hablaba con palabras al alcance de todos, accionaba poco,

pero sabía con su propia voz, remachar algunos conceptos. Habló sobre el socialismo y su desarrollo en Europa, sobre lo que había visto en cuanto a organización obrera, en países como Francia, España y otros que había visitado y puso el acento en las cooperativas, como un

79

medio de que los trabajadores alcanzaran ciertas conquistas. Recalcó también la necesidad de crear un partido de los obreros, con ideología propia de los obreros y no de los burgueses, un partido socialista, en fin, y un fuerte movimiento sindical.

Después de terminada la conferencia se vendieron entre los asistentes folletos y libros de Luis Emilio Recabarren y de otros autores. Los folletos valían sesenta u ochenta centavos y los libros un peso. Yo compré "Ricos y pobres", "La huelga de Iquique" (en la que yo había participado en 1907) y "Mi juramento"; un folleto en que Recabarren explicaba con la versión de la Cámara la cuestión del juramento en la Cámara, cuando se le quitó su investidura de diputado en 1905. Relataba que, en realidad, él no se había opuesto al juramento, pues cuando se le preguntó si juraba por Dios respetar la Constitución, había respondido: "Sí, prometo". Todo había sido una sucia maniobra de la burguesía para introducir en la Cámara de Diputados al candidato Espejo, a quien Recabarren había derrotado limpiamente en las urnas, en Tocopilla.

Al terminar la Conferencia y después de estrechar la mano de Recabarren, los cinco volvimos a Huara, para seguir, muy noche ya, hacia "Ramírez". Yendo cinco, no había peligro de que nos asaltaran. Ibamos felices con nuestros paquetes de libros y comentando la conferencia: Recabarren había hablado con lenguaje sencillo de cosas de la vida, de asuntos que a todos nos interesaban.

* *

A fines de 1911, dejé la oficina "Ramírez" y me fui a "Santa Lucía", a donde habían trasladado a mi madre. Contratado por Rufino López comencé a trabajar como ayudante de calderero. Ya mi interior era un hervidero de inquietud política. A menudo llegaban a mis manos ejemplares del semidiario "El Grito Popular", que Recabarren y los demócratas publicaban en una vieja

80

imprensa de Iquique. Meses antes, una de las viejas "Ligas patrióticas" que surgían por aquellos años y que en realidad eran hordas de bárbaros que inflamados por el chovinismo asaltaban a los residentes peruanos, había desvalijado y empastelado la imprenta de un periódico llamado "La voz del Perú". Las máquinas quedaron rotas y los tipos revueltos en un montón. Recabarren compró los restos de la imprenta y pacientemente reconstruyó máquina por máquina.

Pero a fines de diciembre de ese año, por cuestiones electorales, Recabarren rompió con los demócratas. En 1912 iban a realizarse elecciones de parlamentarios y aunque hasta el propio presidente del Partido Demócrata, don Ángel Guarello, había reconocido el mejor derecho de Recabarren para ser candidato a diputado, el diputado en ejercicio, Pedro Segundo Araya, se negó a retirar su precandidatura. Recabarren entonces se fue

con sus tipos, sus formas y la vieja y noble prensa "Marinoni" y buscó quien lo respaldara en la tarea de publicar un diario popular.

La persona que demostró comprensión para sus proyectos fue un ecuatoriano, David Barnes, propietario de un almacén y de una casa grande en Iquique. En esta casa, situada en Barros Arana 9, casi esquina de Sotomayor, se instaló la imprenta, y en una de las piezas vivía Recabarren con Teresa Flores, su compañera. La casa estaba junto a una escuela de niñas y frente al local de la Masonería. Hacia el norte, la calle Barros Arana estaba cerrada por unas instalaciones del ferrocarril. El segundo piso era una azotea que servía de teatro.

Allí fue donde comenzó a imprimirse el nuevo diario obrero, que iba a tener largos años de vida y a convertirse en una fecunda contribución al movimiento de los trabajadores. El 16 de enero de 1912 salía a la calle el número uno de "El Despertar de los Trabajadores".

En "Santa Lucía" yo había sido agente de "El Grito Popular" y continué siéndolo de "El Despertar". Día

81

por medio iba a la pulpería, donde la correspondencia era "cantada" en presencia de todos, y recogía mi paquete de diez ejemplares, que distribuía entre los obreros más desarrollados políticamente.

Coincidía esta tarea con el trabajo electoral, pues en las elecciones de 1912 los obreros llevaban a Recabarren como candidato a diputado, aparte de tres candidatos a regidores municipales: el gáster Enrique Salas, el relojero José del Carmen Aliaga y el boticario de Pozo Almonte, Luis Hormazábal. Yo recogía dinero para ayudar a las candidaturas y hablaba a los que estaban inscritos en los registros electorales, uno a uno, explicándoles las ventajas de elegir a esos hombres, hombres nuestros, para reemplazar a los balmacedistas y radicales que dominaban en Iquique y que nada hacían por la clase trabajadora.

Un domingo de febrero estaba yo metido dentro de un caldero, calafateando un parche, cuando oí que me llamaban. Salí del caldero y me encontré cara a cara con Recabarren, que me miraba sonriendo. Me tendió su mano cordial y me dijo que acababa de llegar, en jira electoral, acompañado de un propagandista, el "Flaco" González, y que había pensado que yo podría presentarlo a los trabajadores de mi oficina.

Lo invité a casa de mi madre, con quien yo vivía, y vi que Recabarren era acogido con gran simpatía. Esa misma tarde, en el local donde funcionaba la Filarmónica, me correspondió presentarlo como candidato a diputado de los pampinos. Yo no merecía un honor como ese, nada menos que presentar a ese hombre, letrado y hábil, popular y sabio, querido por el pueblo y odiado por la burguesía. Pero tuve que salir adelante con la tarea. Después habló Recabarren, con su acostumbrada calma, mostrando con una claridad admirable a la gente la necesidad de que la clase obrera votara por sus propios candidatos y no por los de la burguesía.

Luego se marchó, para continuar la jira por otras

82

oficinas, donde los comités electorales lo esperaban, Recabarren y González se fueron en una "zorra", como le llamaba a los carros de mano que iban por la línea del ferrocarril, arrastrados por una mula. Junto a ellos, los paquetes de folletos y libros, de los cuales no se separaba Recabarren mientras viajaba.

La víspera de las elecciones, las compañías pusieron trenes especiales para que bajaran a Iquique los pampinos que tenían que votar. Yo llegué al puerto a media tarde del sábado y desde la estación me fui al local del diario, donde se centraban todas las actividades de las candidaturas obreras. Había allí enorme ebullición. Desde la azotea de la casa, durante todo el día los oradores exhortaban al pueblo a elegir diputado a Recabarren y regidores a los compañeros Salas, Aliaga y Hormazábal.

Jerónimo, Connally y todos los amigos estaban allí. Como yo, habían bajado de la pampa para acompañar en esta jornada al hombre que tanto admirábamos. A pesar de que yo carecía totalmente de experiencia electoral, fui provisto de un documento que me acreditaba como apoderado y me instalé el domingo muy de mañana en la mesa receptora de sufragios, donde me correspondía votar, presidida por un balmacedista. Uno de los vocales era radical.

Como en todas las elecciones que se realizaban en Iquique, el cacique balmacedista senador Del Río manejaba a su entero gusto las votaciones. Los matones y "acarreadores" trabajaban a vista y paciencia de todo el mundo. Los "carneros" eran llevados en coche a votar. Naturalmente, Del Río había monopolizado todos los coches de la ciudad.

A mediodía, después de permanecer cuatro horas en la mesa, sin moverme, para evitar una intervención más descarada, aburrido y fatigado, vi llegar a un mensajero del senador Del Río, que entregaba un sobre al presidente de la mesa: el sobre contenía quinientos pesos, para el almuerzo. Este mandó a comer al secre-

83

tario y a un vocal de la mesa y, cuando volvieron, me , dijo amistosamente:

—Mi amigo, lo invito a almorzar al hotel Fénix.

Era el hotel mejor y más elegante de la ciudad y sus comidas, principalmente los mariscos, eran famosos en Iquique.

—Muchas gracias, señor —le respondí—, pero no puedo moverme de aquí.

—¡Entonces usted me desprecia!

—No, señor, no lo desprecio, pero tengo instrucciones de mi candidato de no moverme hasta que la votación termine. Le repito que le agradezco su invitación, pero no puedo aceptarla. Además, pronto van a traerme almuerzo.

Yo confiaba en que los compañeros iban a cumplir su promesa de llevarme un par de sandwiches. Muy disgustado por mi negativa, el presidente de la mesa se marchó. En realidad, yo frustraba sus deseos de despojar de todos sus votos a los candidatos no balmacedistas. Pero de todos modos, él se las arreglaría para hacer lo que quería, aunque de un modo más violento y cínico.

A las cuatro de la tarde, cuando terminó la votación e iba a comenzar el recuento de los votos, las tripas me crujían de hambre, porque no me habían llevado nada de comer. Vi

que el presidente de la mesa, en la forma más prepotente y arbitraria, hacía expulsar a empujones del recinto al apoderado radical y rompía todos los votos obtenidos por los candidatos de ese partido.

Ahora me va a tocar a mí, pensaba yo, máxime cuando este señor está ofendido conmigo porque no acepté su invitación. Pero el presidente de la mesa se limitó a mirarme y a decirme secamente:

—No lo echo a usted, joven, porque trae poder de Recabarren. Mi padre es demócrata y le tiene mucho cariño a Recabarren...

Cuando se hizo el escrutinio en aquella mesa se vio que todos los sufragios eran para los candidatos balma-

84

cedistas, menos cinco votos obtenidos por Recabarren que acumulados por cuatro, dieron veinte votos. Los cómputos generales dieron el triunfo a dos balmacedistas y al demócrata Araya. Recabarren, a pesar de las precarias condiciones en que se presentó a la lucha, sin el respaldo de ningún partido y con el encono de una parte de los demócratas, obtuvo una apreciable cantidad de votos.

El hecho de no ser elegido, no lo desanimó, por cierto, y esa misma tarde, hablando a sus partidarios desde la azotea de la imprenta de "El Despertar", los exhortó a, seguir adelante en la lucha.

—Este ha sido —dijo—, sólo un primer paso hacia las largas batallas que nos esperan y en las cuales hemos de marchar siempre unidos.

VIII

El 30 de abril de 1912 bajé de nuevo a Iquique. Había leído en "El Despertar" la noticia de que los trabajadores iban a celebrar solemnemente el Primero de Mayo. De distintas oficinas bajó gente al puerto, no en forma organizada, sino en grupos de tres o cuatro personas por oficina.

Llegando a Iquique me fui directamente al local del diario, que se me antojaba un poco mi hogar, quizás por ser hogar de tantos trabajadores. En la noche hubo un acto preparatorio al del día siguiente. Yo no sabía, en realidad, lo que había ocurrido un primero de mayo, en el siglo pasado. Lo

supe después de escuchar a Recabarren, quien explicó a la crecida concurrencia el significado de esa fecha, la heroica lucha sostenida por los trabajadores de Chicago, quienes habían hecho el sacrificio de sus vidas por conquistar un nuevo derecho para la clase obrera mundial: la jornada de ocho horas de trabajo.

Pero, Recabarren no relató los hechos de Chicago como un simple episodio aislado en la historia, como una batalla cuyo heroísmo se aprecia mucho y se olvida. No, él relacionó el sacrificio de los mártires de

85

Chicago con la lucha mundial y permanente de los trabajadores. Aquello fue un paso adelante en la carrera de las conquistas obreras. Pero quedaban para el futuro muchas otras conquistas, entre ellas la del Poder, para acabar con la más grande lacra de la humanidad: la explotación del hombre por el hombre.

Ese viaje fue definitivo en mi destino. Tuve una larga conversación con Recabarren. Era un hombre que inspiraba tanta confianza que uno ni se daba cuenta cuando estaba contándole sus cosas, sus aspiraciones, sus anhelos. Yo le hablé de mis experiencias como obrero gráfico, primero en Coquimbo, cuando era niño, y luego en el Alto de San Antonio, donde había impreso y administrado un pequeño periódico. Recabarren me miró y me preguntó de pronto:

—Eliás, ¿no querría venirse a trabajar con nosotros, cuando haya una vacante?

—Por supuesto que me gustaría mucho, respondí.

—¿Y cuáles serían sus aspiraciones en cuanto a salario ?

—Lo suficiente para comer.

Recabarren pareció satisfecho con mi respuesta.

—Bien, Eliás, me dijo. Espere que lo llamemos. Se me figura que va a ser muy pronto.

En efecto, había transcurrido apenas un mes, cuando recibí una carta de Recabarren invitándome a ocupar un cargo en el diario. Sentí una gran satisfacción. Recabarren me llamaba a trabajar con él, a colaborar a su lado. Cuando consulté el asunto con mi madre, sus palabras fueron como un jarro de agua fría sobre mi entusiasmo. Ese trabajo, me dijo, no me convenía, era inseguro, peligroso. Yo haría mejor en quedarme como obrero en las oficinas salitreras.

Le escribí a Recabarren una carta evasiva, sin participarle estas ideas de mi madre, pero postergando el viaje. La respuesta no se dejó esperar. Recabarren, en un tono más seco, me decía que me fuera de inmediato a Iquique, pues después ya no podría responderme del empleo.

86

Entonces me decidí. Dejé pasar la fiesta de San Juan, el santo de mi madre, y al día siguiente arreglé mis cosas, embalé mi cama, mis libros y mi ropa y bajé a Iquique. Recabarren me recibió afablemente y me instaló en una pieza de la casa de Barros Arana, donde vivía él con su compañera, Teresa Flores, aparte de uno de los redactores de "El Despertar", el español Nicolás Aguirre Bretón.

Mis funciones abarcaban las actividades más diversas. Empaquetaba los ejemplares del diario que iban a la pampa, a Antofagasta y otros lugares, y luego, en una carreta tirada por dos burros iba a embarcar los paquetes a la estación. Aparte de eso, encuadernaba folletos y hacía otros trabajos que la imprenta recibía para sostenerse. Por ejemplo, me entregaron la confección de los blocks de papel de cartas que particulares y comerciantes mandaban a imprimir con sus nombres y direcciones. Yo imprimía las hojas, luego las pegaba con cola, hacía los blocks y los entregaba a los clientes. Cada block nos salía costando unos dos pesos en materiales y los vendíamos, impresos y encuadernados, en ocho.

—Eliás, usted va a comer conmigo me dijo Recabarren.

Junto a su habitación, había un pequeño comedor, donde comíamos los tres. Teresa hacía la comida y luego ella, Recabarren y yo nos sentábamos a la mesa. Recabarren era muy sobrio no sólo para comer, sino para todo. Muy de vez en cuando bebía un vaso de vino. Sus ropas eran sencillas y generalmente deformaba muchos los bolsillos de la chaqueta, pues llevaba en ellos verdaderos archivos: folletos, notas para artículos, cartas y papeles. Cuando leo algunas descripciones que lo pintan como a un "apóstol" laico, las desmiento de inmediato, pues Recabarren no era nada de eso. Era un maestro, de los trabajadores, si, porque sabía inmensamente más que todos nosotros y cada palabra suya era una lección. Pero no tenía nada de

87

místico ni de soñador. Era un trabajador metódico y realista, un hombre alegre y vivo, que encontraba la fuente de su alegría en el estudio y en la lucha. Oyéndolo hablar, principalmente a las horas de comida, yo sentía que crecía en mi convicción, confianza en la capacidad de los trabajadores. Cada día ganaba más y más experiencias.

Teresa Flores, su compañera, era por aquellos días la verdadera mujer de un líder proletario, que no sólo lo acompañaba como tal, sino también en las actividades políticas. Recabarren había sido casado, pero se había separado de su esposa, que vivía en el sur, con un hijo de ambos. Con Teresa no tuvo hijos.

El local del diario siempre estaba lleno de amigos y de obreros que sustentaban la idea socialista. En todos ellos había prendido la necesidad de crear un partido de los trabajadores, pues el Partido Demócrata en el que hasta poco antes habían militado muchos obreros y aún el propio Recabarren, ya no era lo que había sido. El tiempo lo había burocratizado y convertido en un centro dedicado exclusivamente a las actividades electorales. En resumen, todos reconocían que había dejado de ser la herramienta de liberación de los trabajadores.

El propio Recabarren, por lo menos desde el día que yo lo conociera en Huara, no se cansaba de machacar en torno de la necesidad de un partido con ideología obrera, o sea, de un partido socialista. Esto lo decía en cada conferencia en la pampa, en cada artículo en "El Despertar", en cada discurso.

Cuando estimó que había una conciencia formada y bien definida a este respecto, conferenció con sus colaboradores más cercanos, entre los que me contaba yo, y se decidió dar vida al partido. Reunidas en el local del diario unas veinte personas, el 4 de junio de 1912, fundamos el Partido Obrero Socialista. Entre los fundadores nos contamos: Luis Emilio Recabarren, su medio hermano, Néstor Recabarren Vial; Julio Arredondo, empleado de una firma embarcadora de salitre;

88

Enrique Salas, profesional gáster; un carretero de apellido García; José del Carmen Aliaga, Teresa Flores, Ruperto Gil, carpintero mueblista, cuyo hijo, un niño aún, trabajaba como tipógrafo en "El Despertar"; Nicolás Aguirre Bretón y yo. Secretario del Partido fue elegido Néstor Recabarren. No nombramos para este cargo a nuestro líder

indiscutido, para dejarle mayor libertad de movimientos en las tareas de organización, que debían extenderse a todo el país.

Hicimos una exposición de motivos, un reglamento y un programa mínimo. En la exposición de motivos se establecía que el fin último de nuestras aspiraciones era la emancipación total de la humanidad, aboliendo las diferencias de clase hasta conseguir que haya una sola clase de trabajadores, dentro de un régimen en que la producción sea un factor común y común también el goce de los productos. El reglamento establecía que el Partido procuraría unir a todas las fuerzas proletarias del país para mejorar la suerte del proletariado, en agrupaciones seccionales que funcionarían en cada pueblo, fábrica, mina u oficina salitrera, con un mínimo de siete afiliados. Había también en el reglamento serias advertencias sobre los pactos, de cualquier naturaleza, con partidos de la burguesía.

El programa mínimo contemplaba medidas de orden económico, político y cultural, así como un capítulo especial para los trabajadores del salitre y las minas. Estábamos por un régimen de libertad para todos, supresión del ejército, justicia popular, por elección, separación de la Iglesia y del Estado, igualdad civil de hombres y mujeres, abolición de la pena de muerte y sustitución del Presidente de la República por una Comisión Ejecutiva directamente elegida por el pueblo.

En el orden económico íbamos más lejos. Aspirábamos a la abolición de casi todos los impuestos a industrias y profesiones, cargándolos en cambio, en forma directa y progresiva, a las rentas, propiedades y herencia. Se luchaba por la creación de una Cámara del Trabajo, destinada a estudiar las necesidades de la in-

89

dustria y de los obreros, reglamentando el trabajo los propios trabajadores y fijando jornada máxima y salario mínimo. Se quería seguros para los trabajadores, abolición del trabajo de niños y mujeres embarazadas, creación de poblaciones obreras, pensiones de vejez e invalidez y otras medidas que ni siquiera hoy después de tantos años de lucha, han sido conquistadas.

Para los pampinos queríamos supresión del sistema de pago en fichas y de las pulperías obligatorias, control obrero en la medición y examen del caliche, para que no los "pasaran por el aro" en el pago, y urbanización e higienización de los campamentos.

No se puede decir que el Partido Obrero Socialista tuvo un crecimiento rápido o repentino. No. Lentamente fuimos ampliando nuestras filas. Por las tardes, después que llegaba el tren de la pampa, empezaban a caer al local, obreros, agentes viajeros, jóvenes, empleados. Allí se leían los diarios de Santiago y no pocos periódicos del extranjero, de Argentina, de Uruguay, y se vendían también los folletos de Recabarren. Desde Francia llegaba periódicamente "L'Humanité", órgano del entonces Partido Socialista francés, que dirigía Jean Jaurés; desde España llegaba "El Socialista", que hizo muy familiares entre nosotros los nombres de Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero y otros líderes del socialismo peninsular. "El Socialista" era el diario favorito de todos nosotros. Los compañeros se lo arrebataban, porque en realidad, aparte de Recabarren y de Aguirre Bretón, nadie era capaz de leer francés u otros idiomas.

Las relaciones que Recabarren había trabado en Europa, principalmente en Bélgica, con dirigentes de la Segunda Internacional, representaban una fuente de materiales que se iban acumulando en el local: periódicos, folletos, libros. También venía material de Buenos Aires y Montevideo, principalmente periódicos de los anarquistas, que habían constituido importantes núcleos políticos en esas capitales.

Así, leyendo, oyendo a Recabarren, que sabía con-

90

densar admirablemente las teorías de los filósofos y sociólogos, íbamos adquiriendo una cultura política y penetrando en las bases del socialismo. En este proceso, uno de los factores más importantes fue la publicación de un folleto de Recabarren titulado "¿Qué es el Socialismo?", que aclaró en muchas mentes obreras la cuestión de la propiedad privada y la propiedad socialista.

A fines de 1912, la casa del ecuatoriano Barnes se nos había hecho pequeña para el movimiento del Partido y Recabarren decidió que había que buscar un local más amplio. Después de recorrer todo Iquique, nos trasladamos a una casa antigua y muy grande que había sido residencia del doctor Marín, en la décima cuadra de la calle Bolívar, entre Vivar y Amunátegui., Tenía diez piezas, un vestíbulo, una azotea y una especie de cochera.

Instalamos la imprenta, el salón de actos, las oficinas del diario y las del Partido, aparte de casa habitación para Recabarren, Aguirre Bretón y yo. Para montar el taller y la sala de actos, con un pequeño escenario, trabajamos todos, auxiliados por voluntarios y carpinteros del Partido. Recabarren no era de esos "capitanes Araya" que tanto abundan y fue el primero en sacarse la chaqueta y comenzar a clavar tablas y a acomodar calaminas viejas para dar al escenario su forma y proteger la imprenta de la intemperie. Recabarren y Teresa se reservaron tres piezas, para dormitorio, comedor y cocina. Yo me instalé en una pequeña habitación, como asimismo Aguirre Bretón, que tenía un loro del cual jamás se separaba. En poco tiempo y, a pesar de nuestros precarios medios, la voluntad del grupo dirigente había montado algo que parecía una imprenta obrera y un partido de trabajadores. La azotea era bien aprovechada para hablar desde ella al pueblo y el salón de actos jamás estaba vacío, pues le dimos mucha vida y actividad y semanalmente había actos culturales, representaciones teatrales (ahora con obras muy diferentes por cierto de

91

"Flor de un día") y conferencias. Los conferencistas más notables eran Luis Emilio Recabarren y Víctor Domingo Silva, que había llegado a Iquique precedido de su fama de poeta notable, para realizar una jira por la pampa.

El Partido Obrero Socialista crecía, pues, no sólo habían adherido a él numerosos trabajadores, sino también algunas figuras políticas que empezaban a tener significación, como Salvador Barra Woll, quien se había desprendido de su balmacedismo y solicitado el ingreso; Luis Víctor Cruz, que acababa de dejar su trabajo de botarripió en la oficina "Aurora" para trasladarse a Iquique; Pedro Reyes, que

trabajaba en la oficina "Alianza"; el industrial panadero Ernesto Jorquera, el doctor Isidoro Urzúa y otros.

Iquique, que por aquellos días era la más próspera ciudad del norte gracias a las ganancias que dejaba la industria salitrera, empezaba a atraer a figuras culturales y compañías teatrales y musicales que no dejaban de causar un impacto de inquietud en la población. Oí cantar a María Barrientos y a Sofía del Campo. Allí conocí a Armando Mook, autor teatral que iba al frente de una compañía cuyas figuras principales eran Arturo Bhürle y Elena Puelma. Pusieron en escena varias obras de Mook, como "Isabel Sandoval, modas" y "Los perros", esta última una comedia con atisbos de inquietud social.

Llegó también por aquellos días una famosa conferencista anticlerical española, Belén de Zárraga, que con sus conferencias logró electrizar a los elementos más liberales de Iquique y también a nosotros, los socialistas. Era una mujer arrogante, que cuando jovencita debe haber sido muy hermosa. Viajaba acompañada de su secretario, Porta Bernabé, que arreglaba los programas y recepciones, y a quien los detractores de ella, inmediatamente, calificaron de amante de la española. Ofreció ocho conferencias que llenaron el Teatro Municipal y provocaron uno de los más grandes escándalos que recuerda Iquique. Los curas la inju-

92

riaban en los diarios reaccionarios y hacían propaganda contra ella en el púlpito, en la calle y también de casa en casa.

Belén de Zárraga, seguía impertérrita su tarea de divulgación del laicismo y mostrando al desnudo la política universal del clero. Visitó varios diarios, incluso "El Despertar". Recabarren se encontraba ausente y fue atendida por Barra Woll y Luis Víctor Cruz. Conversó con todos nosotros con gran naturalidad. Era una mujer alta, arrogante, sumamente atractiva, cuyos largos años de conferenciante le habían dado una enorme capacidad de seducción con la palabra.

En su primera conferencia habló con palabras de fuego contra la confesión y mostró el papel de los curas en relación con la juventud. Señaló que al interrogar a las muchachas sobre sus experiencias sexuales, los curas realizaban en el confesionario una verdadera defloración moral. El entusiasmo del público era tan grande, que los jóvenes radicales desengancharon los caballos del coche que debía llevarla al hotel y se dispusieron a arrastrar ellos mismos el vehículo. Pero Belén de Zárraga se negó a aceptarlo. —Viajar así —dijo— aunque sea unas pocas cuadras, no es democrático. Si no colocan de nuevo los caballos, me iré a pie.

La víspera de cada conferencia, Belén de Zárraga no se movía de su hotel, preparando los elementos de su trabajo. Pero al día siguiente de ella, se paseaba por todas partes, sin temor a agresiones de los elementos clericales, departía con periodistas y no rehuía la discusión con políticos. Invitada por el doctor Isidoro Urzúa, que era miembro de nuestro Partido, pasó dos días en la oficina "Aurora", en la casa de este médico, y conoció de cerca la vida de los pampinos.

Días después, cuando dio sus conferencias en Antofagasta, Belén de Zárraga se encontró con Recabarren, con quien sostuvo largas y provechosas conversaciones, Pues le sirvieron para conocer la lucha de los obreros

93

chilenos a través de uno de sus conductores más destacados.

* * *

El Partido Obrero Socialista salía casi todos los sábados a la calle. En la plaza Condell se reunía al pueblo en amplias conferencias públicas, donde nuestros oradores llamaban a los trabajadores a la organización, les hacían ver el papel del imperialismo británico en la explotación del salitre y los instaban a desprenderse del lastre religioso. Uno de esos sábados, los asombrados asistentes vieron trepar al quiosco de la plaza a un cura de Iquique, Daniel Merino Benítez, quien anunció que el sábado siguiente daría una conferencia.

Los socialistas, que nunca rehuían la polémica sino que por el contrario la buscaban como una manera de esclarecer las cosas en la mente de los trabajadores, fueron a escucharlo combatir lo que él llamó "las perniciosas doctrinas del socialismo".

Al sábado siguiente, Recabarren lo refutó, usando , argumentos serios, contundentes, y un tiempo más tarde, Merino Benítez le mandó una carta invitándolo a sostener una conferencia polémica en la plaza Prat, desde los balcones de la Municipalidad. Recabarren aceptó la polémica, pero por razones tácticas, acordamos que no fuera él a la tribuna donde hablaba el cura, sino otros compañeros en representación suya. Nosotros daríamos el golpe al hacer hablar a Recabarren, después de la polémica, no desde los balcones municipales, sino en el quiosco de la plaza.

A la hora señalada, la plaza estaba llena, de bote en bote y en los balcones del municipio se hallaban el cura Merino Benítez y sus acompañantes y los compañeros mandados por el Partido; uno de ellos era un socialista argentino, Mariano Rivas, que venía de Bolivia donde había estado un tiempo trabajando en la legación de su país. Era hombre de gran cultura y Recabarren lo había juzgado capaz de pulverizar con

94

argumentos serios al cura. El otro contendor era un empleado de Iquique, Luis Guzmán. A las ocho de la noche, con la plaza llena y un formidable despliegue de policías que se habían situado frente al Teatro Municipal, se abrieron los balcones y aparecieron los polemistas y sus acompañantes. Pero, las primeras palabras del sacerdote, de las puertas de la Sociedad de Comercio, que estaba al lado, surgió un grupo de unas cuarenta personas que formaban un estrépito infernal, haciendo sonar tarros, pitos y cuelgas de cohetes que encendían y lanzaban sobre la gente. El chivateo era indescriptible, pero por encima de él se escuchó la voz del cura Merino Benítez, que gritaba:

—¡No son los socialistas los que me atacan, sino los radicales! ¡Radicales de pito y cartón ... !

Efectivamente, los que formaban la atroz batahola era gente del Partido Radical, que por aquella época estaba imbuido de un fuerte sentimiento anticlerical.

Era imposible seguir adelante el acto. Cada vez que el cura comenzaba a hablar, los improvisados pitos y tambores de los jóvenes radicales se dejaron oír, interrumpiendo sus palabras. Nada mejor quería el jefe de la policía, que inmediatamente hizo tocar a su corneta la orden de ataque. El apaleo se inició, indiscriminadamente, y los que más machucones recibían eran los socialistas. Los palos iban y venían y se escuchaban los gritos de los que resultaban con un brazo roto o el cráneo partido.

A Pedro Reyes le rompieron la cabeza y después de curarlo en una farmacia, lo llevaron al local del Partido. Recabarren logró imponerse con su clásica presencia de ánimo. Cuando un "paco" levantaba sobre él su palo, Recabarren sin moverse, lo miró y le dijo con energía:

—¡Soy Recabarren!

No sé qué dominio ejercía sobre los demás, el caso es que el policía, por más ganas que tenía de dejarle caer encima su arma, bajó el palo y se retiró.

Huyendo de una carga de "pacos" a "caballo, corrí

95

hacia Baquedano, pero luego volví a reunirme con los compañeros. Ya la plaza estaba siendo despejada, y el juez, Ismael Poblete, acompañado de otras autoridades se imponía de los orígenes del desorden. Recabarren entretanto, sin perder un segundo su calma, se había dirigido a la imprenta. La polémica había fracasado y nunca más se intentó repetirla.

* * *

El Primero de Mayo de 1913, por primera vez los socialistas salimos a conmemorar el día del trabajo en plena calle, fuera de los locales sindicales o partidarios. Habíamos convocado al pueblo para un mitin en la plaza Prat y logramos, en realidad, reunir a una buena cantidad de gente. Desde el quiosco de la plaza, varios oradores explicaron el significado del Primero de Mayo, como preliminares del discurso de fondo, que iba a estar a cargo de Recabarren.

Desde una esquina de la plaza, un provocador gritaba, de vez en cuando, interrumpiendo a los oradores. No nos habría costado mucho acallararlo por la fuerza, pero nos habíamos propuesto no emplear nunca la violencia mientras no fuéramos agredidos de hecho. Así, cada vez que el provocador gritaba, los compañeros se limitaban a hacerlo callar con una rechifla.

Pero cuando subió Recabarren a la tribuna arreciaron las voces del tipo. Era nada menos que Julio Santander, director de un diario que aunque se llamaba "El Nacional", bien poco tenía de nacional, órgano, como era, del Partido Monttvarista. Su propietario era Luis Vergara. Vociferaba ese individuo contra Recabarren, llenándolo de insultos como mentiroso, calumniador y antipatriota, calificativo que en aquella época se usaba mucho para señalar a todo el que no fuera un chovinista recalcitrante.

Recabarren no se dignó contestarle y no le habría hecho caso tampoco si sus voces no hubieran

amenazado con interrumpir el acto. Entonces, con toda cal-

96

ma lo invitó a subir al quiosco y le ofreció tribuna, dispuesto a pulverizarlo después con un discurso. Pero Santander, a gritos, alegó que él no polemizaba en calle, pero que estaba dispuesto a hacerlo en un teatro. Su desafío fue aceptado y cuando el provocador, a quién la policía ayudaba ostensiblemente, se hubo retirado, el mitin continuó adelante, entre aplausos, vivas al Partido Obrero Socialista y los infaltables cordones policiales. Una vez que terminó, desfilaron hacia el local del diario y desde la azotea, los oradores siguieron arengando a los obreros.

Me encargaron que organizara la polémica con Santander, pero en la primera entrevista que sostuve con este señor, se expresó en forma tan tremenda de Recabarren, que me vi obligado a preguntarle:

—Y si usted cree que es un bandido y un demonio, ¿para qué entonces va a polemizar con él?

Se convino en que la polémica se llevaría a cabo en el teatro Variedades, en la calle Barros Arana, casi esquina de Thompson, que nos fue cedido por su propietario, Enrique Viterbo. Más que teatro, aquello era sólo un bodegón con platea, algunas divisiones que pretendían ser palcos y la sucia galería. La polémica se realizaría un domingo a las tres de la tarde y versaría sobre el tema patria y patriotismo. El primer orador, designado por la suerte, dispondría de una hora para exponer su materia. Después hablaría el otro, rebatiéndolo, durante el mismo período de tiempo. Finalmente habría sendas réplicas de quince minutos cada una. El total de las entradas fue dividido en dos lotes, uno que repartirían los socialistas y otro que habría de distribuir Santander, cuyo diario, según era público y notorio en Iquique, vivía de la extorsión a los comerciantes chinos y a otras personas.

El día de la polémica, mucho antes de las tres, me instalé, en la puerta del teatro para impedir la entrada de curiosos que no tuvieran tarjeta. Numerosos obreros para quienes no habían alcanzado las entradas distribuidas por nosotros, habían ido a pedir las a "El Na-

97

cional", donde se las dieron con mucho placer creyendo que se trataba de enemigos de Recabarren. Así, pues, al empezar la polémica, un sesenta y cinco por ciento de los asistentes era partidario de Recabarren, a quien le correspondió hablar primero. Usó su tiempo justo y mostró de un modo vivo y gráfico que los obreros, al producir con su trabajo la riqueza, eran mucho más patriotas que los que usaban esta palabra con fines politiqueros o chovinistas. Habló de los que entregaban la patria, jirón a jirón, industria a industria, a los imperialistas británicos. Esos son los verdaderos antipatriotas, dijo, llámense gobernantes, gestores, abogados, periodistas. Quienes se oponen al poderío y la suficiencia de las grandes compañías extranjeras, explotadoras de las riquezas nacionales, son los verdaderos patriotas.

Luego, sin abandonar su calma, comenzó a señalar a Santander, que escuchaba cabizbajo, amurrado, muchas formas de hacer verdadero patriotismo, sin necesidad de llenarse la boca con altisonantes frases. Cuando nosotros luchamos contra la lacra del alcoholismo, que la oligarquía viñatera fomenta todo lo que puede, hacemos patriotismo; cuando queremos alejar a los trabajadores de los vicios, del juego, de los naipes, de los

hipódromos, hacemos verdadero patriotismo; cuando combatimos el vicio más sucio creado por la sociedad, la prostitución, hacemos patriotismo; cuando luchamos contra las guerras, que la ambición suele desatar de tiempo en tiempo, mandando a las muchedumbres a la muerte, hacemos patriotismo. Este es el verdadero amor patrio y no el que consiste en hablar de dudosas glorias militares y fomentar el odio con los pueblos vecinos. El verdadero patriotismo, nada tiene que ver con lo que hacen los patrioteros que, fuera de palabras, nada aportan, ningún sentimiento, ninguna acción, en favor de lo que nosotros consideramos la patria.

Una salva de aplausos remató su intervención que había sido, como todas las suyas, tranquila, sin pala-

98

bras altisonantes y perfectamente comprensible para los obreros, poco politizados, que llenaban el teatro, después habló Santander, entre los vivas de sus partidarios y las pifias de los socialistas. Pero su discurso fue pobre y sin ideas, sin argumentos. Se limitó a citar a O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez, las batallas de Chacabuco, Maipú y Rancagua e hizo, en fin, un recuento de las glorias militares chilenas.

-¡No queremos que nos vengai a hacer clases!, le gritaban sarcásticamente algunos asistentes, mientras Recabarren llamaba a la calma para que el periodista pudiera continuar su peroración. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, Santander, que no encontró en su memoria más fechas ni descripciones de batallas, se sentó entre pifias y unos cuantos aplausos de sus pocos partidarios, que habían disminuido en el curso del acto.

Tranquilamente se levantó entonces Recabarren para usar su cuarto de hora de réplica, y destruyó, uno a uno, los argumentos de su contrincante. Mucho antes de que terminara, Santander había tomado las de Villadiego, siguiéndolo algunos de sus partidarios. Al concluir Recabarren, se produjo una verdadera apoteosis y los obreros lo sacaron en andas. Era la señal que esperaba la policía para comenzar su consabido apaleo, pero se formó en torno del líder una muralla humana que lo protegió de los golpes. La gente, de inmediato, improvisó un desfile hacia el local del Partido, donde los discursos siguieron desde la azotea. Recabarren tuvo que hablar otra vez.

Su intervención en aquella polémica fue reconstruída por Recabarren y publicada posteriormente en un folleto que se llamó "Patria y Patriotismo".

En 1914, Victor Domingo Silva, que se hallaba en Iquique donde había ofrecido recitales poéticos, representaciones teatrales de sus obras y conferencias, incluso en el local de "El Despertar", realizó una larga jira

99

por la pampa. Durante ochenta días viajó de oficina en oficina, vio todo lo que había que ver, pero que muchos se negaban a mirar, y escribió después un completo y bien documentado reportaje sobre las lacras de la explotación del salitre.

Este reportaje comenzó a publicarse en una serie de artículos en el diario radical "El Tarapacá", de propiedad de don Enrique Mac Iver y dirigido por un periodista de apellido Zavala. Los primeros artículos fueron sensacionales y la gente se arrebataba el diario para ver cómo un intelectual valiente destapaba esa inmensa olla de podredumbre. Todo estaba allí: explotación obrera, robos y negociados con las fichas y las pulperías, capitales que se iban subrepticamente fuera del país, autoridades chilenas vendidas a las compañías salitreras...

El tiraje de "El Tarapacá" subió considerablemente, pero los grandes avisadores se empezaron a retirar y el diario tuvo que suspender la publicación después del cuarto o quinto artículo,

Nosotros pensamos en seguir adelante la publicación en "El Despertar", pero sacamos cuentas y vimos que no había con qué pagar al autor. Silva obtuvo medios por otros lados y el 11 de noviembre de ese año comenzó a publicar el periódico "La Provincia", donde continuó sus denuncias. Era un diario de ocho páginas, muy combativo, muy bien presentado, que después sirvió de base para la campaña electoral de senador de don Arturo Alessandri Palma. Esta campaña, de la cual hablaré más adelante, se realizó en 1915, cuando la guerra europea, desatada el año anterior, había dado origen a la paralización de las oficinas salitreras.

IX

Lo que llevo relatado sobre el entusiasmo no sólo de los radicales, sino aún de los socialistas frente a la prédica anticlerical de Belén de Zárrega, puede hacer sonreír a los militantes actuales de los partidos socialistas

100

y del Partido Comunista. Ahora indudablemente no perdemos tiempo en cuestiones como el clericalismo, pues sabemos que son vicios y defectos sociales que desaparecerán sólo cuando los fundamentos de la sociedad cambien. Pero nuestra ideología, en aquella época, era muy incipiente. Creo que ninguno de nosotros —salvo Recabarren— había leído a Marx o a Engels. Los libros de estos pensadores eran escasísimos. Indudablemente el hombre más capacitado de todos los que formábamos en el movimiento era Recabarren, pero entre Recabarren y nosotros había una enorme distancia en cuanto a preparación, madurez política y formación ideológica.

Además eran tiempos en que recién se organizaba el primer partido obrero. El Partido Demócrata, más que a los núcleos obreros, había dado cabida a artesanos, pequeños comerciantes y pequeño burgueses. En nuestro P.O.S. se habían vaciado gentes que

anhelaban contar con una organización, porque intuían que eso era una condición necesaria para salir adelante. Venían desde todos los campos. Había demócratas, anarquistas, sin partido, obreros, pequeños comerciantes, intelectuales, profesionales. Predominaba sin embargo la masa obrera, la gente de la pampa, los trabajadores de Iquique, los panaderos. Muchas tendencias o costumbres propias de los anarquistas, afloraban en nuestras filas, como por ejemplo la resistencia a las leyes (a algunas), el amor libre, el anticlericalismo.

No éramos propiamente marxistas. El marxismo llegó al P.O.S. andando el tiempo, a través de los estudios, de los libros que vinieron de Europa, de las relaciones internacionales, de los viajes de los compañeros y de la cooperación de la Internacional Comunista. Pero teníamos en nuestro interior, me refiero a los militantes socialistas, la materia prima para forjar luchadores: la capacidad de lucha, la resistencia a la injusticia, el espíritu de organización, el sentimiento de la unidad, el orgullo proletario y, sobre todo, el sentido de clase.

101

Los materiales eran escasos. Aparte de algunos libros que llegaban de Buenos Aires y Montevideo, de los periódicos que venían de Europa y de las obras de Luis Emilio Recabarren, era muy poco lo que podía servirnos. Circulaba, por ejemplo, un "Catecismo Socialista", publicado en Santiago, en 1900, por don Alejandro Bustamante, en el que se citaban frases elogiando el socialismo de Bilbao, la Pardo Bazán, Castelar, Bastial y Bébel. Este "Catecismo" estaba lleno de contradicciones, decía cosas justas y absurdos científicos, alababa el socialismo y repudiaba la democracia, a la que llamaba "meretriz"; atacaba tanto la guerra como la lucha de clases ... En una de sus páginas, decía don Alejandro Bustamante: "Pretender en nuestros tiempos la lucha de clases, sería negar el origen *noble* de nuestros fundadores, tales como Voltaire, Saint Simón, conde y coronel de ejército, Carlos Marx, abogado y descendiente de una de las más nobles familias alemanas, Volney, conde, el general Cluseret, el mariscal Foix, el general conde de Lafayette, el príncipe León Tolstoí, el cardenal Lammenais, etc." Recabarren, afortunadamente, rechazaba folletos como éste, que más que iluminar, confundían la mente de cualquiera con sus contradicciones y sus ensaladas ideológicas.

Por esos días se imprimía en los talleres de "El Despertar" un semanario anticlerical de cuatro páginas llamado "El Bonete" que aparecía publicado por una "Junta de Sanidad Social" y dirigido por un hipotético "I. Padre Aiglón". Valía diez centavos, decía tener "Corresponsales en todas las iglesias y conventos de ambos sexos del país y extrajeros" y "Telegrafía inalámbrica directa con la región celeste y con los profundos infiernos". Debajo del título se leía:

*Órgano anticlerical
satírico y de alegría
destinado a olfatear
conventos y sacristías.*

102

Pero el lema que mejor caracterizaba a ese periódico era el siguiente:

*Palo a burro blanco,
palo a burro negro*

*palo a todo burro
que no ande derecho.*

El semanario satirizaba cruelmente a autoridades, curas y enemigos de los trabajadores y, como rezaba el lema, a todo el que se desviara. Así fue como un día apareció una audaz caricatura en que se mostraba la cara del juez Ismael Poblete junto a la de su amante, una conocida prostituta iquiqueña.

Inmediatamente el juez hizo instaurar un proceso y en el Partido se estudió quién afrontaría a la justicia como director. En realidad "El Bonete" era redactado casi íntegramente por Aguirre Bretón. Recabarren escribía uno que otro artículo. Pero tácticamente no convenía que ninguno de ambos apareciera al frente de la publicación. Se acordó que fuera yo el director responsable. Citado Recabarren ante el juez, se limitó a decir que la imprenta de "El Despertar" imprimía "El Bonete", pero no respondía por su contenido. La ley de imprenta era diferente de la de hoy.

Me citaron a declarar y luego me detuvieron por un breve tiempo. En realidad, mi primera prisión, precursora de muchísimas otras que describiré en estas páginas, duró sólo veinticuatro horas. Declarado reo por el juez Poblete salí en libertad bajo fianza de trescientos pesos. Fui condenado en primera y segunda instancias. Apelé a la Corte Suprema, que en 1921, al cabo de ocho años, me sobreseyó.

* * *

El P.O.S. se empezaba a extender. Se habían fundado secciones en distintos puntos del país y "El Despertar de los Trabajadores" no sólo se leía en Iquique

103

y en la pampa sino en todos los lugares donde había socialistas. Esto determinaba una gran cantidad de correspondencia, que Luis Emilio Recabarren atendía personalmente.

Una vez tuvo que viajar a Antofagasta, donde se empezaba a constituir un importante núcleo y permaneció allí más tiempo de lo previsto. El diario quedó a cargo de Enrique Salas, pero los que quedaron trabajando descuidaron sus labores y las cosas empezaron a cojear. No se pagaban los salarios ni las cuentas, el despacho de "El Despertar" se atrasaba y los trabajos de la imprenta corrían igual suerte, por lo que varios clientes se nos alejaron.

Cuando Recabarren supo esto, regresó alarmado a Iquique. Yo lo fui a esperar a bordo y en el bote que nos llevaba a tierra empezó a preguntarme lo que ocurría. Inmediatamente se realizó una reunión en la que se analizó fríamente la cuestión. Recabarren intervino y sin abandonar la afabilidad con que siempre se dirigía a los compañeros, planteó enérgicamente la necesidad de hacer un serio esfuerzo para enderezar las cosas. Así se hizo y todo volvió entonces a sus cauces habituales. Todos éramos culpables. Recabarren no era un cancerbero que vigilara inquisitorialmente a los que trabajaban con él. Quizás, sí, lo que nos había faltado era su aliento creador, el estímulo que permanentemente infundía en nosotros.

"El Despertar" tuvo otros administradores: un anarquista de nombre José Arenas, José Zuzulich y otros. Yo me hice cargo de la administración en 1914, respaldado por Recabarren, que muchas veces me defendía de críticas no del todo justas. Tomé muy en serio mis labores: todo andaba al día, el despacho se hacía sin atrasos, el local siempre

se hallaba limpio y "El Despertar" era ya un verdadero diario, pues aparecía todos los días.

Yo me pasaba el día entero metido en la imprenta, procurando que todos los resortes de aquella máquina estuvieran bien aceitados. Un día, Ruperto Gil se es-

104

taba comiendo un plátano y dejó la cascara tirada en el vestíbulo de la casa. De inmediato me fui a buscarlo a la oficina en que estaba trabajando y lo hice volver y recoger la corteza, lo que cumplió entre amostazado y risueño. Pero era preciso hacer sentir la autoridad y despertar en los compañeros el sentido del orden y del aseo.

Alternaba mis labores de administrador del diario con mis tareas de miembro del conjunto teatral, que actuaba todos los sábados en el local, bajo la dirección del compañero Jenaro Latorre. Naturalmente este conjunto tenía un sentido político, de enseñanza, de utilización del arte en la tarea de madurar a los trabajadores y no ponía en escena obras como aquellas en que yo había trabajado en las oficinas salitreras, en las que abundaban los marqueses, las condesas, los nobles y el adulterio. Representaba, en cambio, obras que si bien no eran de gran valor teatral, respondían a las necesidades y al gusto de los socialistas. Entre éstas estaban "De la taberna al cadalso", drama en verso en tres actos, de Juan Rafael Allende; "Redimida", en un acto, de Luis Emilio Recabarren; "Flores rojas", de Aguirre Bretón; "Justicia", una pieza española de tendencias anarquistas, cuyo autor no recuerdo; "La Mendiga" y otras. En "La Mendiga" hacía el papel protagonista Aída Osorio, hoy compañera de Juan Vargas Puebla.

La segunda parte del acto de cada sábado la constituían cantos, recitaciones y el discurso político de Recabarren, que la gente esperaba con mucho interés.

Toda esta labor se desarrollaba en medio de la comprensión de los trabajadores, pero bajo el fuego graneado de la prensa burguesa, las autoridades y los elementos políticos enemigos. "Disolventes", "subversivos", "vendidos al oro peruano" eran los calificativos más suaves que se nos aplicaban. Esto de "vendidos al oro | peruano" era uno de los insultos más gratuitos y divulgados. Se le colgó la etiqueta a los estudiantes *el año* 20 y hasta al propio Alessandri. Fue una frase precursora del "oro de Moscú" que se usó años más

105

tarde y que ahora ha desaparecido, pues ya ni en los cerebros más estrechos puede caber la idea de que los comunistas reciban "oro de Moscú".

Tan poco "oro peruano" recibíamos que los medios económicos de que el P.O.S. disponía para su vasta obra eran precarios, escasísimos. El diario prácticamente no tenía avisos comerciales y para sostenerlo teníamos que apelar a todos los recursos, colectas, donaciones, trabajos de imprenta, venta de folletos y también grupos de libros españoles, que dos librerías de Iquique entregaban a Recabarren con descuento.

Pocos días antes de que estallara la primera guerra mundial y durante un viaje a Antofagasta de Recabarren, Luis Víctor Cruz había quedado a cargo del diario. Una mañana, hallándome en la oficina de administración, sentí entrar a Cruz y llegar hasta su

oficina. Luego oí caer pesadamente un cuerpo al suelo. Corrí a ver lo que pasaba y encontré a Cruz por tierra, víctima de un síncope. Había sido la impresión que le produjo leer en la prensa la noticia del asesinato del gran líder socialista francés Jean Jaurés, muerto a balazos por un fanático chovinista, por su oposición a que Francia entrara en la guerra.

Al estallar la guerra, nuestra posición fue clara: denunciábamos el carácter imperialista y el sentido injusto de la conflagración, a diferencia de muchos socialistas europeos. "Guerra a la guerra" fue la éonsigna que lanzaba a diario "El Despertar" y que desarrollaban nuestros oradores en los mítines. Incluso dijimos que esta guerra iba a perjudicar los intereses chilenos y esto se confirmó pronto, cuando las exportaciones de salitre disminuyeron de inmediato y comenzó la paralización de las oficinas y el éxodo de los trabajadores. Instalados los barcos de guerra alemanes en los alrededores de las islas Malvinas, sus cañones detenían toda nave cargada con salitre que entraba al Atlántico por el Cabo de Hornos o el Estrecho de Magallanes. Recuérdese que el Canal de Panamá no funcionaba en ese tiempo.

106

El puerto perdió, pues, su movimiento y centenares de veleros y barcos de vapor quedaron inmóviles en la bahía. Durante los meses de noviembre y diciembre del 14 estuvieron bajando trabajadores de la pampa y sus familias. Este éxodo recordaba un poco la llegada siete años antes, de los pampinos en huelga. Pero entonces eran hombres orgullosos que bajaban a luchar por su pan. En cambio ahora eran gentes que llevaban sobre sí el peso de la cesantía, de la incertidumbre y del hambre.

Los que tenían relaciones con el Partido iban a pedir alojamiento en el local del diario, donde ubicamos a todas las familias que podían caber. Los otros eran atendidos por la Asociación Salitrera, institución formada por las compañías, y enviados a Santiago con la mayor rapidez posible. Las autoridades no querían cesantes en Iquique, pues ya tenían bastante con los marítimos que habían quedado sin trabajo a causa de la paralización de los embarques de salitre. El hambre y la angustia eran los fantasmas que la guerra europea agitaba entre los trabajadores de la pampa, a medida que las oficinas empezaban a cerrarse. Algunos regresaron a los campos del sur, donde habían sido enganchados. Otros pasaron a engrosar los primeros miserables albergues que las autoridades habían creado en la capital.

* * *

Recabarren, que había conocido en Europa algunos tipos de cooperativas, tenía predilección por éstas. La imprenta misma de "El Despertar" era, desde luego, una cooperativa que se había formado a base de acciones de valor de veinte pesos cada una, que los obreros pagaban con un peso semanal. Bajo el orgulloso título "El Despertar de los Trabajadores" podía leerse: "Diario de la Cooperativa de Tipógrafos". Más tarde, en una reunión de accionistas en que primó la opinión de

107

los trabajadores de la pampa, se acordó donar la imprenta al P.O.S. y así se hizo legalmente.

Después, Recabarren organizó una cooperativa de pan con el propósito de ayudar a la población, que pagaba a precio de oro este alimento. Las acciones valían cien pesos y se pagaban en cuotas de cinco pesos. Cuando se hubo constituido un capital de catorce mil pesos se empezó a trabajar, echándose a andar una panadería. Dirigía la tesorería de la cooperativa Ruperto Gil y en los primeros tiempos la iniciativa alcanzó un éxito inmenso. Se arrendó la Panadería Inglesa de la calle Serrano, que se hallaba cerrada, y se empezó a fabricar pan de mejor calidad y más barato que el que se vendía en el comercio. La demanda era tan grande, que fue preciso instalar una nueva panadería. Ambas resistieron largos meses, con el beneplácito de las dueñas de casa y los obreros iquiqueños.

Se había empezado amasando quince quintales diarios y en dos o tres meses se llegó a amasar cien quintales. Esto hizo que los industriales panaderos, que veían frente a sí una seria competencia, empezaran a hacer la guerra a la cooperativa; hacían pan más grande y, a pérdida, lo vendían más barato; luego acapararon, con sus fuertes capitales, toda la harina que existía y consiguieron que nadie diera créditos a las panaderías obreras para poder defenderse.

Por otro lado, los panaderos nuestros que tenían acciones, pasado el entusiasmo de las primeras semanas, empezaron a fallar, a descuidarse en el trabajo. La harina se echaba a perder, el viejo motor de la panadería se paraba y ellos, en vez de arreglarlo, cegados por la rabia, le daban patadas, destruyéndolo más. Por otra parte, las contradicciones internas que existían en la Cámara del Trabajo terminaron por dar al traste con esta iniciativa que duró sólo seis meses. Pero seis meses durante los cuales Iquique tuvo pan bueno, abundante y barato.

Pero he mencionado la Cámara del Trabajo y es necesario, que explique qué era este organismo. Había

108

sido fundado por consejos de un diputado socialista, italiano que pasó por Iquique, Seiro Valenti. Casado con una chilena, Valenti había venido al país a arreglar algunos asuntos relacionados con bienes de su esposa. Se ligó pronto a los dirigentes del P.O.S. y a menudo ha-blaba de la Cámara del Laboro que existía en Italia, explicando su funcionamiento y utilidad.

En Iquique, a ejemplo de ésa, se creó la Cámara del Trabajo, a base de las uniones y gremios que ya existían como tales en la ciudad: Unión de Obreros de Imprenta, Gremio de Artes Mecánicas, etc. La Cámara arrendó una casa en el centro de la ciudad —donde había estado el Hotel Genova— se instaló una gran sala de actos y se constituyó una cooperativa de consumos, de la cual pasó a depender también la cooperativa panadera fundada por Recabarren. La Cámara del Trabajo se amplió muy pronto gracias a que ingresaron a ella los marítimos, de tendencias anarquistas, con todos sus efectivos: estibadores, lancheros, cargadores, jornaleros y calafates. También entraron los panaderos y el gremio de la costura.

En ausencia de Recabarren y sin siquiera consultarlo, lo que no era lógico, pues era el hombre que siempre daba los mejores consejos y designaba a los hombres precisos, se nombró administrador de la cooperativa de consumos a Nicolás Aguirre Bretón, que había dejado su trabajo en el diario, marchándose, siempre con su loro, del local de "El

Despertar". Esto disgustó mucho a Recabarren, quien al regresar deshizo el nombramiento. Los panaderos propusieron entonces dos nombres y entre ellos se eligió a Palma.

Pero estos hechos disgustaron a no pocos compañeros, que en vez de llevar sus reclamos a nuestro diario, atacaron la resolución de Recabarren en órganos de la prensa burguesa y pidieron que el P.O.S. tuviera representación en la Cámara del Trabajo, cosa que fue rechazada por

los anarquistas.

Todas estas batallas intestinas dieron malos resultados. Salvador Barra Woll fue expulsado del Partido

109

y Aguirre Bretón, privado de su cargo de administrador, fue a buscar empleo en el diario "La Provincia", que dirigía Víctor Domingo Silva.

Al terminar la cooperativa del pan, siguió funcionando únicamente la de consumos, que administraban los anarquistas.

X

En marzo de 1915 correspondía elegir senador, diputados y regidores. En 1914 la campaña empezó a tomar vigor y a finales del año casi toda la vida de Iquique giraba ya en torno de la elección. La pugna tenía dos ejes fundamentales: los balmacedistas, para quienes el norte había sido por largos años un indiscutido feudo electoral, y Alessandri, un joven y combativo caudillo liberal que pretendía romper este monopolio, haciéndose elegir senador.

Nosotros, los socialistas, por otra parte, aunque con escasa potencia electoral, luchábamos impetuosamente como fuerza obrera, abriéndonos paso hacia los elementos trabajadores y democráticos de la zona.

Para esas elecciones correspondía renovar, en todo el país, los gastados y viciosos registros electorales, y la nueva confección de inscripciones se haría también con nuevas normas. La ley establecía que procederían a formar los registros electorales, como junta inscriptora, los nueve mayores contribuyentes individuales. Y aquí vino la gran sorpresa para los balmacedistas, pues resultó que ellos tenían sólo tres, la tercera parte, de estos privilegiados ricachones; los otros seis eran radicales. Estos constituyeron mayoría en las juntas inscriptoras y empezaron a trabajar varias horas diarias. ¡Me imagino la cara que debe haber puesto el senador Del Río cuando se dio cuenta de que el cacicazgo se le iba de entre las manos y que otros confeccionarían los registros electorales de acuerdo con su propia conveniencia!

El P.O.S. acordó llevar nuevamente a Recabarren como candidato a diputado. A mí me dieron mis cre-

denciales de apoderado y partí a Pisagua a vigilar las inscripciones de nuestra gente en los registros electorales. Las dificultades empezaron para mí el día mismo que me presenté a ejercer mi control, pues mi poder fue desconocido, arbitrariamente, desde luego. Pero yo no cedí, y aunque me hicieron salir varias veces del lugar donde se realizaban las inscripciones, otras tantas volví. Poco a poco me fui ganando la confianza del comisario de la junta inscriptora y éste me defendía de los que se empeñaban en expulsarme del recinto.

Entretanto, en Iquique la propaganda electoral comenzaba a rodearse de un marcado tono de violencia. En el mes de noviembre los radicales —que apoyaban a don Arturo Alessandri Palma— realizaron una manifestación en el Chalet Suizo, un elegante restaurant y sitio de reunión cuyas terrazas se hallaban sobre el mar, ahí un hombre resultó muerto a tiros: se trataba de un ex oficial de policía, Sergio Montt, que había ido a provocar a los radicales en su propio nido; quien disparó sobre él fue un obrero de la fábrica de calzado Fardella, apellidado Perry. Un mes después, durante un tiroteo cayó herido y murió posteriormente, un oficial de policía de apellido Maira.

El clima era tenso y la violencia se desataba por quítame allá unas pajas. Los balmacedistas no se resignaban a perder su feudo, y por el contrario, lo defendían con todos los recursos. Para ellos era indispensable reelegir al senador Arturo del Río y éste tenía a sus partidarios muy bien colocados en todos los puestos claves desde el punto de vista electoral, aunque hubiera perdido la juntas inscriptoras. Pero oficiales de policía, funcionarios, periodistas, eran hombres suyos. El alcalde de Iquique era su propio sobrino Carlos del Río.

En enero la anunciada llegada de Alessandri hizo crecer la tensión.

Los matones balmacedistas se prepararon y por todos lados se advirtieron claramente las maniobras para restar brillo a la llegada del entonces joven caudillo liberal. El barco en que viajaba Alessandri debía amanecer

III

en Iquique un domingo; a las nueve de la mañana el candidato desembarcaría y sería acompañado, en un gran desfile, por todos sus partidarios hasta el Chalet Suizo, donde se iba a realizar la manifestación política. Durante toda la noche anterior y hasta las siete de la mañana de ese día, los carros regadores de la municipalidad estuvieron echando agua en la calle Baquedano, ruta elegida para el paseo triunfal, que a las 9 de la mañana era un barrial completo, por donde ninguna manifestación, coche ni transeúnte habría podido pasar sin quedarse pegado en el lodo. Pero la suerte acompañó al candidato liberal, pues el barco se atrasó, no fondeó hasta mediodía y cuando Alessandri bajó a tierra, el sol había secado la calle y la manifestación y el desfile resultaron impresionantes.

* * *

Alessandri viajaba acompañado de los candidatos a diputados de su lista, Ramón Briones Luco y Luis Malaquías Concha. En el Chalet Suizo, ante una reunión de ciudadanos tan concurrida que hizo palidecer a los balmacedistas, Concha aseguró que no habían ido a Iquique a luchar, porque no hacía falta, sino simplemente a triunfar, y comparó al trinomio Alessandri-Briones-Concha con el ABC, el bloque continental que por aquellos días formaban Argentina, Brasil y Chile.

Arturo Alessandri, en un discurso muy vibrante y agresivo, arremetió impetuosamente contra la oligarquía, que quería eternizarse en los cargos directivos del país, contra el balmacedismo, contra las maffias organizadas por éste y contra los matones que pululaban en las calles de Iquique.

Cuando regresó a Iquique, en enero, Alessandri tuvo ocasión de volver a mencionar en sus discursos a estos matones, que, noche a noche provocaban graves incidentes en las manifestaciones alessandristas. Los matones formaban un verdadero batallón al servicio del senador Del Río. Eran equipos completos de boxeador-

112

res jubilados, luchadores, que actuaban bajo el mando de los tres hermanos Pavelich, el "Cara de carne-ro" y Jesús Cortés. Estas gentes por lo general no atacaban a los socialistas, sino exclusivamente a los alessandristas y a los radicales. Estaban intruídos por quienes los pagaban, para actuar así.

El clima de violencia tuvo un nuevo y sensacional estallido dos días antes de las elecciones, al anochecer de un viernes, durante una manifestación callejera de las huestes alessandristas, una de las raras manifestaciones en la calle, pues generalmente se juntaban en recintos cerrados. Los balmacedistas, por su parte, jamás hacían desfiles o concentraciones al aire libre. Nosotros en cambio, trabajábamos de preferencia en la calle, con mítines, concentraciones y desfiles. Esa vez, el comando alessandrista quiso cerrar la tremenda campaña de propaganda realizada con un desfile público, que iba a pasar por la plaza, desembocando por la calle Tarapacá. A esa hora, en la calle Serrano hervían de gente los "choclones" de Alessandri y de Del Río, cuyos ocupantes se insultaban mutuamente y de tiempo en tiempo se iban a las manos. Alessandri estaba hospedado en la casa de un radical, el boticario Godoy, situada frente a las oficinas del Telégrafo del Estado. En ellas se hallaba, en esos mismos instantes, el prefecto de policía, comandante Delgado, enviando al Ministerio del Interior un telegrama en que daba cuenta de la tensa situación reinante. Delgado, que era jefe de policía en Antofagasta, había ido a Iquique a reemplazar al prefecto titular, el "Sordo" Ramírez.

Yo me hallaba en el diario, imprimiendo un manifiesto electoral. En la azotea de "El Despertar", los oradores arengaban a los obreros, invitándolos a votar por los socialistas. Hasta el taller llegaban las palabras de un discurso que pronunciaba en ese instante el Panadero Jorquera, cuando se oyó un tiroteo proveniente de la plaza. Con otros compañeros, corrí hacia allá para saber qué ocurría; allí nos enteramos de que, bajo el impacto de las balas alessandristas, habían caí-

113

do el prefecto Delgado y algunos civiles. Vidrios rotos y chapas destrozadas mostraban las huellas de la violencia. Por mucho tiempo se aseguró que quien había disparado contra el comandante Delgado había sido el propio Alessandri, aunque nunca se comprobó este aserto.

La propaganda electoral del Partido Obrero Socialista contemplaba como mínimo, cinco concentraciones callejeras en la semana. Los candidatos eran: a senador el doctor Isidoro Urzúa, un hombre de carácter tranquilo, que sabía que frente a sus dos

poderosos contendores no tenía posibilidad alguna de ser elegido pero, como disciplinado militante socialista, había aceptado la candidatura porque comprendía que los votos de los trabajadores no debían ir a nutrir los recuentos de balmacedistas o alessandristas. Recabarren iba como candidato a diputado y tres obreros luchaban para ser elegidos regidores.

Nuestra campaña era valiente, impetuosa, audaz. Los oradores, subidos en cualquier cajón o en una ventana, arengaban en plena calle al pueblo, en medio de las pullas o las pedradas de los alessandristas, que nos atacaban allí donde podían hacerlo. Ellos estaban muy molestos porque, a pesar de toda su demagogia, Alessandri no había podido ganar para su candidatura los votos socialistas. Los balmacedistas, en cambio, que comprendían que nosotros podríamos quitarle algunos votos a Alessandri, se mantenían al margen de estos ataques callejeros y hasta sus terribles matones nos respetaban.

Las concentraciones populares solían realizarse en la Plaza Eleuterio Ramírez, frente a la Escuela Santa María, donde siete años antes había corrido la sangre obrera, derramada por las ametralladoras de Silva Renard. Ese episodio de sangre y de muerte a menudo era esgrimido por nuestros oradores para mostrar cómo obraban, desde el poder, los burgueses, llamáranse balmacedistas o liberales. Después de los mítines, la gente hacía bulliciosos desfiles por la calle Vivar, que se

114

disolvían en el local de nuestro Partido, después que los compañeros arengaban a la masa desde la azotea.

Otros camaradas recorrían la pampa, oficina por oficina convenciendo a los trabajadores de que el día de la elección debían bajar a Iquique a votar por los candidatos del pueblo.

El domingo de la elección, trenes llenos de pampinos llegaban a Iquique. Los candidatos habían contratado trenes especiales, así como también los coches de la ciudad. Las calles bullían de animación, llenas de grupos de votantes, policías, trabajadores ... Los matones balmacedistas hacían de las suyas siguiendo las instrucciones que tenían de atacar a todo presunto elector de Alessandri. Siguiendo la tradición electoral —tradición que por lo demás continúa en plena vigencia y que en los últimos años se ha agravado más con la existencia de la famosa ley de "defensa de la democracia"— el fraude, la suplantación de personas, el acarreo, los sobres brujos, el cohecho y las encerronas, alcanzaron límites nunca vistos.

Por la mañana, las secretarías de Arturo del Río ofrecían cínicamente diez pesos por el voto. El comando alessandrista, que había instalado su choclón principal en una gran bodega de frutos del país, ofreció veinte pesos. Del Río, alarmado cuando vio que muchos votos le iban a engrosar el efectivo electoral de su gran enemigo, subió a treinta pesos sus ofertas y, en un asqueroso remate en que lo subastado era la dignidad del hombre, los alessandristas" ofrecieron cuarenta y cincuenta pesos. Del Río no pudo seguirlos en esta competencia.

Provisto de un poder de Recabarren y de un cuadro electoral muy minucioso y completo que había confeccionado Ruperto Gil, para ir anotando en él los votos de cada candidato, me fui, después de las cuatro de la tarde, a la notaría donde debían realizarse los cómputos. Allí, en la notaría de don Francisco Subercaseaux del Río —sobrino,

naturalmente, del senador balmacedista—. se centralizaban las actas de todas las mesas

115

receptoras de sufragios. El notario se opuso a que yo me quedara allí, pero el cuadro que llevaba, y que había mostrado a algunos apoderados balmacedistas, despertó la curiosidad de éstos. Luego vieron su utilidad y se pusieron a copiarlo, lo que me dio margen para quedarme ahí.

Todas las actas que llegaban, desde el principio, indicaban el triunfo de Alessandri. Sus votos iban, mesa por mesa, superando a los de Del Río. Cuando llegó el acta de la mesa de Punta de Lobos, unas salinas de propiedad de Arturo del Río, donde trabajaban dos mil quinientos hombres que invariablemente votaban por su patrón, y se vio que Alessandri había obtenido allí cuatro votos, los balmacedistas bajaron la guardia y se echaron al suelo. El notario dijo:

—Si en este feudo de mi tío, Alessandri ha sacado cuatro votos, quiere decir que estamos perdidos.

Efectivamente, los cómputos electorales eran claros y contundentes y la euforia del triunfo se derramó inmediatamente por las calles: Alessandri ganaba por amplio margen y habían sido elegidos también sus acompañantes, Briones Luco y Concha, aparte de dos diputados balmacedistas.

Pero sería ingenuo atribuir ese primer triunfo de Alessandri, precursor del que iba a obtener cinco años más tarde al ganar la Presidencia de la República, solamente a que en la práctica del cohecho había pagado más por el voto que el candidato Del Río. No. Había otras causas y bastante profundas, que me limitaré a mencionar. Con Alessandri irrumpía en la política chilena un impetuoso sector de la burguesía nacional, cuyos intereses no se identificaban con los de la oligarquía tradicional. Esta gente aspiraba a procedimientos nuevos, que rompieran moldes gastados y Alessandri había sabido interpretar sus ideas; ellos veían en el caudillo liberal a quien iba a devolverles su antigua prosperidad económica, afectada por diversas causas, especialmente por la guerra europea, que había deter-

116

minado la paralización de una buena parte de la industria salitrera.

Pero tampoco puede discutirse que Alessandri ganó muchos votos populares, votos de los trabajadores. El lenguaje que había usado en esta campaña electoral fue violento, agresivo y sumamente demagógico. Engañados por largos años, los trabajadores pensaron que este político iba a hacerles justicia y seducidos por su palabra insinuante, le dieron sus sufragios, lo cual permitió al abanderado liberal barrer en las urnas con los tradicionales triunfadores balmacedistas.

Dos días después, para celebrar el triunfo, Alessandri ofreció una gran manifestación en el Chalet Suizo, a la que invitó a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y a personajes de todos los bandos, incluido el P.O.S. Los dos candidatos derrotados de nuestras filas, Luis Emilio Recabarren y el Dr. Urzúa, fueron convidados, pero no concurrieron al festejo, que alcanzó un sonado brillo, pues en él se dieron cita todos los connotados de Iquique, sin faltar el propio obispo de la diócesis, Monseñor José María Caro, hoy Cardenal Arzobispo de Santiago.

En las elecciones municipales que se realizaron el mismo año 1915, el Partido sacó un regidor por Iquique —Enrique Salas— y dos en Pisagua, donde triunfaron además tres radicales y dos balmacedistas. Alcalde fue elegido el radical Jesús Guzmán y segundo alcalde el socialista Lorenzo Crossley, un obrero mecánico, de acuerdo con un pacto que firmaron en Negreiros socialistas y radicales. Este pacto establecía que la secretaría de la Alcaldía correspondería a los socialistas y la tesorería, secretaría municipal y abogado de la corporación, a los radicales. La comisión evaluadora estaría compuesta por dos socialistas y dos radicales y se creaba un puesto de inspector de servicios municipales en la pampa, que servirían los socialistas. Las dificultades serían solucionadas por un radical y un socialista, quienes, en caso de desacuerdo, podrían nombrar un tercero para dirimir las discordias.

117

Los socialistas de Pisagua dieron mi nombre para secretario de la alcaldía y partí a hacerme cargo de este puesto en Mayo de 1915, con mi compañera Ilya Gaete. Mi matrimonio con Ilya había tenido características muy especiales. La había conocido en Iquique, en casa de mi medio hermano Carlos Laferte, hijo de un matrimonio anterior de mi padre. Carlos, antiguo tipógrafo, y ahora panadero, se había encontrado conmigo en los actos del Partido y de vez en cuando me invitaba a su casa. Un domingo coincidí allí con Ilya, que era prima de la mujer de Carlos, y había ido de visita con su hermana Josefina y un encuadernador de apellido *Homero*, que después se casó con ésta.

Las dos muchachas solían concurrir a los actos del Partido y yo las invité a que se incorporaran al conjunto dramático. Ilya, delgada, morena, muy simpática, tenía disposiciones para el teatro y pronto pasó a ocupar los primeros papeles en cada obra que representábamos. Nuestras relaciones, de simplemente amistosas se transformaron en amorosas y decidimos casarnos, pero como nosotros, en ese tiempo, abominábamos del matrimonio civil y mucho más del religioso, inclinándonos por el amor libre, buscamos otra vía para unirnos. Estábamos poniendo en escena una obra de Recabarren llamada "Redimida" que contaba la historia de una pobre mujer sola y abandonada, a la cual la revolución ganaba para una vida digna y de lucha. Ilya representaba el papel de Libertad, que en la última escena termina uniéndose al protagonista masculino que estaba a mi cargo. Esa noche, un sábado, yo le había dicho a Recabarren que la escena final de su obra no iba a ser sólo teatral, sino real, pues esa era la forma que Ilya y yo habíamos elegido para unirnos.

Así lo hicimos y, aunque yo era administrador del diario, dejé la pieza que ocupaba en el local y me fui a vivir en la casa de Ilya.

118

TERCERA PARTE

LA LUCHA POLÍTICA

119

XI

En Pisagua alquilé una casita en un cerro, al cual había que subir por largas escaleras. Teníamos allí una salita con una ventana a la calle, donde instalé mesas y bancas. Allí tenía diarios, "El Despertar" desde luego y algunas publicaciones de Santiago, como "La Opinión" que dirigía don Tancredo Pinochet, y folletos y libros, a disposición de todos los obreros que quisieran leer. También empecé una tarea de alfabetización con niños del pueblo, hijos de los obreros. No sé a cuántos enseñé a leer allí, pero lo poco que yo sabía lo puse siempre a la disposición de los demás, fueran niños o adultos. Junto a mi casa, arrendó una el regidor socialista Lorenzo Crossley, quien, designado segundo alcalde de Pisagua, había abandonado su trabajo de mecánico en la oficina "Aurora", para irse a vivir en el pequeño puerto salitrero.

Como secretario de la Alcaldía, ganaba quinientos pesos mensuales. Mi trabajo abarcaba gran parte del papeleo municipal: decretos administrativos, de pagos, providencias, nombramientos y mil cosas más. Mis relaciones con el alcalde eran muy buenas. Era éste Jesús Guzmán, un ex estibador de los barcos, de filiación radical. Su situación económica había cambiado desde sus tiempos de obrero marítimo y ahora era propietario del Hotel Cavancha, aunque este establecimiento aparecía inscrito a nombre de su hijo.

En ese trabajo, como en el de administrador del diario en Iquique, y como asimismo en mis muchos trabajos en el salitre y en las minas, yo ponía todo el empeño posible para que las cosas marcharan por un camino fácil y expedito. Habilité el Teatro Municipal, que se hallaba en estado ruinoso y cubierto de telarañas, para que pudieran celebrarse actos culturales. Tuve que limpiar la sala con mis propias manos y haciéndome ayudar por compañeros de buena voluntad.

Entre las personalidades que por aquellos días llegaron, a Pisagua recuerdo a don Tancredo Pinochet, cuyas valientes campañas de bien público en su diario

"La Opinión" habían repercutido en todo el país. Los ecos de los audaces reportajes de Pinochet *habían llegado* hasta el lejano puerto de Pisagua, como por ejemplo de aquél que había hecho en un fundo del Presidente de la República, para lo cual sé disfrazó de inquilino y estuvo varios meses trabajando en la hacienda de don Juan Luis Sanfuentes. Acompañé a don Tancredo por la ciudad y sus alrededores, sirviéndole de cicerone, y conseguí que se le facilitara el teatro para que diera sus conferencias. También estuvo en Pisagua, durante su segundo viaje al norte, Belén de Zárrega, a quien había escuchado y conocido personalmente en Iquique, cuando ella visitara las oficinas y talleres de "El Despertar de los Trabajadores". La conferencista llegó en tren y después abandonó Pisagua en el "Chancay", un vaporcito que hacía la carrera de Arica a Iquique llevando *carga y pasaje*. Le sorprendió agradablemente encontrar que la esperaban en el andén el alcalde de la ciudad, los regidores de la *mayoría, socialistas* y

radicales, y unas quinientas personas. En cambio a sus conferencias principalmente a la primera, asistió muy poca gente, con gran indignación de su representante Porta Bernabé.

A la segunda acudieron unas ciento cincuenta personas y después se le ofreció una recepción en el Hotel Cavanha, donde se hospedaba. Belén, que era una mujer extraordinariamente progresista para su época, hizo pasar esa noche un bochorno al abogado municipal, Eduardo Valenzuela Muñoz, cuando le preguntó al serle presentado:

—¿Y que hace el abogado para dar a conocer a los ciudadanos sus derechos y deberes?

Al doctor Víctor Caffarena le preguntó también qué *hacía para educar al pueblo en el aspecto sanitario*. Entre las compañías teatrales que fueron a Pisagua durante el período en que yo trabajé allí, recuerdo a la de don Julián Cobos, que estaba constituida por toda la familia de este actor. Trabajaban él, su esposa, sus dos hijos y sus dos hijas, en comedias sencillas, naciona-

122

les, como "Don Lucas Gómez" y otras. Después de la comedia o el sainete, hacían un fin de fiesta en que las niñas, Lila y Angelita, cantaban los cuplés de moda. También llegó a Pisagua una compañía infantil peruana, que dirigía un actor de apellido Retes y en que los principales actores eran niños, sus hijos: Rogel, Eugenio y Rafael, que después arraigaron en Chile y son hoy actores tan nuestros como los nacidos aquí. Mis trabajos en la alcaldía se combinaban con las tareas de alfabetización que hacía entre los niños, a mi manera, sin métodos pedagógicos, y con las tareas partidarias para ampliar y solidificar el P.O.S. en Pisagua. Pero pronto empezaron a producirse roces y discordias internos en el Partido. De los regidores socialistas, Crossley era, como he dicho, mecánico. El otro, Serapio Vega, era pescador, y su trabajo lo obligaba a veces a permanecer en el mar hasta cuatro o cinco días. Cuando regresaba, yo lo informaba escrupulosamente de todo lo que había ocurrido no sólo dentro de la Municipalidad, sino también en la vida política del puerto. Serapio, desgraciadamente, era muy dado a la bebida, cosa que muchas veces le critiqué en nuestras conversaciones privadas. Pero como estos consejos fraternales no dieron ningún resultado, abordé el asunto en reuniones partidarias. Yo no tenía tejado de vidrio para hablar de estas cuestiones, pues venía de la escuela de Recabarren, que era una escuela de sobriedad intachable." Yo no bebía, ni siquiera una cerveza de tiempo en tiempo, y era intransigente para señalar a los compañeros el verdadero camino socialista, de sobriedad y dignidad.

En una reunión que sostuvimos, el asunto se discutió y aunque en este aspecto me apoyó Lorenzo Crossley, pronto surgieron otros asuntos difíciles y en aquella reunión se perfilaron dos corrientes: una que seguía a Crossley y otra que me respaldaba. Los hechos hicieron crisis posteriormente. Surgieron intrigas en las que yo aparecía declarando que los regidores socialistas recibían coimas de los radicales, para poder vivir

en Pisagua. Cosa que jamás había dicho. Si hubiera pensado siquiera tal cosa, no me habría demorado mucho en denunciarla en el seno del Partido.

Un día el alcalde Guzmán me llamó a su despacho.

—Los regidores socialistas se han quejado de usted don Elias —me dijo—. Aseguran que usted los acusa de recibir dinero de nosotros ...

—Jamás he dicho una cosa semejante, alcalde.

—Bueno, a mí se me presenta un problema, don Elias. Ellos me han pedido que lo saque de su puesto. Yo no quisiera hacerlo, porque usted es un funcionario cumplidor ... Pero no se puede romper el pacto radical-socialista ... Este es un problema de ustedes. Arréglense ustedes y ojalá las cosas queden en nada...

Al día siguiente, la intriga había prosperado. Fueron llamados a declarar dos socialistas que trabajaban en la Municipalidad: Julio Cruz y José Zuzulich, oficial mayor, y ambos atestiguaron en mi favor. Pero Serapio Vega no cesaba en su empeño de hacerme saltar.

El alcalde me pidió la renuncia y yo le dije que de ningún modo la presentaría, porque eso equivalía a hacerme cargo de un delito que no había cometido. Le agregué que podían echarme, si así les placía. A fines de mes, volvió el alcalde a pedirme que renunciara y yo volví a negarme. Entonces Guzmán llamó al tesorero municipal y le pidió que extendiera el decreto correspondiente por el cual se me separaba de mi cargo, sin aducir ninguna razón, y se designaba para secretario de la Alcaldía a José Zuzulich. Hice un viaje a Iquique para informar a los compañeros de lo que ocurría y regresé a Pisagua a buscar a mi compañera y a mi hijo, que había nacido en ese puerto y al que había dado los nombres de Giordano Américo. Mi salida había producido malestar en todos los sectores, incluso entre los balmacedistas.

Pedí un certificado de conducta durante el desempeño de la secretaría y que se expusiera en el documento el motivo de mi separación. El alcalde lo expidió, en

124

él hablaba de mi capacidad y eficiencia, pero eludía todo lo que se refería a la salida...

Con los quinientos pesos que recibí como desahucio y con el producto de la venta de mis muebles tome pasajes para Valparaíso y en el mes de julio de 1916 embarqué con mi familia en el vapor "Magallanes". Iban también con nosotros, Josefina y su marido Víctor Romero, la madre de las hermanas Gaete y el marido de ésta, Jacinto Córdova. Yo había recibido un golpe, una puñalada de mis propios camaradas, pero no estaba amargado ni abatido, sino al contrario, lleno de ánimo, porque en Valparaíso iba a encontrar a un hombre que era para mí más que un maestro, alguien a quien consideraba como un padre: Recabarren.

Esos meses que había permanecido alejado de Recabarren, yo en Pisagua, él en Valparaíso, en Punta Arenas, en Argentina, infatigable, trabajando, organizando, creando periódicos y núcleos socialistas, me habían parecido muy largos y a menudo echaba de menos sus consejos, el aliento que sabía infundir con unas pocas palabras. Había vivido tan ligado a él, durante años, trabajando a su lado, comiendo en su mesa, que llegue a tener con él una confianza que muy pocos camaradas lograron. Confianza que no siempre supe conllevar, pues mis ímpetus juveniles me arrastraron a adoptar actitudes que ya iba a tener tiempo después de reprocharme a mí mismo. Recuerdo por

ejemplo, que una vez, de sobremesa, me estaba hablando de una teoría que parece tener muchos adeptos en Oriente: la de reencarnación de las almas. Acababa de leer un libro sobre esa materia y me explicó la teoría de la reencarnación. Supongo que yo estaba enojado con él, el caso es que le dije:

Si fuera cierto eso de la reencarnación, me gustaría reencarnarme en un burro y que usted se reencarnara en un perro, para tramarme a patadas con usted.

Pasó por alto mi estúpida insolencia y sonriendo, me dijo:

125

—Elias, por lo visto usted no quiere salir nunca de la familia ...

Había aprendido a conocerlo, a estimarlo, a admirarlo. Sólo pensar que lo tenía de respaldo, me daba ánimos para trabajar y para luchar. A través de recuerdos que me contaba a la hora de comer, cuando vivíamos juntos, relacionando frases sueltas y escuchando relatos de compañeros más viejos, yo había llegado a reconstituir, aunque de un modo fragmentario, una parte de su vida de luchador por la liberación de la clase obrera.

Así, por ejemplo, sabía que en 1891, siendo un muchacho de quince años, se había enrolado en el ejército balmacedista con el ánimo de desertar en la primera oportunidad para pasarse a las tropas opositoras. Lo habían sorprendido con un periódico clandestino, "El Opositor", que él mismo redactaba e imprimía. Se le había sometido a un juicio sumario y sólo gracias a las gestiones de su familia y a que era menor de edad, se libró de ser fusilado.

Más tarde se había afiliado al Partido Demócrata de don Malaquías Concha y fundado los periódicos "La Vanguardia" y "La Reforma", en Santiago. Fundar periódicos era para él una especie de obsesión. Atribuía a la prensa obrera un papel de primer orden en la lucha revolucionaria, coincidiendo con un luchador de su misma época, pero para Recabarren entonces totalmente desconocido: Lenin. En cada pueblo donde llegaba, Recabarren dejaba sembrada la semilla del periódico proletario, aunque hay que reconocer que no siempre los encargados de hacerla germinar, lo conseguían. Así, había fundado "El Proletario" y "Trabajo", en Tocopilla, dotándolos de sus respectivas imprentas, conseguidas con donaciones, ayudas y con el sistema de cooperativas. Estos periódicos llegaban a la pampa e iban penetrando, de un modo difícil y lento, pero seguro, en la conciencia de los trabajadores. No era fácil romper una dura corteza formada por la ignorancia y la larga explotación.

126

En 1906, después de su fugaz aparición en la Cámara de Diputados, cuyo asiento le fue robado del modo más cínico por el radical Daniel Espejo, a quien dos veces consecutivas venció en las urnas, maniobra que motivó la protesta de toda la prensa nacional, incluso "El Mercurio", Recabarren había sido sometido a un proceso. Las compañías salitreras, cuyos abusos denunciara, y las autoridades, cuya pasividad señalara con palabras de fuego, no podían permitir, claro está, que un hombre

desconocido, un diputado frustrado, les cantara tantas claridades en sus diarios. Salió clandestinamente del país y fue condenado en rebeldía.

Al regresar a Chile, en 1909, creyendo que eso estaba ya olvidado, reinició sus actividades de agitador. Pero al terminar una conferencia en la Sociedad de Artesanos de Santiago, fue apresado y enviado a la cárcel de Los Andes, donde se le tuvo recluido durante un año y medio. La cárcel no iba a amilanar a un hombre de su temple y aprovechó el tiempo escribiendo artículos y folletos. Fue allí, precisamente, donde redactó "Ricos y pobres", "Mi juramento" y "La huelga de Iquique", aquellos tres folletos que yo había comprado una noche, en 1911, cuando fui a pie, desde la oficina "Ramírez" donde trabajaba, hasta la "Valparaíso", para escucharle una conferencia. Después había llegado a Iquique, donde fundara primero "El Grito Popular", luego "El Despertar de los trabajadores" y también el Partido Obrero Socialista. Yo lo había visto allí vivir, trabajar, estudiar, leer, escribir, hablar a la masa, parar tipos en la imprenta, como uno más de nosotros. Lo conocía como pocos y el pensamiento de encontrarlo de nuevo en Valparaíso, para reanudar junto a él la lucha interrumpida en Pisagua me llenaba de esperanza.

Pero Recabarren no se hallaba en Valparaíso. Había partido para Punta Arenas, donde, casi simultáneamente con Iquique, se había constituido una seccional del P.O.S.

127

Existía allí un fuerte núcleo proletario formado por obreros del puerto, de los frigoríficos y de las estancias y Recabarren creyó necesario trabajar un tiempo con ellos, hasta que el Partido tomara cuerpo y entrara en la tierra derecha de su desarrollo. Después había seguido a la Argentina, donde se ligó estrechamente a los socialistas, acompañándolos en su lucha contra los anarquistas, bajo cuya bandera navegaban grandes núcleos obreros. Allí había sido uno de los fundadores del Partido Socialista Internacional (que en 1920 pasó a ser el Partido Comunista) y su primer secretario general. Más tarde, en Montevideo, había fundado asimismo, el Partido Socialista Internacional uruguayo, que como su hermano argentino, pasó a transformarse en Partido Comunista y sección de la Tercera Internacional.

* * *

En Valparaíso nos instalamos precariamente en unas piezas, en calle Independencia y, naturalmente, la primera visita que hice fue al Partido, en la calle San José (hoy Juana Ross) cerca de la Plaza Brasil.

Igual que en Iquique, en el local del Partido se hacían fiestas y actos políticos y se redactaba e imprimía el periódico "El Comunista", dirigido por Roberto Arias, un antiguo obrero tabacalero. Este despuntar de la prensa obrera, era obra de Recabarren. Ya "El Despertar" de Iquique no estaba solo. Se publicaban periódicos en Valparaíso, en Punta Arenas y uno en Calama, "El Comunista" se llamaba también, que dirigía Luis Víctor Cruz, y en Taltal uno que dirigía Roa Medina.

En Valparaíso estaba asimismo la sede central del Partido. Allí funcionaba el Comité Ejecutivo socialista, por acuerdo de un congreso que acababa de celebrarse en Santiago, dirigido por un hombre de quien se supo después que no era sino un provocador pagado por la policía: el "Pelado" Ríos. Secretario general del

POS era González, obrero ferroviario, de Barón y formaban parte del Comité Ejecutivo Ramón Sepúlveda Leal y Manuel Leiva, ambos zapateros de Viña del Mar; Ramón Laza, empleado bancario de Valparaíso y el gáster Carlos Flores. Empecé a trabajar en el periódico, con un salario muy bajo. El padrastro de mi compañera, Córdova, halló trabajo en una carpintería, y Romero en la Imprenta Universo. En Valparaíso me tocó ver grandes mítines de los trabajadores, que se reunían en la Plaza Victoria y llenaban las calles principales con sus gritos y protestas. Recuerdo una concentración que me impresionó por su número y combatividad. Había sido organizada por el Sindicato de Carpinteros, a raíz de un reciente escándalo: un muchacho que formaba parte del gremio había sido detenido por la policía de investigaciones y violado en la Sección de Detenidos. El mitin fue largo y violento y sólo se deshizo después de las doce de la noche, junto al edificio de "El Mercurio", desde cuyos balcones hablaron los oradores y los fotógrafos tomaron sus vistas al magnesio. Recuerdo que los discursos más sobresalientes fueron los de los redactores de crónica obrera de los grandes diarios de Valparaíso: Pizarro, de "La Unión" y Primitivo Ajaga Maruri, de "El Mercurio". Con gran asombro mío, ya que mis experiencias periodísticas habían transcurrido entre la pobreza técnica de la imprenta de "El Despertar", las fotografías tomadas a medianoche aparecieron publicadas al día siguiente en "El Mercurio", cuyos primeros ejemplares circulaban antes de las seis de la mañana.

Yo tenía grandes deseos de conocer Santiago, pero era imposible, por la pobreza, hacerlo. Juntando lo que los tres hombres ganábamos, la familia apenas alcanzaba a comer y pagar las piezas que ocupaba. ¿Cómo distraer entonces un centavo siquiera para darse ese gusto? La oportunidad se me presentó cuando las sociedades de socorros mutuos contrataron un tren especial para que sus asociados fueran a ver la exposi-

ción industrial que por aquellos días se realizaba en la Quinta Normal. El viaje fue breve. Santiago se me presentó como una asombrosa ciudad, más grande, complicada y agitada de todo lo que hasta entonces había visto, y la exposición me permitió conocer muchas novedades. Pero no había mucho tiempo por delante y después de una breve visita al local del Partido, en la calle San Diego, tuve que tomar el tren y regresar aquel mismo día a Valparaíso.

XII

En abril de 1918, decidimos regresar a Iquique. El sur no se nos presentaba muy propicio. Recabarren lejos, en Valparaíso poco trabajo y mal pagado, el grupo familiar pasaba demasiadas estrecheces. Cuando llegamos a Iquique, me esperaban algunas cartas de mi madre, que me decidieron a subir a "Santa Lucía" para visitarla. Lo que le ocurría era que estaba llena de temores por mí. El clima antiobrero que había desatado en Iquique, la acción de las famosas "ligas patrióticas" y la certeza de que yo nunca progresaría desde el punto de vista económico, la indujeron a pedirme que no trabajara en la imprenta. No me convenía, me dijo, y era además muy peligroso en esos momentos: La tranquilicé como pude, sin prometerle, naturalmente, que no trabajaría en la imprenta. Primero tenía que conversar con los compañeros para saber a qué atenerme.

No tardé mucho en darme cuenta de que no sólo la imprenta, sino todos los asuntos del Partido estaban por el suelo. Qué había ocurrido durante mi ausencia, no logré saberlo, pero las cosas no podían ir peor. El diario, a cargo del carpintero Pedro J. Sandoval, salía muy de tarde en tarde. Se debían varios meses de arriendo, les habían cortado la corriente eléctrica, que era

130

indispensable para mover el taller, los salarios de los tipógrafos no se pagaban; cuando mucho, se les daba un vale para que retiraran mercaderías en las tiendas de los avisadores.

En lo que se refiere a la vida del Partido, ésta parecía muerta; no se realizaban actos ni en la calle ni en el local. Varios dirigentes habían abandonado Iquique; Luis Víctor Cruz entre ellos, que ahora vivía en Antofagasta.

Yo me había despedido de mi madre el 30 de abril y bajado a Iquique para la celebración del Primero de Mayo, que me figuraba iba a ser un acto importante. Pero no hubo tal. En el local del Partido no se reunieron más de treinta personas.

Los compañeros me insinuaron que tomara el mando de aquel buque a punto de naufragar. Yo les contesté:

—Muy bien, camaradas. Si me hubiera quedado en Valparaíso, no me habría venido aunque me hubieran llamado. Pero puesto que estoy aquí y las cosas están como están, y puesto que ustedes lo desean, vuelvo a tomar la administración.

Volví, con mi familia, a vivir en el local del diario y asumí la administración. Sandoval continuó a cargo de la dirección, pero poco después debió trasladarse a Antofagasta y, además de la administración, tuve que tomar la dirección del diario. Había que empezar de nuevo en todo y la tarea fue dura. Todo el día y buena parte de la noche trabajaba para hacer funcionar ese engranaje, lo que se fue consiguiendo poco a poco. Se regularizó la salida del diario, primero una vez por semana, y luego tres veces. Cuando los compañeros vieron que las cosas se enderezaban, empezaron a volver a la imprenta. Algunos socialistas comenzaron a escribir regularmente en "El Despertar", entre ellos Mariano Rivas, quien llevó consigo a un zapatero anarquista, que solía escribir artículos y editoriales. Se llamaba Francisco Pezoa y entre otros de sus aportes literarios al movimiento, se contaba el "Canto de la Pampa".

131

Pezoa había cambiado la letra a una canción muy en boga en aquel tiempo, que decía:

*Cómo se han ido volando, ingrata,
las ilusiones que yo forjé ...*

transformándola en un canto de lucha y rebeldía de los trabajadores del salitre, aunque de tono y versos profundamente melancólicos:

Canto a la pampa, la pampa triste,

*reproba tierra de maldición
que de verdores jamás se viste,
ni en lo más bello de la estación,*

que luego prendió entre los pampinos y se hizo muy popular en el norte. Aún hoy el "Canto de la Pampa" es cantado en las concentraciones, y aunque los jóvenes no siempre lo conocen, para los viejos pampinos es un cúmulo de recuerdos, un símbolo de luchas y rebeldías de ayer.

Pezoa y Rivas redactaban la mayor parte de los artículos de "El Despertar", lo cual me dio oportunidad para trabajar de preferencia en la administración. Empezaron a pagarse las deudas, la luz volvió a la vieja casona que Recabarren eligiera para sede del Partido, y se regularizó también el pago de los salarios a los trabajadores. Agentes de "El Despertar" subían semanalmente a las oficinas salitreras a conquistar lectores, suscriptores y cooperadores. Es inútil decir que la mayor parte de los que nos ayudaron a resucitar el diario eran obreros. (Fueron chauchas y pesos difícilmente ganados por los pampinos, los que entonaron la economía de nuestro periódico. Y es lógico que fuera así, porque el carácter de "El Despertar" no había cambiado: seguía siendo un diario de lucha que reflejaba —lo mejor que podía— las aspiraciones de los trabajadores. Naturalmente en el aspecto noticioso no podía competir con los diarios burgueses.

132

En octubre de 1917 esos diarios, que podían pagar servicios cablegráficos del extranjero, empezaron a publicar noticias sobre la revolución de los bolcheviques rusos, a quienes se llamaba los "maximalistas", una traducción tal vez no muy perfecta; más adecuado habría sido sin duda "mayoritarios", pues eso es lo que significa bolchevique. Pero los trabajadores chilenos —incluso los socialistas— no teníamos entonces bastante perspectiva histórica ni bastante información para tomar el peso a la tremenda transformación que comenzaba a operarse en un país inmenso, al tomar el poder en sus manos los comunistas y comenzar la edificación del socialismo. Los diarios burgueses no hablaban como es natural de estas cosas; para ellos, la revolución de octubre en Rusia era sólo violencia, sangre y muerte. Se hablaba de las luchas en las calles, de crueldades, de hambrunas, etc. La muerte del zar Nicolás les dio abundante material para explayarse sobre las "barbaridades" que estaban ocurriendo en Rusia.

Apoyando las huelgas, los pliegos, las peticiones y movimientos reivindicativos de los trabajadores del norte, el diario empezó a irse para arriba. Cuando el tiraje aumentó y en sus páginas comenzaron a verse algunos avisos y los pedidos de la pampa aumentaron, propuse que "El Despertar" saliera todos los días. Luis Víctor Cruz, que había regresado a Iquique a asumir la dirección, se opuso; pero, planteada la cuestión ante la asamblea del Partido, se impuso la tesis de que las condiciones estaban dadas para que el diario, reducido a dos páginas y conservando su precio de diez centavos, apareciera todos los días.

Otro de los hechos que contribuyeron a aumentar el tiraje del diario, fue un escándalo ocurrido por aquellos días, que los otros diarios de Iquique silenciaron

convenientemente. En Pica, una especie de oasis enclavado en la pampa salitrera, hacia la cordillera, frente a la estación Pintados,

133

un marido engañado mató a balazos al amante de su mujer, que era un cura. Cuando la noticia se publicó en "El Despertar", nuestro diario fue acusado.

En esa época, los juicios de imprenta se ventilaban en forma muy diferente de la actual. Se elegía un jurado compuesto por siete personas, que debía dictaminar previamente si había o no lugar a la formación de causa. Ambas partes presentaban sus listas en las que se incluían personas que debían estar inscritas en los registros electorales. El diario perdió este jurado, pues de su lista fueron elegidas sólo tres, y cuatro de la lista contraria, que declararon, naturalmente, que sí había lugar a la formación de causa. Entonces se elegía un segundo jurado, que era el encargado, después de escuchar los alegatos, de dar la pena correspondiente, que podía consistir en multa o prisión o multa y prisión al mismo tiempo.

El revuelo que el asunto causó en Iquique fue extraordinario y el tiraje de "El Despertar" aumentó considerablemente. No sólo el tiraje, sino también la simpatía popular. Adelantándose a un posible fallo en contra, las gentes visitaban el diario y dejaban dinero a fin de ir formando un fondo para el pago de la multa. Sin embargo, ganamos el segundo jurado, compuesto por nueve ciudadanos, al conseguir que se eligieran siete de nuestra lista contra dos de la contraria. Uno de los jurados designados por "El Despertar" fue Alberto Brandau, director del diario radical "El Tarapacá". En medio de un clima de sensación que conmovió a todo Iquique, hizo su acusación el fiscal y más tarde pronunció el discurso de descargo el abogado designado por el diario, el radical Alejandro Cuadra Lazo.

En 1918 estalló una huelga de los obreros marítimos, por mejores condiciones de vida. El diario la apoyó, informó sobre ella y editorializó sobre las justas aspiraciones de estos trabajadores. Nuestra campaña se concentró sobre la necesidad de que otros gremios ayudaran a sus hermanos de clase, declarando la huelga solidaria.

134

Esto ocurrió muy pronto y a los marítimos se sumaron los trabajadores del ferrocarril y los del salitre. El movimiento adquirió así una enorme importancia y mucha semejanza con una huelga general.

Pero a los ocho días de huelga, la gente del salitre ya no podía resistir, cercada por el hambre, con las pulperías cerradas por las compañías y éstas negando toda ayuda o adelanto. Entonces, en un gesto de gran nobleza proletaria, fueron los propios marítimos los que rogaron y al fin convencieron a los pampinos de que volvieran al trabajo, pues con esos ocho días de solidaridad, el movimiento estaba ya casi ganado. Efectivamente, de esa huelga datan la redondilla y otras conquistas alcanzadas por los gremios del puerto de Iquique.

De nuevo todo el mundo en el trabajo, el incumplimiento de lo pactado obligó a los marítimos a volver a la huelga. Fue un movimiento largo y difícil, al cual "El Despertar" daba su diario apoyo.

Pero no había pasado una semana, cuando Iquique se vio lleno de tropas de ejército, hasta el punto de que sus calles me recordaban los aciagos días de diciembre de 1907. Trajeron buques de guerra y desembarcaron a las tripulaciones para que los marineros reemplazaran a los obreros en las faenas.

En medio de un clima tenso y preñado de amenazas, los krumiros uniformados desembarcaron sacos y más sacos, cuando una mañana, a las once y media, se oyó en los muelles un fuerte estampido. Luego las noticias empezaron a llegar al diario: una bomba, escondida dentro de un saco, había estallado, matando a un soldado. Las cárceles se llenaron de presos con una rapidez increíble y la represión amenazó extenderse más y más. Ese día no había nadie en la imprenta, salvo mi familia y yo. Rivas se hallaba en Arica, y Pezoa, como era su costumbre, a esa hora estaba bebiendo. A las dos y media de la tarde, un pelotón de policía bajo el mando del mayor Ernesto Grez, se hizo presente en el diario.

135

—¿El señor Elias Lafertte?

Yo me había presentado en mangas de camisa, pues me hallaba trabajando.

—Yo soy.

—Tiene que acompañarme. Traigo una orden de prisión para usted, emanada del juez del segundo juzgado, don Bonifacio Toledo.

¿Orden de prisión contra mí? ¿Qué diablos habría hecho que me tomaban preso?

—Muy bien, señor, respondí. ¿Puedo irme a poner la chaqueta?

Me llevaron al cuartel y esa misma tarde me pasaron a la presencia del juez. —¿Qué sabe usted de las bombas?

Aparte de la que había estallado en el muelle, parece que había explotado otra el mismo día.

—¿De las bombas? Absolutamente nada.

Me trasladaron al calabozo, donde quedé incomunicado. La cárcel estaba llena de trabajadores marítimos. Nos habían detenido en relación con el estallido de la primera bomba —que había explotado a las once y media en punto—, y gracias a las sutilezas detectivescas de la policía. Después supe toda la cuestión y no pude menos que reírme de tanto genio deductivo. Al lado de estos policías, Sherlock Holmes habría parecido un niño de pecho. Resulta que en La Puntilla tenía un negocio el boxeador Santiago Mosca, que era muy popular, negocio a donde los marítimos iban a comer pescado, a tomarse sus botellas de vino y a echar sus partidas de brisca. Ese mismo día, algunos obreros habían pintado con rústicas letras un letrero que decía: *Hoy a las 11 y media: Pichanga.*

Como a esa misma hora había estallado la bomba, la policía no había encontrado nada mejor que relacionar las horas y llenar la cárcel de marítimos. Y claro, a un socialista, administrador de "El Despertar", no estaba de más llevarlo a pasar unos días entre rejas.

Pasé varios días incomunicado, solo en una celda.

Veía al carcelero dos veces al día, cuando me entregaba la comida que me llevaba Ilya.

A veces me sacaban para interrogarme y luego me volvían al calabozo.

Más adelante detuvieron a todo el personal del diario, por las airadas protestas que traía "El Despertar" por la arbitraria detención de su administrador. Ilya y el niño quedaron como únicos moradores de la casa. La policía le dio un salvoconducto que permitía a mi compañera entrar y salir, porque siempre había una guardia de dos "pacos" con la orden de impedir la entrada.

Llevaba ocho días en el calabozo cuando un día oí que un policía llamaba por sus nombres a los compañeros del diario que estaban presos, siguiendo luego la esperanzadora orden: "Vengan con todos sus monos", lo cual quería decir con su colchón y ropas. Esto me hizo pensar que iban a ponernos en libertad. Alrededor de las seis de la tarde estaban todos reunidos en el patio, cuando oí la voz del policía que me llenó de alegría.

—Eliás Lafertte con todos sus "monos".

Era la libertad. En el cuerpo de guardia pedí que me devolvieran mi reloj Waltham, del cual me habían privado al llegar, y salí.

Alcancé a divisar en la calle a Ilya, que me esperaba con el niño en brazos, y a mi madre, que al saber la noticia de mi detención había bajado desde "Santa Lucía". Pero antes de que alcanzara a reunirme con los míos, otros policías se habían dejado caer sobre mí.

—¡Queda detenido por orden superior!, me dijeron y me llevaron al cuartel de policía, donde fui introducido en una oficina. Pero, de paso por el cuarto de guardia, había visto a un compañero, a quien tenían también detenido: Guillermo Madariaga, quien continuamente viajaba por la pampa, vendiendo distintos objetos. Su oficio de mercachifle le venía de perillas porque no le era difícil llevar escondidos folletos, volantes y propaganda en general, que distribuía en las oficinas salitreras.

Desde la ventana de la oficina en que me dejaron,

podía ver a mi madre y a mi compañera, que se paseaban por la calle, esperando comunicarse conmigo. El oficial de guardia permitió que entraran y pudimos cambiar algunas palabras. Luego se fueron y me dispuse a pasar la noche allí, sentado en una silla.

A las ocho de la mañana, desfilando de a dos en fondo, Madariaga, yo y otros compañeros fuimos conducidos al juzgado. Yo tenía prohibición de cambiar palabras con nadie, pero no podían prohibirme que llevara los oídos atentos y así pude saber, o deducir mejor dicho, de las palabras de los presos, que esta vez no se trataba ya de las bombas, sino de unos volantes que le habían sorprendido y requisado a Madariaga,.

El juez se hallaba enfermo, de modo que no hubo audiencia. Me llevaron al cuartel de Investigaciones y ahí esperé hasta la tarde, en que, nuevamente en una fila de

"subversivos", fui conducido al juzgado. Uno a uno mis compañeros entraron a prestar declaración. Al último que llamaron fue a mí.

El juez tomó un impreso que tenía sobre la mesa.

—¿Conoce usted este volante?

Le eché una mirada. Era un volante del Centro Arte y Revolución, que funcionaba en el local del Partido.

—Sí, señor, lo conozco. Fue impreso en la imprenta de "El Despertar", de la cual soy administrador.

—¿Y qué significa esto de revolución?

—Bueno, es una cosa artística ...

—Sí, artística, dijo el juez irónicamente. Luego tomó otro volante y me lo pasó:

—¿Y esto, lo conoce?

Era un volante clandestino, llamando a la huelga.

—No, señor, éste no lo conozco.

—¿No fue impreso en su imprenta?

—No, señor. Ni siquiera tenemos allá estos tipos. Puede hacerlo comprobar.

Era uno de los volantes que le habían sorprendido a Madariaga y, efectivamente, no había sido impreso en "El Despertar".

Ese mismo día fui puesto en libertad y obtuve un

138

salvoconducto para poder entrar en la casa, a la cual no tardó la justicia en levantar la clausura y la vigilancia, puesto que ninguna relación pudieron hallar entre la Imprenta de "El Despertar de los Trabajadores", las bombas y los volantes clandestinos que llamaban a los marítimos a declarar la huelga.

XIII

La fatídica noche de un sábado de noviembre de 1918, resurgió violentamente una de esas agresivas ligas patrióticas que de tiempo en tiempo salían de la sombra para atacar a los peruanos. Secretamente organizado, un grupo de unos cincuenta individuos asaltó todos los negocios de Iquique que pertenecían a ciudadanos peruanos, pero por extraña casualidad resultaron destruidos en sus instalaciones, vidrios, etc., y robados, únicamente los negocios menores: las panaderías, verdulerías, la sastrería de Gamarra y un comercio de gramófonos y máquinas de escribir que había en la calle Tarapacá frente a la Plaza Condell. Los negocios de peruanos ricos, en cambio fueron escrupulosamente respetados. Se guardó muy bien ese Ku Klux Klan criollo de atacar, por ejemplo, la botica de Garlazo, cuyo propietario era un potentado peruano.

La liga patriótica —llamémosla así— formaba aquella noche una extraña procesión en su camino de odio y destrucción. Primero iban los "heroicos" atacantes, con palos, porras, piedras y armas, por supuesto. Seguían, en calidad de retaguardia protectora, algunos hombres de la policía y el ejército, y detrás de todos, solo, callado, sin actuar, pero observando atentamente lo que ocurría, marchaba un cura. Era el cura Merino Benítez, del Obispado de Iquique, el mismo que años antes había desafiado a una polémica pública a Luis Emilio Recabarren. Ese acto, como he relatado, no llegó a efectuarse por la intransigencia de los jóvenes radicales, que lo sabotearon. Cuando llegaban al negocio de un modesto comerciante

139

peruano, los "patriotas" se detenían y a una voz de su jefe, empezaban a romper los vidrios, a destrozar las instalaciones y cuanto encontraban y también a echarse al bolsillo, sin mucho disimulo, dinero o mercaderías.

La patota pasó frente al diario. Nosotros nos habíamos instalado en la azotea, con algunos compañeros pensando cómo podríamos defendernos de la horda! Conteniendo los latidos de mi corazón, oí que uno gritaba:

—¡La imprenta!

Otro, que seguramente estaba investido de mando, respondió:

—No, la imprenta no. Por esa vez, nos perdonaban la vida. Al día siguiente, mientras cobraba algunas cuentas del diario, oí una conversación de dos representantes de lo más florido del hampa iquiqueña.

—Puchas que tengo mala suerte, decía uno de ellos. Fíjate que anoche me curé temprano, así que no pude ir con los gallos de la liga patriótica... Pero los que fueron se armaron, con plata y cosas que pescaron... ¡La estaban dando!

He dicho que el cura Merino Benítez marchaba solo, a la retaguardia de la liga patriótica, y en su honor debo declarar que este sacerdote no tomaba parte en las barbaridades que los forajidos cometían, sino que iba tras ellos para observar y denunciar sus cobardes actividades. Sabía quizás que en medio del entusiasmo "patriótico", nadie lo habría escuchado si él hubiese hecho alguna insinuación cristiana de respetar a los semejantes. Entonces se dedicó a observarlos para poder después figurar como un testigo de sus iniquidades.

Así fue como envió algunos telegramas a "El Diario Ilustrado" relatando los hechos y protestando airadamente por ellos y por la impunidad que las autoridades militares y civiles garantizaban a sus autores. ¿Pero qué puede hacer un buen cura de provincia contra poderosos "patriotas" bien protegidos? El no estar de

140

parte de estos hampones con carta blanca, le valió la intriga que posteriormente significó su salida de Iquique. Pero la acción de los "patriotas" no se detuvo allí y los asaltos tuvieron cola. Cumpliendo con su deber, el cónsul peruano en Iquique protestó ante las autoridades por las vejaciones y atracos a sus compatriotas. Entonces, oficiales del ejército lo cogieron y lo embarcaron violentamente en un barco que iba hacia El Callao. La esposa del cónsul tuvo que quedarse a arreglar los asuntos de su marido. El martes, "El Despertar" protestaba airadamente contra este "pogrom" antiperuano. Nadie nos dijo nada ni se intentó represalia contra nosotros. Pero, como se verá por lo que voy a relatar en seguida, nos la tenían guardada.

El 19 de enero de 1919 había una huelga de los trabajadores marítimos de Iquique. Recuerdo que temprano llegó al diario Luis Víctor Cruz con dos o tres trabajadores que iban a darle informaciones. A las nueve de la noche, ocho hombres en plan de guerra penetraron como una tromba en el local. A pesar de que vestían de civiles, se vió por los tratamientos que se daban (mi cabo, mi sargento) y por los revólveres de que iban armados, que eran del ejército.

Nos amarraron los brazos a la espalda, a Cruz, a los marítimos y a mí, y después de pegarnos y patearnos, entraron al taller y oímos cómo empezaban a romper las

máquinas, a destruirlo todo, a empastelar los tipos mientras disparaban al aire, quizás para amedrentarnos, quizás como expresión de su euforia "patriótica".

Logré deslizarme hasta un corredor, por donde salí a un portón vecino a la puerta de la imprenta. Allí pude convencerme de que los asaltantes no eran civiles ni espontáneos miembros de alguna "liga patriótica": una fila de militares de caballería mandados por un oficial, custodiaban la entrada a la imprenta.

Pensé que era un poco inútil apelar a ellos, puesto que evidentemente estaban allí para proteger a los asaltantes.

141

Pero "El Despertar" era un diario legal y decidí denunciar a los que destruían la propiedad del Partido. Entonces grité: —¡Señores, están destruyendo la imprenta! — ¡Que se entre ese individuo!, gritó el jefe militar por toda respuesta. ¡Nadie puede salir! Entré por el portón hasta el fondo de la casa y escalando una muralla, me dejé caer hacia la casa vecina. No había otra cosa que hacer, que esperar.

Cerca de allí a no más de doscientos metros, el intendente interino de la provincia, Rubén Morales, esperaba el resultado de las "operaciones", acompañado del jefe militar, el famoso "Macho" Parada. Apenas se hubieron marchado los asaltantes y antes de que nosotros pensáramos en hacer la denuncia, ambos se hicieron presentes en la imprenta, y el propio Parada, hipócritamente, desató a Cruz.

Este me llamó y, anhelantes por conocer la cuantía de los perjuicios que nos habían causado, encendimos la luz y seguidos por las autoridades, nos dedicamos a inventariar los destrozos. Fue fatal para nosotros expresar en voz alta nuestra satisfacción porque la imprenta del diario no había sufrido en absoluto: toda la saña de los vándalos se había concentrado sobre la sección de obras. ¡Ese fue un gran error del cual más tarde Cruz y yo tuvimos que lamentarnos!

Pronto empezaron a llegar los compañeros a imponerse de los destrozos sufridos, a comentar los hechos y a maldecir a los cobardes asaltantes. Pero pronto también se fueron y sólo quedamos en la imprenta, mi familia y yo.

A la una y media de la mañana, cinco agentes de investigaciones llegaron a buscarme. —Tenemos orden de llevarlo a declarar.

—¿Ahora... ? ¡Cómo se les ocurre! En la mañana iré a declarar.

—No, señor, tiene que ser inmediatamente. Y si no va por las buenas, irá por las malas.

142

No tuve más remedio que vestirme y seguirlos. En el cuartel de investigaciones me encerraron en una pieza, dejándome incomunicado. A las cuatro de la mañana, sin haber prestado declaración alguna, me dijeron que podía irme. Al llegar a la imprenta, mi compañera me esperaba para darme malas noticias. Apenas había salido yo, nuevos personajes llegaron a la imprenta, encerraron a las mujeres en la sala de redacción y se dedicaron, ahora de un modo sistemático, a destruirlo todo. Y esta vez no le tocó a la sección de obras, sino a la del diario.

Mientras un soldado, carabina en mano, las amenazaba con darles de culatazos si se movían, hablaban o gritaban, oficiales del Carampangue y del Granaderos, armados de mazos y combos, rompieron las máquinas, destrozaron los rodillos uno a uno, vaciaron las cajas de tipos y destruyeron todo lo que era susceptible de ser destruido.

Tres días más tarde me mandaron llamar de la Intendencia.

—Tenemos entendido que ustedes han echado la culpa del asalto de la imprenta a oficiales del ejército...

—Sí, señor, ellos fueron.

—¿Qué pruebas tiene para hablar así?

Yo tenía el testimonio de un vecino, que a través de las ranuras de las tablas que separaban su casa del taller donde se imprimía "El Despertar", había identificado a los asaltantes. Pero me guardé muy bien de decirlo.

—De modo que les advierto que tengan mucho cuidado ... Si culpan a los oficiales, puede costarles caro...

Me llamaron a prestar declaración ante el juez Brücher. Era un hombre despectivo, insolente, acostumbrado a gritar a los pobres y a humillarse ante los poderosos.

—¿Su nombre?, me preguntó secamente.

—Elías Lafertte Gaviño.

143

—Elías Lafertte Gaviño, repitió dirigiéndose al actuario, que tomaba notas.

—¿Dónde nació?

—En Salamanca.

—En Salamanca, España, repitió Brücher mirando con un aire muy elocuente al actuario. Y aunque no lo dijo, en su tono estaba vibrando la acusación, que entonces era tan socorrida como ahora, de agente extranjero que viene a inmiscuirse en nuestros asuntos ...

Pero yo le quité la satisfacción, al decirle, bien recalcado:

—No, señor. Nací en la villa de Salamanca, departamento de Illapel, provincia de Coquimbo. Salamanca Chile, no Salamanca España.

—Muy bien, muy bien, no hay necesidad de que se enoje...

Y como si todo esto fuera poco, la imprenta destruida, el diario sin poder salir para denunciar los vergonzosos hechos protagonizados por militares y dirigidos por las autoridades civiles, aún nos llovió sobre mojado. Dos meses de atraso en el pago del arriendo de la casa, que era de propiedad del Banco Italiano, determinó el embargo: la justicia hizo retirar quince sacos llenos de tipos, que depositó en una bodega.

Y más aún, luego vino un estado de sitio por treinta días que el gobierno de Juan Luis Sanfuentes obtuvo del Parlamento so pretexto de un mitin que había anunciado en Santiago la Asamblea de Alimentación. La patente obtenida por el gobierno para apalea a los trabajadores en Santiago, le servía también para intentar intimidarlos a lo largo de todo el país.

Los compañeros y yo tuvimos que escondernos y vivir en la ilegalidad esos largos treinta días.

Otra vez había que empezar de nuevo. Pero Recabarren nos había enseñado que si el enemigo mil veces nos destruía, nosotros mil veces teníamos que levantarnos para seguir adelante.

144

Nuestra clase, nos decía, es la más fuerte. Sólo se necesita unirse, organizarse, engrandecerse. Después la burguesía pasará a segundo término y la clase obrera a dirigir el país y el mundo. Promovimos una gran campaña económica destinada a levantar nuestra casa, la casa del Partido, desde las ruinas que nos habían dejado. Todo el mundo contribuyó generosamente: los marítimos, los empleados de comercio, los panaderos, sindicalmente muy pagados de sí mismos, que se hacían llamar el "gremio-rey"; y sobre todo, los pampinos, los bravos hombres del salitre.

Peso a peso, centavo a centavo, se fue reuniendo la cantidad que necesitábamos, primero para pagar el embargo y luego para buscar una casa, reparar las máquinas dañadas, reemplazar las herramientas destruidas, comprar tipos, cancelar deudas. Cuando ya todo estaba hecho y comenzábamos de nuevo la lucha, en la que sin modestia debo decir que me cupo una parte importante, surgió una miserable intriga contra mí, fomentada por un hombre de apellido Romero, a quien habíamos dado cartas apelando a la solidaridad de los pampinos, que él llevaba en persona, aprovechando las facilidades que le daba su condición de agente viajero. Regresaba de las oficinas trayendo los generosos aportes de los pampinos para el diario y para el Partido. Este Romero insinuó nada menos que yo me había robado dinero del diario.

La calumnia me cogió de sorpresa y logró quitarme toda la serenidad con que había aprendido a afrontar las dificultades. Reconozco que esa vez se me olvidó todo y monté en cólera. ¡Yo robar dinero del diario, del Partido! ¡Yo, que desde 1912 no hacía otra cosa que entregar todo mi esfuerzo al Partido y al diario! Pedí una reunión para esclarecer este asunto y deshacer la intriga, pero en vez de escuchar con calma las mentiras de Romero y destruirlas con hechos, lo que habría sido muy sencillo, enceguecido por la furia, me porté de modo violento y agresivo, rebelándome contra la autoridad del Partido.

145

Fui expulsado, más que por la falsa acusación de robo, que en realidad ninguno de los compañeros tomó en cuenta, por mi actitud altanera e indisciplinada.

Muchos compañeros fueron a verme para manifestarme su solidaridad. Algunos me propusieron levantar tienda aparte, es decir constituir otro Partido Socialista. Pero yo rechacé de plano este temperamento.

—Nada de fracciones, les dije. El Partido debe conservarse unido. Mi expulsión es una tremenda equivocación, pero quizás la merezca por no haber sido capaz de obrar serenamente.

Nuestro pueblo suele decir que una desgracia nunca viene sola y esto es justamente lo que me pasó a mi en aquellos desventurados días. Junto a mi rompimiento con el Partido, vinieron otras calamidades a abatirse sobre mí. Murió mi cuñada Josefina, que se hallaba enferma de tuberculosis. Luego murió mi hijo Giordano Américo, a los cuatro años de edad. Lo atacó una meningitis cerebro-espinal y rápidamente se nos fue.

Abrumado moralmente, sin trabajo ni posibilidades de obtenerlo en Iquique, decidí marcharme a un pueblecito en lo alto del cantón Pozo Almonte, llamado La Guaica, en plena pampa, donde crecen el tamarugo y el algarrobo. En una carreta me embarqué con mi compañera, invitado a trabajar por un hombre que nos había acompañado largo tiempo en las tareas del diario: Nicolás Aguirre Bretón, que había dejado el periodismo por la agricultura. Había hecho sociedad con otro español, un señor Mendizábal, para explotar las excelentes tierras de La Guaica, donde se producían los más exquisitos melones de Chile. Pero Aguirre soñaba con producir no melones, sino verduras, choclos, hortalizas, que Iquique tanto necesitaba.

Yo no tenía ninguna experiencia en la agricultura. Sólo sabía lo que algunos pampinos, que anteriormente habían sido campesinos en el sur, me contaban, pero jamás había metido mi mano en tareas de la tierra. Fue, pues, una experiencia absolutamente nueva la que tuve, pala en mano, abriendo surcos o sembrando.

146

Pero parece que yo no tenía vocación para campesino y que no iba a echar raíces allí. Un día tuve un disgusto con Aguirre Bretón, por cuestiones del trabajo, y decidí volver a Iquique, donde las cosas no se me presentaron mejor.

Después de vagar algunos días por las calles, cesante, casi sin tener que comer, resolví volver a mis viejas querencias: me llamaba la pampa, donde había empezado, siendo un niño, golpeando con un pequeño combo de luma, los trozos de salitre. En la pampa no habría de faltarme trabajo.

Eso era al menos lo que yo creía. Pero los administradores de las oficinas tenían otra idea. Para ellos no era lo mismo el muchacho inocente de ayer que después del trabajo sólo se interesaba en las actividades teatrales o en el equipo de fútbol, que el hombre de más de treinta años que volvía hoy con experiencia política, que había trabajado junto al más temido enemi-

go de los patronos ávidos: Recabarren; el hombre que había administrado el diario que mostraba al desnudo sus peculados y abusos.

Con todo, logré encontrar trabajo en la oficina "Paposo", de la Dupont, en el cantón La Noria, donde me pusieron a cargo de las compresoras —dos chicas y una grande— que daban el aire a los filtros, para uno de los tres sistemas con que esa oficina trabajaba. Eramos dos obreros para esa tarea y teníamos que hacer guardias de siete, ocho y nueve horas seguidas. Mi jefe era un chileno de apellido Meyer, pero el supervisor era norteamericano.

Interesado ya para siempre en las cuestiones políticas y sociales, leía todos los días los diarios de Iquique, "El Despertar de los Trabajadores" y "La Provincia". "El Despertar" salía ya regularmente, en manos de nuevos compañeros. Un pampino iba diariamente a La Noria, a la hora que pasaba el tren, y desde él arrojaban un paquete con los diarios. Un día entró el norteamericano a controlar la presión de las compresoras y me sorprendió leyendo "La Provincia",

147

que, al igual que "El Despertar", atacaba a las compañías salitreras. Me despidió sin más trámites. Ya un sereno me había advertido que los gringos me vigilaban, porque conocían mis actividades en Iquique. Meyer quiso llevarme a trabajar con él en los filtros, pero el jefe yanqui se opuso y tuve que abandonar la oficina.

De regreso en Iquique encontré trabajo como tipógrafo en "El Tarapacá", que dirigía el balmacedista Felipe Alarcón. Regente de ese diario era Alejandro Zavala, un antiguo compañero del Partido. Allí trabajé hasta 1922.

El día 19 de enero de 1920, al cumplirse el primer aniversario del asalto, destrucción y empastelamiento de "El Despertar" por oficiales del ejército, los socialistas decidieron realizar un acto en el local del Partido. Entre los espectadores me hallaba yo. Los compañeros me miraron con interés y curiosidad, como si estuvieran impresionados al ver allí, entre ellos, como antes, como si nada hubiera ocurrido, a un antiguo socialista que volvía a reconocer cuartel.

* * *

A partir de ese día, me acerqué de nuevo al Partido y al diario, alentado por la fraternal acogida que los compañeros me habían dispensado. Aunque oficialmente no estaba reincorporado, seguía con interés los asuntos políticos y poco a poco fui recuperando la confianza de todos. Continuaba trabajando en "El Tarapacá" para ganarme la vida, pero dedicaba todas mis horas libres a yudar en el diario, parando tipos, compaginando o manejando la prensa.

Entretanto, Luis Emilio Recabarren había regresado de su viaje por Argentina, un viaje, desde luego, profundamente importante para la causa del socialismo y se hallaba en Antofagasta dirigiendo la Federación Regional del Salitre, que él había creado, y el diario del Partido. Se promovió entonces una conferencia en

148

Concepción, destinada a reorganizar la Gran Federación Obrera, que existía desde 1909, pero como una simple institución mutualista y Recabarren acudió a defender la tesis de que tan estrechos moldes debían tirarse por la borda, para que esa central obrera se convirtiera en una herramienta de combate, destinada a ganar mejores y mejores posiciones para la clase obrera.

Defendía la posición contraria, es decir la de conservar a la Gran Federación Obrera su restringido carácter mutualista, el abogado conservador Pablo Marín Pinuer, pero desde los primeros momentos se vio que la tesis de Recabarren se imponía por abrumadora mayoría. Así ocurrió y la conferencia de Concepción cambió radicalmente el carácter, el programa y hasta el nombre a la antigua organización, que salió robustecida, dotada de un verdadero empuje revolucionario y con seccionales en casi todo el país. Se le quitó al nombre la palabra "gran" y quedó sólo como Federación Obrera de Chile, la que iba a ser en el futuro la combativa y heroica FOCH, que incluyó en su programa la aspiración de socializar los medios de producción y dar al trabajo su papel de verdadera fuente creadora de vida.

Con esto se producía una mayor concordancia entre la ideología general de los trabajadores, que comenzaba a ser una ideología revolucionaria, totalmente diferente de la ideología burguesa, y los propósitos de su central sindical. Porque la FOCH, organizada a lo largo de casi todo el país, pasó a ser una herramienta para la lucha de

todo el proletariado chileno. Sindicatos y federaciones que antes marchaban cada uno por su lado, Mancomunales regionales y obreros pertenecientes a todas las fuerzas políticas, ahora tenían una bandera sindical que los cobijaba. En la FOCH estábamos los socialistas, los demócratas y los anarcosindicalistas, aun cuando éstos tenían una organización propia, de carácter internacional: la Industrial Workers of the World

149

(Trabajadores Industriales del Mundo), llamada comúnmente "La I.W.W." Secretario general de la FOCH fue elegido en el congreso de Concepción el obrero santiaguino Enrique Díaz Vera.

Al calor mismo de la lucha, se realizaron serios y profundos trabajos de organización, de los cuales nunca estuvo ausente Recabarren. Los trabajadores se agruparon en consejos provinciales, cada uno de los cuales llevaba un número: Consejo Ferroviario, número uno; Consejo Tranviario, número dos. Yo fui elegido secretario del Consejo Provincial de la FOCH en Tarapacá, al cual estaba adherido en mi calidad de obrero gráfico.

1920 fue, por otra parte, un año de intensa agitación política. Alarmada por este pujante movimiento de los obreros, la reacción gobernante veía por otro lado un serio peligro en la candidatura a Presidente de la República de Arturo Alessandri Palma. Buscando precisamente la forma de impedir la elección del caudillo de la Alianza Liberal, el gobierno de Sanfuentes inventó un conflicto con el Perú, con el cual estaba pendiente de arreglo la cuestión de Tacna y Arica, y se ocupó de crear, un clima chovinista y antiperuano tan fuerte que pudiera permitirle incluso decretar la movilización. Fue una pantomima tragicómica que le costó muchos millones a la economía nacional, a la cual se llamó "la guerra de don Ladislao", aludiendo al entonces ministro de guerra Ladislao Errázuriz Lazcano, que tanto entusiasmo puso en la maniobra. En todo el país se empezó a reclutar trabajadores y estudiantes para movilizarlos a Arica y Tacna, que estaba entonces bajo el dominio de Chile. Pero en los cuarteles solían ocurrir cosas curiosas, que desalentaban a los conservadores, que manejaban el aparato "guerrero". Cuando a los reclutas se les hacía dar un paso al frente y se les ordenaba que gritaran ¡Viva Chile!, frecuentemente gritaban ¡Viva Alessandri!

Los estudiantes, que en esa época comenzaban a ligarse a los obreros, comprendieron claramente que la

150

“Guerra de don Ladislao” era un sánete político y lucharon organizadamente contra ella. Los dirigentes fueron apresados, relegados o tuvieron que esconderse. De esa época data la muerte de un estudiante y poeta afiliado a la I. W. W., a quien las generaciones nuevas consideran como un mártir de la causa estudiantil: Domingo Gómez Rojas, muerto a causa de los malos tratos recibidos en la cárcel y en la Casa de Orates, a donde se le condujo después.

Las elecciones se presentaban muy peleadas, pero los observadores políticos comprendieron que el partido pelucón no podría detener a Alessandri, pues su demagogia había prendido en las masas. Por primera vez, en efecto, un político burgués llamaba crudamente las cosas por su verdadero nombre. Fue entonces cuando se popularizaron términos como "oligarquía", "canalla dorada", "viejos del Senado", todos ellos tomados de los discursos de Alessandri.

Pero su demagogia no llegó a nuestras filas, porque nosotros teníamos un concepto más o menos claro de la cuestión de clases, que habíamos aprendido de Recabarren, y comprendimos que ningún voto socialista podía darse a Alessandri. Como un saludo a la bandera, proclamamos candidato a Recabarren, en un manifiesto que fijaba nuestra posición, en el que aparecían numerosas firmas, entre otras las de José Ibsen Cohén y Manuel Hidalgo Plaza.

Un diputado demócrata llegó a Iquique a tratar de convencernos de que abandonáramos la candidatura de Recabarren para proclamar a Alessandri, pero el Partido dijo que no. La elección, en la cual Recabarren sacó muy pocos votos, fue muy agitada. Los representantes de Alessandri y de su contendor, Luis Barros Borgoño, cohecharon en forma desvergonzada y la intervención en favor del conservador tuvo caracteres igualmente cínicos. Ganada la elección por Alessandri, los reaccionarios, que no se decidían a entregar el poder al caudillo de la Alianza Liberal, que tan suelto de lengua se había mostrado en

151

su audaz campaña política, empezaron su tira y afloja en el tribunal electoral.

Por aquellos días se produjo una huelga de los trabajadores de la imprenta de "La Provincia", la cual contrató krumiros para reemplazarlos. Luis Víctor Cruz y yo asumimos la dirección de la huelga y después de muchas peleas y escaramusas callejeras, conseguimos que los krumiros fueran retirados. Las autoridades se aprovecharon de esto para acusarnos, a Cruz, a Barra Woll y a mí, de agentes de la revolución alessandrista y tuvimos que escondernos para no caer presos. ¿Qué había de este pretendido alessandrismo nuestro?

En los momentos en que el tribunal electoral discutía aún el triunfo de Alessandri, había llegado a Iquique un diputado conservador, pero alessandrista fervoroso, Ricardo Bueno Cruz, a conseguir que los socialistas, con su enorme influencia en la pampa, presionaran en favor del caudillo liberal. Nosotros estudiamos el problema y llegamos a la conclusión de que entre los dos candidatos burgueses, el menos desfavorable era Alessandri. Además, reflexionamos, había que impedir que triunfara una práctica tan viciosa como esa de desconocer el resultado de las urnas, que ya una vez había dado por resultado el robo de su diputación a Recabarren. Así, pues, decidimos darle nuestro apoyo y presionar para que el triunfo de Alessandri fuera respetado.

Después que el tribunal de honor declaró por fin, y gracias a una gran presión popular que se ejerció a través de todo el país, que Alessandri era el elegido, el diputado Bueno Cruz nos invitó, a Cruz y a mí, a almorzar en Cavancha. Quería, dijo, hablar de política con "tan generosos y leales amigos". Yo no pertenecía oficialmente al Partido Socialista, de modo que decliné la invitación y propuse que en mi lugar fuera Salvador

Barra Woll. En este almuerzo se habló, efectivamente, de las elecciones de parlamentarios, que debían verificarse en marzo del año siguiente. Los camaradas le expresaron a Bueno Cruz que los socialistas deseaban

152

llevar un candidato a diputado por Tarapacá y pidieron el apoyo de los alessandristas. Estos estuvieron de acuerdo, así como también los radicales, uno de cuyos hombres había asistido al almuerzo en Cavanha. Así fue como en 1921 presentamos como candidato a Luis Víctor Cruz y éste fue elegido.

Como se ve a través de mi relato, mis relaciones con el P.O.S. eran muy buenas. Mis antiguos detractores, entre ellos Romero, ya no estaban en Iquique o habían cambiado de actitud. Yo continuaba trabajando en "El Tarapacá" y dando mi esfuerzo gratuito, fuera de las horas de trabajo a "El Despertar de los Trabajadores".

A comienzos de 1921, Recabarren, de regreso de un viaje a Santiago, fue esperado en la estación del "Longino" Aguas Blancas, cerca de Antofagasta, por una delegación de pampinos que le pidieron fuera a ofrecerles algunas conferencias en la oficina salitrera "San Gregorio". Recabarren aceptó de inmediato. Su política era la de no negar jamás su colaboración a la clase obrera. Su permanencia en "San Gregorio" no duró más de dos días, al cabo de los cuales regresó a Antofagasta, donde su candidatura a diputado había sido proclamada por los socialistas.

Días más tarde estalló en "San Gregorio" una huelga y a pesar de que las peticiones de los trabajadores eran de orden menor y todo hacía creer que serían solucionadas satisfactoriamente y por acuerdo mutuo, las cosas se encresparon. Los pampinos querían entenderse directamente con el administrador, un inglés de apellido Johnson, que era persona bastante tratable, con quien los trabajadores a menudo llegaban a acuerdo. Pero el intendente, como ocurría también muy a menudo, ávido de ganar el aplauso del gobierno y las compañías, se "pasó de preparación" y de inmediato hizo subir tropas del ejército y de carabineros, éstas últimas al mando del capitán Cristi y del teniente Argandoña. Precisamente un día que se iba a realizar un parlamento entre Johnson y los pampinos y que éstos

153

avanzaban hacia la administración de la oficina, el capitán Cristi, sin justificación alguna, ordenó disparar.

La descarga dejó en el suelo a varios obreros. Algunos de éstos, que llevaban armas, dispararon a su vez y cayeron el administrador inglés y el teniente Argandoña. Esto desencadenó la masacre y numerosos pampinos cayeron bajo las balas de soldados y carabineros. Pero los trabajadores repelieron el ataque y obligaron a huir a Cristi y sus hombres.

Entre el montón de caídos, había varios pampinos heridos, que aún podían ser salvados, y sus compañeros se encargaron de llevarlos, en un viaje lleno de esfuerzo y heroísmo, hasta Antofagasta, donde los ocultaron en un altillo del local obrero de Covadonga Nueva. Secretamente se llevaban médicos que los atendieran y casi todos, a pesar de las condiciones tan precarias en que se hallaban, lograron recuperarse de sus heridas.

Naturalmente, las autoridades quisieron aprovechar esta oportunidad que se les brindaba para cargar los hechos de San Gregorio a la cuenta de Recabarren y lo hicieron detener. Pero la demostración hecha por el líder socialista, de que los únicos culpables eran los carabineros y militares, y la enorme presión popular que se desató, obligaron al gobierno a ponerlo en libertad.

* * *

El primer domingo de marzo de 1921 se realizaron las elecciones parlamentarias y los pactos electorales de socialistas con radicales dieron buenos resultados. Dos diputados obreros fueron elegidos por amplia mayoría: por Antofagasta, Recabarren, que iba en la lista del candidato a senador radical Héctor Arancibia Lazo, Y por Tarapacá Luis Víctor Cruz, que iba en la lista de Ramón Briones Luco. El P.O.S. consideró como un gran triunfo el hecho de poder mandar por primera vez al Parlamento, a dos de sus mejores hombres.

Antes de partir a Santiago a incorporarse a la Cámara

154

de Diputados, Recabarren decidió hacer una jira de ocho a diez días a Tarapacá. Inmediatamente programamos visitas, actos y conferencias del diputado electo, mientras nos disputábamos cordialmente el placer de hospedar a nuestro líder. Recabarren alojó en la casa de Barra Woll y almorzó en la mía y en las de otros compañeros.

Para el día anterior a su partida a Santiago habíamos acordado realizar un acto público en la Plaza Condell. Cuando Recabarren, desde el quiosco, estaba pronunciando su discurso, se oyeron varios disparos que partían desde el auditorio. Alguien dio la voz: ¡Al suelo! y varios de los camaradas se echaron a tierra para capear las balas. Yo permanecí en pie, junto a Recabarren, mientras algunos socialistas se precipitaron sobre los agresores para impedir que siguieran disparando. Estos resultaron ser elementos balmacedistas.

Los policías intervinieron cuando ya los compañeros habían reducido a los agresores y quisieron suspender el mitin. Pero Recabarren, que con gran serenidad había eludido los disparos, continuó su discurso y el acto siguió adelante hasta su término normal. Al día siguiente, Recabarren y Luis Víctor Cruz se embarcaron para Santiago, donde los esperaba una intensa jornada de lucha.

Posteriormente se realizaron en Iquique las elecciones municipales. Los radicales, que se habían dormido sobre sus laureles electorales, subestimaron un movimiento que había surgido, apoyado por los reaccionarios y por Monseñor Caro, llamado Concentración Obrera, para contrarrestar el ímpetu del movimiento popular que encabezaban los socialistas. Estos pseudo obreros tenían sus secretarías electorales en plena plaza pública y el día de la elección, con gran sorpresa de todo Iquique, obtuvieron cinco candidatos triunfantes: el estibador Avalos, conocido como jugador y hombre de mala vida: un jornalero de apellido Portillo; un obrero de la Maestranza de los Ferrocarriles, un carpintero y un carretero.

Los radicales eligieron sólo a tres de sus candidatos y los socialistas a uno, Enrique Salas.

En la primera sesión municipal se produjo un enorme escándalo cuando los regidores de la Concentración Obrera sacaron a luz los trapos sucios de los radicales que habían tenido el dominio de la administración anterior. El radical Armando Valenzuela, tesorero municipal, tuvo que esconderse para eludir la furia popular y durante más de cuarenta días permaneció oculto.

Para elegir tesorero, los de la Concentración Obrera necesitaban los dos tercios de los votos, es decir seis, y sólo contaban con cinco. Entonces se decidieron a solicitar el voto socialista. Salas lo dio, pero dejando a salvo su responsabilidad por lo que pudiera ocurrir.

Fue una precaución muy prudente, pues a poco andar, estos "obreros" protegidos por la Iglesia, empezaron a hacer de las suyas, dejando pálidos los escándalos de los radicales: los suyos fueron mucho más desvergonzados. Los dineros municipales fueron dilapidados, cuando estos "trabajadores" entraron a saco en las arcas para darse buena vida. Todo Iquique dio muestras de repudio cuando el estibador Avalos abandonó sus ropas de trabajo para vestir la levita de los burgueses. No tenía reparo este sujeto en pasear en coche abierto por las más concurridas calles de la ciudad, acompañado de prostitutas de cartel, a quienes llevaba luego a comer a los restaurantes más caros de Cavanca.

Todos los regidores "obreros", sin excepción, fueron a parar a la cárcel acusados de robo y al reorganizarse la municipalidad, resultó elegido alcalde el socialista Enrique Salas.

XV

No he contado que, entretanto, me había separado de Ilya Gaete, mi compañera. Después de la muerte de nuestro hijo y cuando debiéramos quizás habernos unido más, la vida común comenzó a hacerse difícil, y entonces decidimos apartarnos.

Yo me uní a otra mujer, Leonor Rojas, pero a menudo teníamos dificultades a causa de un compañero que ella había tenido anteriormente y, por consejos de mi madre, acordamos marcharnos al sur para evitar las persecuciones de un obsesionado. Nos embarcamos, pues, hacia Valparaíso, a donde llegamos el primero de abril de 1922.

Nos fuimos a vivir en casa de un compañero del Partido, Roberto Arias, donde permanecimos alrededor de un mes. Encontré empleo en un periódico llamado "El Herald", que vivía de la publicación de los edictos municipales, reuniones, citaciones, permisos, decretos, pedimentos de minas, etc. Leonor halló trabajo en un taller de costura.

Pero esto no duró mucho. Apenas Recabarren supo que me hallaba en Valparaíso, me escribió pidiéndome que me trasladara a Santiago, donde había para mí un cargo de

ayudante de compaginador en el periódico "La Federación Obrera", que había empezado a publicarse diariamente en la imprenta que la FOCH tenía instalada en calle Tenderini esquina de Agustinas, frente al Teatro Municipal.

Partimos a Santiago el último día de abril y desde la estación Mapocho me fui directamente al local de la FOCH, donde iba a trabajar. Me encontré con una imprenta en forma, muy diferente por cierto de la de Iquique. Había dos linotipias, máquinas que yo jamás había visto, y un taller muy bien montado en el primer piso de Tenderini, donde funcionaba además la administración del diario. En el segundo piso estaban las oficinas de la Junta Ejecutiva de la FOCH.

Al día siguiente, Primero de Mayo, salí en un automóvil con Recabarren. Fuimos a visitar los albergues, donde el gobierno de Alessandri mantenía en pésimas condiciones de vida y de salubridad a los obreros del norte que había traído a Santiago a raíz de la

157

paralización de numerosas oficinas salitreras. Estuvimos en tres albergues, donde encontré a algunos viejos compañeros de mis días de pampino. En todos ellos acogían a Recabarren con grandes demostraciones de cariño y respeto. En la tarde fuimos a un mitin en la Alameda, donde Recabarren pronunció un discurso lleno de contenido y agitación.

Recabarren nos invitó, a mí y a mi compañera, a compartir la casa donde él vivía con Teresa, en Andrés Bello 360, al llegar a Manzano. Vivía también allí Eduardo Bunster, un hombre muy ligado al movimiento obrero, que poseía en la calle San Diego una zapatería llamada "El Soviet". A través de largos años y pasando por gobiernos, cada cual más reaccionario que el anterior, el orgulloso letrado "El Soviet" se mantuvo impertérrito en la zapatería, hasta que ésta desapareció o quizás fue vendida y el nuevo dueño le cambió nombre. La casa de Andrés Bello era bastante grande y Recabarren ocupaba en ella un dormitorio, una cocina y un comedor. Luego venía la pieza de Bunster y finalmente la mía y mi cocina y comedor.

Luis Emilio Recabarren había envejecido, aunque sólo en su aspecto exterior. Ya no usaba los erguidos bigotes negros con que yo lo había conocido el año 11, iba afeitado y sus sienes griseaban de canas. Pero interiormente era el mismo hombre incansable, con capacidad para trabajar veinte horas seguidas y después ... seguir trabajando. Sus discursos eran igualmente vibrantes y al mismo tiempo igualmente serenos. ¡Cuanto había aprendido en esa década, en sus viajes, en los libros y al calor mismo de la lucha! El Partido y la FOCH, bajo su dirección, eran entidades grandes y respetables, que cada día conquistaban a nuevos sectores de la clase obrera. Pero Recabarren no se había envanecido por estos grandes progresos. No, seguía siendo tan modesto como antes, tan afable en su trato con los compañeros, tan sereno en sus relaciones con los políticos de otros bandos, como lo había conocido en Iquique.

158

En la imprenta me encontré con viejos conocidos de Iquique y de la pampa. Estaba desde luego, Luis Víctor Cruz, diputado y director del diario "La Federación Obrera"; Tomás Connally trabajaba como cajero. Trabé conocimiento con compañeros que allí

trabajaban y amigos del movimiento obrero, entre los que recuerdo a Alfredo Montecinos, que era ayudante del cajero; al escritor José Santos González Vera, que trabajaba en la corrección de pruebas; a Enrique Díaz Vera, Manuel Hidalgo Plaza y Carlos Alberto Martínez, que eran miembros de la Junta Ejecutiva de la FOCH; a Castor Vilarín y Carlos Alberto Sepúlveda, de la junta provincial, y a tantos otros.

Ese año estuvo señalado por una intensa agitación obrera y estudiantil. Frecuentemente se realizaban mítines que terminaban con apaleos y detenciones de obreros y universitarios. Los diputados socialistas eran los encargados de ir a sacarlos de las comisarías. Yo me había incorporado a la FOCH, pero a través de un Consejo Ferroviario, pues los gráficos no estaban aún afiliados a la central obrera.

Como dirigente gráfico, me correspondió actuar y ayudar a ganar una huelga de los trabajadores de las imprentas. Previamente tuvimos que sacar, usando la violencia, a los krumiros que Universo había contratado, lo que hicimos en las barbas mismas de la policía y de su jefe, el prefecto Manuel Concha Pedregal, en el local de calle Romero esquina de Matucana.

También me incorporé, siguiendo mis viejas aficiones, al conjunto dramático que funcionaba en el local que los gráficos teníamos en Eleuterio Ramírez. Mi compañera Leonor trabajaba igualmente en las obras que poníamos semanalmente en escena.

Muy pocos meses antes de mi llegada a Santiago, en 1922, se habían realizado dos congresos en Rancagua: primero el de la Federación Obrera de Chile, que acordó en él su afiliación a la Internacional Sindical Roja, con sede en Moscú; el otro había sido el del Partido Obrero Socialista, que cambió su nombre por el de

159

Partido Comunista y solicitó su inclusión como sección chilena de la Internacional Comunista. Yo no pertenecía en esa época al Partido, pues, como he relatado había sido expulsado en Iquique, aunque en realidad gozaba de la confianza de los camaradas y especialmente de Recabarren. No estuve en esas reuniones, de modo que de ellas sólo conozco lo fundamental, los trascendentales acuerdos adoptados, y no los detalles. Pero más adelante tendré oportunidad de hablar de estas materias, del internacionalismo proletario que guió los pasos del Partido Comunista desde sus primeros días y también del papel que desempeñó la Internacional Comunista en el desarrollo de nuestro Partido y de otros partidos comunistas.

A fines de 1922, Recabarren emprendió un viaje a Rusia, donde permaneció algunos meses. Asistió a una reunión de la Internacional Sindical Roja y, a través de su viaje, envió algunas correspondencias que se publicaron en "La Nación". "La Nación" era entonces un diario independiente, que dirigía su fundador, el político liberal Eliodoro Yáñez, y no había pasado a ser aún órgano del gobierno ni concentraba sobre sí el enorme repudio que ha alcanzado después, en distintas épocas de su existencia, y principalmente bajo la dirección de "Volpone". El zarpazo se lo dio más tarde la dictadura de Ibáñez. Eliodoro Yáñez fue desterrado a Europa y varios de los redactores que con él trabajaban y que él había formado periódicamente, pasaron a ser conspicuos y entusiastas panegiristas del "Chile Nuevo" de Ibáñez.

Regresó Luis Emilio Recabarren en 1923 e inmediatamente emprendió una amplia acción para dar a conocer las características principales de la transformación que se estaba operando en Rusia. Todas las especulaciones que la reacción ha hecho sobre una pretendida decepción sufrida por él en Rusia, son simples calumnias interesadas. Aunque le correspondió visitar el primer Estado obrero en años difíciles, en que aún no terminaba el cerco militar de los imperialistas y las

160

condiciones económicas eran tan duras que Lenin había tenido que acudir a la política que se llamó NEP, Recabarren captó y comprendió de inmediato la importancia de Rusia, de la Revolución de Octubre y la necesidad de su subsistencia como país socialista, para el movimiento obrero de todos los países. Esto consta de sus conversaciones, de sus artículos, de sus discursos en sus jiras y de su folleto "Rusia obrera y campesina", escrito inmediatamente después de su regreso.

En 1923, llevando varios paquetes y maletas llenos de material de propaganda, principalmente de su folleto sobre Rusia, Recabarren partió en una jira por Tarapacá y Antofagasta, acompañado de Ramón Sepúlveda Leal. Recuerdo que éste no tenía muchas ganas de ir, pero finalmente se le hizo ver que era un deber político hacerlo. Partieron en el Longitudinal y como casi todos los que emprendía Recabarren, fue éste un viaje accidentado, con zozobras y éxitos. En la estación de Pintados, donde mi madre trabajaba, Recabarren la vio y le dio noticias mías. En Zapiga tuvo que permanecer largas horas y pasar una noche a la intemperie, en un corte del ferrocarril, porque los policías, no obstante su condición de diputado, no lo dejaban seguir a la oficina "San Antonio" de Zapiga, ni tampoco a la estación Zapiga. Pero la jira se completó, como siempre, con un gran trabajo de propaganda y organización.

Entretanto yo había caído enfermo, con terribles dolores al estómago y al hígado y los compañeros llevaron, para que me visitara, al doctor Lois, un radical famoso más que como médico, como ateo y enemigo del clericalismo. Lois me hizo un rápido examen y luego dijo tajantemente:

—Este hombre se va a morir ... Está muy viejo... de todos modos le voy a dejar esta toma.

No me sentí muy bien que digamos después de escuchar diagnóstico tan pesimista. En cuanto a mi "vejez", hay que tener en cuenta que no cumplía aún treinta y siete años.

161

La "toma" me produjo dolores terribles y una especie de locura, que se tradujo en delirios y otros síntomas. Al cabo de ocho días, me levanté muy maltrecho y fui a ver al doctor Juan Gandulfo, uno de los más famosos estudiantes perseguidos el año 20, y que era asiduo visitante de "La Federación Obrera". Gandulfo me mandó al hospital San Vicente, aconsejándome que me fuera al pensionado.

¿Cuánto valdría el pensionado? Había camas de quince, doce, diez, cinco y dos pesos. Tomé una de dos pesos, la número trece de la sala San Antonio, que dirigía el doctor Ernesto Prado Tagle. Allí me atendieron el doctor Quijano, que estaba ligado al movimiento socialista, y el doctor Aldunate Phillips. Este último fue el encargado de hacerme la historia clínica. Me preguntó nombre, edad, peso, etc. y al llegar al capítulo "religión", le contesté muy orgullosamente.

—Soy ateo.

—Yo también soy ateo, me dijo el médico, pero llevo esta medallita colgada al cuello, porque me la regaló mi madre.

Me llevaron al laboratorio Sanitas, en la calle Huérfanos, para hacerme una radiografía, que en aquella época no se hacían en los hospitales, y al cabo de diez días me dieron de alta.

* * *

En 1923, el Partido Comunista celebró un congreso en Chillan. Se realizó también un congreso de la FOCH. En él fui elegido, a propuesta de Recabarren, para formar parte, por primera vez, de la Junta Ejecutiva de la FOCH, en la que estaban también Carlos Alberto Martínez, Luis Víctor Cruz y, como secretario general, Roberto Salinas Astudillo, un pintor de automóviles (padre del ex diputado socialista Sergio Salinas) . Manuel Hidalgo, a quien Recabarren tenía visible distancia, no fue reelegido. A mí me nombraron tesorero nacional.

162

Poco tiempo después, la casa de la calle Andrés Bello se deshizo y mientras Recabarren y Teresa se iban a vivir a la calle Dominica, en casa de las hermanas de Luis Emilio, mi compañera y yo alquilamos una pieza en una casa de la calle Lillo esquina de Recoleta, donde vivían algunos artistas.

Ese mismo año se produjo una vacante en el Senado y otra en la Cámara de Diputados, ambas por Santiago, y el Partido decidió presentar candidatos para ambos cargos. Para diputado lanzó la candidatura de Ramón Sepúlveda Leal, quien debía competir con el conservador Tito Lizzoni. Candidato a senador fue proclamado Manuel Hidalgo. Se vio entonces una cosa tan curiosa que nos resistíamos a creerla. En vez de instalar su secretaría electoral con Sepúlveda Leal, como era lógico, Hidalgo la instaló con... Tito Lizzoni. Ambos candidatos se perdieron y un tiempo después, Hidalgo fue marginado del Partido.

Una pérdida sensible experimentada aquel año por la FOCH fue la de los ferroviarios, quienes en un congreso realizado en San Fernando acordaron levantar tienda aparte de la que agrupaba a la mayoría de los trabajadores chilenos. Con ellos se fue Carlos Alberto Martínez.

XVI

El 5 de septiembre de 1924, después de treinta y tres años, se quebró la normalidad constitucional al producirse el golpe de estado militar contra el gobierno de Alessandri. El Presidente de la República fue desterrado a Europa, sin que nadie pensara siquiera en defenderlo, tan estéril había sido su gobierno, y una junta de generales se hizo cargo del poder, en medio del más entusiasta apoyo de los conservadores. Nosotros enfocamos el asunto, fundamentalmente, como el reemplazo de un gobierno reaccionario y antiobrero, por otro más reaccionario, pero sin dejar de advertir que

163

mientras el gobierno de Alessandri era legítimo, de tipo constitucional, el de la Junta Militar era de facto.

Desde el principio, el gobierno trató de atraerse a los gremios con promesas que iban de lo humano a lo divino, pero los trabajadores comprendieron muy bien, no sólo por su propia intuición de clase sino también a través de las discusiones en sus organismos, que una Junta Militar no podía ofrecerles garantías. Rechazaron, pues, de plano, la idea de ligarse a los militares golpistas.

Recabarren, que ya no era diputado y no tenía, en consecuencia, la tribuna parlamentaria para exponer su pensamiento, dio tres conferencias para explicar al pueblo las características de la nueva situación política.

Al terminar su período de diputado, se había presentado a una nueva postulación, esta vez por Santiago, pero no resultó elegido. A pesar del fervor que su nombre y su palabra despertaban en los medios proletarios, la cuestión electoral en Santiago era muy difícil, pues todos los vicios electorales que existían (y aún subsisten), en la capital se acentuaban aún más.

He leído en una biografía de Recabarren recientemente publicada que el líder no se presentó a la reelección, lo cual es un error histórico que quiero rectificar. Para respaldar esta afirmación equivocada se hacen algunas consideraciones sobre el concepto que Recabarren tenía acerca del parlamento burgués. Al respecto, puedo asegurar que para él el parlamento era un medio, no el principal, por cierto, para luchar. Pero creía también que los socialistas debían aprovechar cualquier resquicio que dejara el edificio montado por el capitalismo, para meter una cuña. Además, no tenía razón para haberse decepcionado, porque a través de su período parlamentario, había dicho en la Cámara, con su habitual valentía, todo lo que tenía que decir: había manifestado su asco por la corruptela que cada día se develaba en mayores y más sucios escándalos; había expresado el pensamiento de los obreros frente a los traficantes, los abogados de compañías extranjeras,

164

y los profítadores; y había llevado también la voz de los trabajadores que pedían justicia contra los abusos capitalistas.

Cuando Recabarren iba a hablar, en la Cámara se producía expectación. Nosotros íbamos, a la galería a escucharlo y aplaudirlo. Hablaba ante los honorables, lo mismo que ante los obreros, sin modificar su vocabulario sencillo y claro, su tono tranquilo, sus convicciones firmes. Las cosas que tenía que decir las decía tranquilamente, impertérrito ante las interrupciones indignadas de sus enemigos de clase. No tenía empacho en plantear las cuestiones más revolucionarias; todo lo exponía con la sinceridad del que tiene bien arraigadas sus convicciones. Tanto era así, que un diputado muy nombrado, un tal Grez Padilla, llegó a pedir que la Cámara estableciera un tribunal de censura para poder atajar "la agitación revolucionaria" que contenían los discursos de Recabarren ...

En enero de 1924, a raíz de la muerte de Lenin, le rindió un homenaje haciendo un sobrio retrato del gran revolucionario ruso y pidió que se enviara un telegrama de condolencia al gobierno de Moscú. ¡Para qué decir que la indicación fue rechazada!

Al terminar su período, en marzo de 1924, postuló, pues, junto a otros camaradas, a cargos parlamentarios. En sus tres conferencias, Recabarren rechazó de plano la idea de colaborar con los generales facciosos. Una de éstas se verificó en el teatro Esmeralda, otra en el O'Higgins, y la última en el Septiembre, teatros todos del circuito Valenzuela Basterrica. Otra tuvo lugar en Valparaíso, el día 8 de diciembre de 1924. ¡Quién iba a decirnos que ésta sería la última actuación pública del líder obrero!

Antes de marchar a Valparaíso, Recabarren me había pedido que le preparara un estado de las cotizaciones de los consejos regionales de la FOCH a través de todo el país. En Valparaíso, Recabarren, dando muestras de un espíritu visionario realmente notable, planteó una aspiración que infortunadamente los gremios

165

de empleados, agrupados en la Unión de Empleados de Chile, rechazaron: la unidad de obreros y empleados. Aspiración táctica de enorme envergadura, si en aquella época se hubiera realizado, otro habría sido el destino de los asalariados chilenos. ¡Hubo que esperar casi treinta años para que esta unidad, esta conjunción de trabajadores manuales y empleados se hiciera realidad, en el seno de la Central Unica de Trabajadores!

Por esos días se realizó un acto en el Teatro Septiembre, situado en Lira esquina de Alameda, para protestar contra la deportación a Argentina que el gobierno militar acababa de hacer del abogado y antiguo líder estudiantil, Daniel Schweitzer. Luis Víctor Cruz, en un discurso de fuego, fustigó esta medida dictatorial. Se había acordado realizar un desfile después del acto, pero la policía lo impidió con uno de sus clásicos apaleos.

Aunque veía casi diariamente a Recabarren en los talleres del diario, donde yo seguía trabajando como compaginador, o en las oficinas de la FOCH, donde realizaba mis labores de tesorero nacional, creo que la última conversación con él fue la que tuve el 17 de diciembre.

—Elias, me dijo, ¿se acuerda del informe que le pedí sobre el estado de las cotizaciones de los consejos regionales?

—Claro.

—Bueno, necesito que lo amplíe aún más. Quiero conocer el estado de las cuotas, no ya de los consejos industriales, sino de las secciones de estos consejos.

—Muy bien, camarada, se lo prepararé en el menor tiempo que pueda.

Luego se alejó de mi oficina y yo me pregunté para qué quería estos datos. Mucho he reflexionado sobre ello, sin llegar a ninguna conclusión. Por aquellos días, Luis, Emilio Recabarren no vivía ya con sus hermanas, sino en arriendo común con otro obrero de la imprenta y con Teresa, su compañera, en la calle Santa Filomena

166

más arriba de Loreto. Sus hermanas vivían en Loreto, muy cerca, por cierto, de la casa de Recabarren.

* * *

La mañana del 19 de diciembre me hallaba en mi casa cuando a eso de las diez vi entrar a Tomás Connally. Estaba pálido, con los ojos saltados y las manos temblorosas. No alcancé a preguntarle qué le pasaba, porque me dijo a boca de jarro:
—Recabarren ha muerto... Se suicidó esta mañana de un tiro de revólver.

Me quedé mudo, sin creer tan tremenda noticia. Pero allí estaba para atestiguarlo Connally, quien venía de la casa de Recabarren. Mi mente se llenó de pensamientos atropellados, que se agolpaban, sin que pudiera aclarar nada. ¡Recabarren muerto! Si frecuentemente, cuando a uno le anuncian la muerte de un pariente o un amigo a quien se ve a menudo, la noticia resulta increíble, ¡cómo no iba a resultar para mí increíble que ese hombre a quien estaba tan ligado, hubiera muerto! ...
¡Y hubiera muerto por su propia mano, él, a quien el enemigo ni en los peores momentos conseguía hacer caer en la desesperación! ¡Era tan sereno, tan tranquilo, tomaba las cosas siempre con una calma tan envidiable, que resultaba absurdo pensar que hubiera podido quitarse la vida!

Corrí por las calles, entré incrédulo y desesperado, hasta llegar a la casa de Recabarren. La noticia de su muerte se había empezado a divulgar y en la casa, junto a Teresa y a las hermanas de nuestro camarada, había ya unos cuantos políticos y dirigentes obreros. Entré a verlo. El cadáver estaba tal cual había sido hallado, en una pieza que le servía de escritorio, donde guardaba libros y papeles. Tenía puestos los pantalones, las zapatillas de lavantarse y una camiseta. Sobre la sien gris de canas, una mancha de sangre, que

167

se extendía por el suelo. Pero a pesar de verlo allí tendido, cubierto de sangre, todavía seguía yo incrédulo. Nunca me había imaginado lo que sería el movimiento obrero chileno sin ese hombre que había contribuido como nadie a crearlo y hacerlo grande, con su palabra y su fe, con sus conocimientos y sus convicciones, en las minas, en los puertos, en los frigoríficos, en los campos. Nunca me había imaginado tampoco qué sería de mí mismo sin el aliento que su sola presencia infundía.

Y luego estaba la cuestión candente: ¿por qué se había suicidado? ¿Qué motivo y de qué orden lo había llevado a empuñar el arma, una pistola que había comprado en Alemania, y quitarse la vida? ¿Causas políticas, causas personales, alguna perturbación nerviosa que a nosotros se nos había pasado inadvertida?

Era tan increíble que Recabarren se hubiera suicidado que inmediatamente surgió la sospecha de que hubiera sido asesinado. Pero los hechos contradecían totalmente esta sospecha. Esa mañana Teresa se hallaba en la cocina, preparando el desayuno, cuando había oído los disparos. Había corrido hacia la pieza y allí estaba el cuerpo de Luis Emilio, sin vida, en la misma posición en que yo lo estaba viendo. Había muerto instantáneamente.

Ya en la tarde comenzaron a llegar a Santiago delegados de los gremios de distintas provincias y dirigentes locales del Partido Comunista. El "asesinato" de Recabarren era vox populi. Si para nosotros, tan ligados a él, era difícil comprender el suicidio, hay que imaginarse lo imposible que sería para los sencillos compañeros de provincias creer que un hombre de la serenidad del maestro, un hombre de su optimismo para afrontar la

vida y de su inmensa confianza en la clase obrera, pudiera haber adoptado tan desesperada resolución.

Aquella misma tarde, en el local del Partido, reunidos dirigentes del PC y de la FOCH, recibimos una visita de personeros del Partido Radical que venían a

168

proponernos que oficialmente se declarara que Recabarren había sido asesinado por agentes del gobierno. Según su teoría, la indignación que la noticia causaría daría margen para que un fuerte movimiento popular derribara al gobierno de los generales.

Nosotros, que sabíamos que esto era falso, nos negamos a aceptar semejante determinación.

pero había que sobreponerse y pensar en un funeral digno de su categoría. Quizás yo me eché sobre los hombros la enorme responsabilidad de organizar los funerales, precisamente para que mi pensamiento estuviera ocupado en otras cosas y no en esa candente pregunta a la cual no hallaba respuesta: ¿por qué se suicidó Recabarren?

Pensamos que un local digno, por su tamaño y significación, para velar sus restos era el de los ferroviarios, en la calle Bascuñán Guerrero. Pero cuando fui a hablar con estos amigos, estuve a punto de cometer un disparate por la indignación que me produjo su respuesta:

—Imposible que le prestemos el local, compañero, porque para mañana sábado tenemos organizado un baile, me dijo el concesionario del local.

Salí apretando los puños, sin responder. ¡Un baile, mientras la clase obrera de todo Chile lloraba a su líder muerto!

Trasladamos ese mismo viernes el cuerpo de Recabarren al local de la FOCH, en Tenderini. Pero poco después llegó una comisión de ferroviarios a dar excusas por su increíble respuesta anterior.

—El compañero que negó el local ha sido ya sancionado, por su falta de sensibilidad, —nos dijeron—. Reclamamos que se vele al camarada Recabarren en nuestro salón de actos.

Se trasladó, pues, el ataúd con los restos a Bascuñán Guerrero, y un desfile interminable empezó esa misma noche, duró todo el sábado y las primeras horas del domingo, día en que se iba a celebrar el funeral. La clase obrera había recibido un golpe duro y todos querían

169

ver el rostro del maestro, de "don Reca", del "viejo", como muchos lo llamaban cariñosamente, aunque el día de su muerte aún no cumplía cincuenta años. Desfilaban los gremios, con sus estandartes, y los obreros individualmente, junto al ataúd: venían los estudiantes, los políticos, gentes de todos los partidos, el zapatero que lo había conocido en Antofagasta, el cesante que lo había oído hablar en los albergues... Pasaban en silencio, con respeto y en actitud casi religiosa junto a él, hombres, mujeres y niños. Y muchas lágrimas caían sobre el ataúd, cubierto de flores rojas sobre la bandera del partido, y la ayuda solidaria sobre la alcancía.

El funeral iba a realizarse en la mañana del domingo 21, pasando el cortejo por la Alameda y la calle Estado hacia el Mapocho. El gobierno, al principio, prohibió que se usara la calle Estado, pero como el rumor de indignación que surgió de los pechos obreros, llegara a escucharse en La Moneda, luego echaron pie atrás.

Yo había hablado con el administrador del Cementerio General haciéndole ver que la afluencia de gente iba a ser inmensa y que era más prudente levantar las tribunas para los oradores en la plazuela del Cementerio y no en el interior. Estuvo de acuerdo conmigo y en distintos puntos de la plaza se colocaron tribunas.

La concurrencia fue, en realidad, inmensa. Creo que jamás había visto tanta gente junta como la que concurrió a los funerales de Recabarren. Como Sepúlveda Leal y yo, por nuestra calidad de organizadores, teníamos que estar en todas partes, hubo momentos en que debimos abrirnos paso a golpes.

Pasó el cortejo entre una doble fila de obreros que tomados de la mano formaban dos cadenas increíblemente largas, pues llegaban desde la Alameda esquina de Bascuñán Guerrero hasta el propio Cementerio General. Cuadras y cuadras de trabajadores seguían el ataúd por las calles de Santiago, en una de las demostraciones populares más impresionantes que me ha tocado presenciar.

170

Habían hecho bien los militares de La Moneda en no prohibirnos pasar por la calle Estado... ¡Ni con toda la policía del país habrían sido capaces de detener al río humano que llevaba entre sus olas el cuerpo del maestro!

Detrás de la doble cadena de obreros, se agolpaba la multitud a ver pasar a ese hombre famoso al que los trabajadores tanto querían. En las ventanas de las casas se asomaba la gente como racimos. Todo Santiago veía pasar con respeto los restos de ese "subversivo" que había conocido más prisiones que nadie sin haber cometido jamás un delito.

—¡Mira, ahí van los tranviarios!

Sí, y no sólo los tranviarios, sino los ferroviarios, los albañiles, los trabajadores del cuero, los cocheros, los estudiantes, los metalúrgicos, delegaciones de mineros y de pampinos, de marítimos y de los hombres del carbón. Los estandartes sindicales desfilaban con un crespón negro sobre las letras bordadas en el terciopelo.

Como ocurre casi siempre que el pueblo se manifiesta con unidad y decisión, los policías habían desaparecido como por encanto de las calles. ¡Y ni falta que hacían tampoco! Los trabajadores se bastaban para mantener el orden, que nadie, por otra parte, intentó perturbar.

En la plazuela del cementerio comenzaron los discursos. No era cosa de que hablara primero un orador y luego otro, porque no se habría terminado en todo el día. Simultáneamente, desde las pequeñas tribunas, hablaban diez o más oradores. Algunos, a falta de tribunas, se subían a los barrotes de las ventanas de las casas y desde allí despedían los restos de Recabarren. Hubo un instante en que conté hasta quince personas hablando simultáneamente a la muchedumbre.

Hacia las tres de la tarde, cansado y hambriento —hacía dos noches que no dormía— me fui a mi casa a almorzar. Cuando volví, a las cinco, continuaban los discursos y continuaba la romería. Alrededor de las seis, acordamos dar por terminadas

171

las despedidas y el cadáver fue introducido al cernenterio, y depositado en un lugar llamado "*de profundis*" donde debía quedar hasta el día siguiente. El lunes fuimos unos cuantos al acto de sepultación, que se hizo en la cripta de uno de sus abuelos de apellido Serrano (Luis Víctor Cruz se halla sepultado en la misma cripta).

Recuerdo que se filmó una película de la sepultación. Ojalá existiera aún alguna copia, para exhibirla a los trabajadores chilenos de tiempo en tiempo. No porque exista el peligro de que algún día se olvide la figura del más grande organizador de la clase obrera, sino para que las nuevas generaciones conozcan gráficamente el fervor popular que acompañó a su tumba a Luis Emilio Recabarren.

El lunes 22 de diciembre, tres días después de la muerte de Recabarren, la FOCH y el Partido nombraron una comisión formada exclusivamente por personas de fuera de Santiago para que hicieran una investigación sobre las causas de la muerte del líder obrero. Estas personas conversaron con los familiares de Recabarren, estudiaron sus papeles y cartas, pero no llegaron a ninguna conclusión.

172

[Continuará ...]